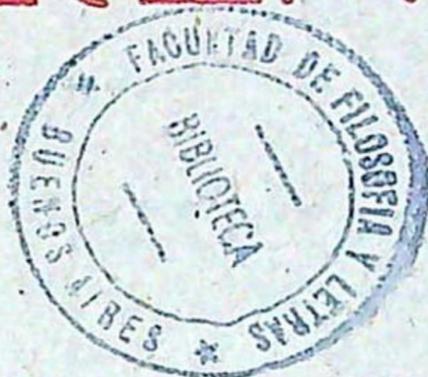


CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO:

Pedro HENRIQUEZ UREÑA — BERNARD SHAW: II. *Shaw y la economía política.*

Héctor P. AGOSTI — CRÍTICA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA: IV. *Nueva época de la reforma universitaria.*

Leopoldo HURTADO — ESTÉTICA DE LA MÚSICA CONTEMPORÁNEA: I. *La música contemporánea ante la filosofía de la historia del arte.*

Felipe COSSIO del POMAR — LOS "ISMOS" EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: VI. *El Expresionismo.*

Francisco de APARICIO — LOS ABORÍGENES DEL NOROESTE ARGENTINO: I.

Aníbal PONCE — LAS LUCHAS DE CLASE Y LA EDUCACIÓN: II. *La educación del hombre antiguo. Primera parte: Esparta y Atenas.*

AÑO III
NUM. 8

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

ESPASA-CALPE S. A

HA PUBLICADO

La Inquietud del Mundo

Por FRANCISCO NITTI

El ilustre ex Presidente del Consejo de Ministros de Italia hace un estudio profundo de las causas de la crisis económica mundial y de los peligros de una nueva guerra.

Precio \$ 2.75

Visperas de Catástrofe

Por JAIME MENENDEZ

Otro interesante estudio, clarividente y documentado, del agitado panorama de la política internacional

Precio \$ 7.15

Otras novedades de interés

La física del átomo, por Arthur March, \$ 6.60 — Introducción a la Psicología, por Augusto Messer, \$ 2.75 — La taberna de los tres reyes, por José Carlos de Luna, \$ 3.85 — La verdad sobre Freud, por A. de Andrade, \$ 7.70 — Obras Completas de José M de Pereda, en un volumen, \$ 33.



De venta en todas las buenas librerías o en

ESPASA-CALPE S.A.
TACUARI 328 BUENOS AIRES

BERNARD SHAW (1)

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

II

SHAW Y LA ECONOMIA POLITICA

Bernard Shaw ha dicho que en su obra dramática "los estudios económicos desempeñan papel tan importante como la anatomía en las esculturas de Miguel Ángel". Al estudiar su obra, resulta cómodo empezar estudiando sus teorías económicas.

La parte sustancial de ellas está expuesta en los *Ensayos Fabianos* y en gran número de estudios y manifiestos escritos para la Sociedad Fabiana, con o sin firma. Es significativo que en esos ensayos y manifiestos esté una parte muy numerosa de la obra de Shaw, que ha dado gratuitamente su esfuerzo, durante largos años, a la Fabian Society. Existen, además, estudios económicos que él ha publicado por sí, entre los cuales se destaca el admirable libro —admirable por la diafanidad y la precisión— *Guía de la mujer inteligente para el conocimiento del capitalismo y del socialismo* (1927). La economía política interviene, finalmente, en las comedias, desde *Casas de viudos*, en 1892, hasta la última, *Encallados* (*On the rocks*), en 1933.

(1) Resúmenes hechos por E. Anderson Imbert.

Shaw no es utopista en su doctrina económica. La utopía, una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, no es la meta de su doctrina socialista; cuando concibe ideas utópicas, no las hace depender de transformaciones económicas: la utopía de *Volvamos a Matusaén* se apoya en la prolongación de la vida humana. Los grandes socialistas del pasado, desde Platón hasta Fourier y Owen, fueron utopistas; a partir de Marx y Engels, el socialismo, a la vez que adquiere fuerte estructura teórica, se vuelve realista en sus métodos y pragmático en sus propósitos. Así es Shaw. Piensa, como Spinoza, que las instituciones sociales deben organizarse de modo que no sea necesario contar con la bondad humana para que funcionen: deben ser tales que obliguen a los hombres a cumplir su deber, sean cuales fueren sus inclinaciones como individuos. Su socialismo no se debe a ningún amor sentimental a la especie humana (Shaw ha combatido siempre contra el sentimentalismo): se debe a la convicción racional de que la organización económica de la sociedad actual es dañina para todos.

Shaw no espera nada de la caridad: no pierde ocasión de condenarla. La caridad sólo puede aliviar males que la sociedad debió evitar. El rico, después que empobrece a sus semejantes, les regala asilos y hospitales. Ya en el siglo XVII lo había dicho el Conde de Villamediana (probablemente), en epigrama que recuerda después el mexicano Ruiz de Alarcón en *Las paredes oyen*:

El Señor Don Juan de Robres,
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital.
Mas primero hizo los pobres.

A un rico bien intencionado que le pedía consejos sobre la mejor manera de dar todo su dinero "a quienes tuvieran más necesidad de ayuda pecuniaria", Shaw le dice:

"Envíelo a la Sociedad Fabiana, donde hace falta y se usará bien. Si usted prefiere ayudar directamente a personas necesitadas, puedo darle nombres de muchos padres de familia. . . Empobreciéndose para favorecerlos, tendrá usted la satisfacción de agregar una familia pobre a las que ya existen

y contribuir con todo su dinero al rescate que perpetúa el sistema social existente . . .

“Cree usted que hacer el bien significa dar dinero . . . Esto es absurdo. No importa: abrace usted su destino y hágase filántropo. No es mala vida para los que ven así las cosas.” (1)

Hablando de sí mismo, dice Shaw en carta a Frank Harris (1930) :

“Soy un hombre demasiado ocupado para gozar del dinero. Tengo más del que necesito y en otra época no he tenido nada: la diferencia en felicidad no ha sido grande. Soy uno de aquellos para quienes el dinero significa sentirse seguro y libre de tiranías mezquinas: si la sociedad me diera ambas cosas, tiraría el dinero por la ventana, porque es estorboso tener que ocuparse de él y atrae parásitos y enemigos. Detesto la caridad y la esplendidez y las actitudes protectoras . . .” (2).

Es cierto que Shaw hace la caridad y presta auxilios en privado, —ya lo contaba James Huneker en 1902, en el *New York Times*.— pero no le gusta que se hable de ello. A veces, sin embargo, no ha podido impedir que se conozcan los casos; por ejemplo, el de John Davidson. Este buen poeta escocés fué invitado a escribir para el Court Theatre, donde Shaw y Granville Barker, de 1904 a 1914, realizaron con éxito una extraordinaria campaña en favor de la dignificación del teatro inglés: obras, interpretación, presentación escénica. Davidson dijo que para escribir un gran drama necesitaría suspender todo otro trabajo durante seis meses y que eso no podía hacerlo, porque no tendría de qué vivir; Shaw le dió las doscientas cincuenta libras que necesitaba para seis meses, y Davidson se puso a escribir. La obra no resultó satisfactoria y Davidson se suicidó.

Bernard Shaw dice que pide la reorganización de la sociedad porque detesta la pobreza. Esto es característicamente inglés. Hay países donde la prédica socialista no se preocupa de dejar en claro si, bajo el nuevo régimen de igualdad económica, todos tendríamos que vivir como pobres o como ricos. Los ingleses insisten siempre en que el socialismo procura la igual

(1) Cit. en Frank Harris, *Bernard Shaw*, Londres, 1931, pág. 369.

(2) En Frank Harris, *Bernard Shaw*, pág. 368.

distribución de la riqueza, no de la pobreza, es decir, que la humanidad puede vivir, si todos trabajan, al nivel de comodidad que hoy está reservado a quienes reciben altos ingresos: sirva de ejemplo el conocido libro de Ramsay MacDonald, *Socialismo*. Pero el socialismo suprime también la ociosidad, que Shaw detesta tanto como la pobreza. Para él, lo más interesante en la vida es el trabajo. El no hacer nada le es insostenible. La vida mundana —en que, como decía Balzac, sólo se trata de “animar el descanso”— le resulta aburrida.

En el socialismo inglés, como en tantas otras manifestaciones de la vida intelectual inglesa, se advierte siempre la referencia a cosas concretas, mientras el actual socialismo francés está dominado por la lógica, apoyándose en una base teórica mínima, el socialismo alemán está saturado de teorías y el socialismo español está impregnado del sentimiento de justicia: nadie lo ilustra mejor que la Condesa de Pardo Bazán, en su cuento *Cuatro socialistas*, donde de los cuatro personajes que conversan casualmente a bordo de un barco, el que resulta más indignado contra la organización económica de la sociedad actual es una monja. Shaw une, al sentido concreto de los ingleses, la lógica de los franceses.

¿Cuál es el estado de cosas, en el orden económico, en la Inglaterra de Bernard Shaw? Inglaterra había conocido alternativas de abundancia y pobreza: las crisis a veces se reflejan en la literatura, como la que precede a la “Revolución de los labriegos” (1348) en el *Piers Plowman* y la de principios del siglo XVI en la *Utopía* de Thomas More. En el siglo XVIII la *revolución industrial*, el comienzo de la era de las máquinas, hace de Inglaterra el primer país de economía moderna y entonces, paralelamente al aumento de población, va formándose el proletariado moderno. Durante cien años, el proletario inglés lleva peor vida que los esclavos en el Sur de los Estados Unidos: al esclavo, que constituía capital productivo, se le cuidaba medianamente; al obrero no había que cuidarlo: siempre se le podía reemplazar sin gasto para el patrono. Shaw describe así la situación, en uno de los *Fabian Essays*: “Mujeres que trabajaban medio desnudas en las minas de carbón; manebos que arrastraban carretillas durante todo el día en la inmundicia atmosférica de galerías subterráneas; niños atados al

telar durante quince horas en el aire sofocante de las fábricas y a quienes mantenía despiertos el látigo de los vigilantes; excesivas horas de trabajo para todos, jóvenes y viejos, limitadas solamente por la capacidad de resistencia física; completa ausencia de las medidas sanitarias que el rápido crecimiento de la población exigía; estas y otras iniquidades sin nombre se encontrarán registradas, como resultados de la libertad de contrato y el *laissez faire*, en las páginas de registros del Libro Azul. Pero los propietarios de la fábrica *liberal* del día, ayudados por algunos economistas políticos, se opusieron obstinadamente a todo intento de intervención en su libertad de usar "su" capital y "sus" obreros como lo considerasen más provechoso y (como sus sucesores de hoy) pronosticaban, cada vez que se les imponía una restricción, que ella destruiría inevitablemente el comercio de exportación y los privaría de todo beneficio". Como dice una dama argentina, de los pobres se pensaba que no tenían ni cuerpo ni alma. Esta es la Inglaterra que pinta Dickens; la que después describen y analizan Engels y Marx.

Las cosas empiezan a mejorar desde 1848. Los obreros conquistan el derecho de sufragio, se organizan en sindicatos, en *trade unions*; obtienen reglamentaciones del trabajo. Pero treinta años después, en la época en que Shaw comienza a escribir, "de cuatro habitantes de Inglaterra, uno tiene que ser enterrado por la caridad pública": eso era el esplendor del capitalismo. Shaw nos da abundantes documentos sobre la miseria endémica de las clases trabajadoras en Inglaterra. A veces, a pesar de su voluntad de dominar las emociones, se abandona a ellas, como cuando pinta la manera en que el rico trata de alejar de sí al pobre: "Te retiras de ellos, con repugnancia, al otro lado de la ciudad; destinas para ellos coches especiales en tus ferrocarriles y asientos especiales en tus iglesias y teatros; separas tu vida de la suya con todas las especies de barreras que puedes imaginar; no obstante, ellos bullen alrededor de ti; en tu cara se marca tu habitual recelo y aversión a ellos. . . . envenenan tu vida, porque tú has sacrificado la de ellos sin piedad. Empiezas a creer en el demonio. Después viene el horror; grupos que se instruyen y se arman para humillar a los demás; la prisión; el hospital; paroxismos

de furiosa violencia, seguidos de paroxismos de furiosa caridad'' (*Fabian Essays*).

Shaw, después de haber estudiado con avidez —según su costumbre— los problemas de la economía política, y después de haberse ejercitado en los clubs de debates, característicos de todos los pueblos de habla inglesa, entró en la Sociedad Fabiana (1884), donde encontró compañeros de calidad extraordinaria, como Sidney y Beatrice Webb, cuya casa fué para él segundo hogar antes de su matrimonio, Annie Besant, la gran teósofa y filántropa, el periodista Hubert Bland y su esposa Edith Nesbit, autora de célebres libros para niños, Sydney Olivier, el futuro gran gobernador de Jamaica.

La Sociedad Fabiana se proponía reformar la organización del mundo moderno mediante la acción metódica, dentro de marcos constitucionales, no acudiendo a la violencia sino a la persuasión, educando al público. Semejante programa, en Inglaterra, estaba destinado a tener éxito. Buena parte de las reformas sociales de Inglaterra en el siglo XX provienen de la Sociedad Fabiana; no pocos de sus miembros desempeñan posiciones políticas influyentes. Pero la Sociedad no posee una doctrina uniforme: dentro de líneas generales idénticas, los miembros profesan opiniones muy diversas.

La doctrina económica de Shaw es clara y congruente. Se basa, como todo sistema de economía, es una teoría del valor: la que él adopta es la que postula el valor como resultado del cruce de la utilidad de las cosas con la escasez, graduándose según la escala de la *utilidad marginal* o *final* (1). No acepta la teoría de Marx, según la cual la utilidad determina el valor de uso, pero el valor de cambio es producto del trabajo y varía según la cantidad de trabajo (2). Atribuye, eso sí, gran importancia a la doctrina de la *plusvalía* (Mehrwert), o sea la diferencia entre el precio de costo y el de venta, que para Shaw se traduce en renta, interés y ganancia, y a la explicación de la influencia de los hechos económicos en la evolución de la sociedad, pero concediendo que el materialismo histórico es fácilmente vulnerable si se pretende erigirlo en ley de la natura-

(1) La teoría de la utilidad final o marginal circula como de Stanley Jevons (1871); pero Gide y Rist, *Histoire des doctrines économiques*, libro IV, cap. I, 2, la hacen remontar a Dupuit (1844). Desde 1871 (Menger) aparece en la escuela austriaca.

(2) *Das Kapital*, libro I, caps. I y VII.

leza. En su comedia *Pigmalión*, cuando Pickering le dice a Doolittle: “¡Pero hombre, no tiene usted moral!”, Doolittle le responde: “¡Ay, caballero, mis recursos no me lo permiten! Tampoco usted tendría moral si fuera tan pobre como yo”. Pero hay otras obras de Shaw donde la economía —presente siempre— se subordina al espíritu religioso o a la doctrina política; son entonces las ideas las que influyen sobre los hechos económicos y no al revés: ejemplo, *Major Barbara*.

El socialismo fabiano no es marxista; pero Shaw reconoce que Marx ha hecho cambiar la actitud de todo el mundo ante los problemas sociales creados por el capitalismo (al cual hace comenzar en el siglo XVIII y no en la Edad Media, según estiman escritores germánicos como Sombart): en toda actitud frente al capitalismo —a favor o en contra— hay antes de Marx y después de Marx, quien definitivamente destruyó la ingenua fe en la división de clases como sistema inevitable. El expositor principal de la doctrina capitalista le parece David Ricardo, cuya famosa teoría de la renta (basada en las diferencias de calidad de las tierras cultivables) estima justa: sus consocios los esposos Webb la han extendido al capital y al interés en la industria.

Pero la teoría pura es la parte menor en la obra de Shaw, donde la parte principal son los estudios de problemas concretos, los proyectos de reforma social y los escritos de divulgación. La humanidad se ha vuelto odiosa bajo el sistema capitalista, piensa Shaw. “Tanto los ricos como los pobres son odiosos en sí mismos. . . Las clases obreras, las clases comerciales, las clases profesionales, las clases propietarias, las clases gobernantes, todas son odiosas: no tienen derecho de existir. Desesperaría yo de la humanidad si no supiera que están próximas a extinguirse y que no hay necesidad de que las reemplace nada semejante”.

Las críticas que Shaw dirige al sistema capitalista no se limitan a señalar defectos de funcionamiento: demuestran que el sistema *no funciona* (it does not work). El despilfarro es constante, tanto de riquezas como de vidas; la codicia estorba el desarrollo progresivo de la técnica (léanse las páginas de Wells sobre Edison en el capítulo X de su obra reciente *El trabajo, la riqueza y la felicidad del hombre*): en suma, la

mejor prueba de la desorganización es la existencia de la miseria y la ignorancia en sociedades que poseen todos los elementos necesarios para suprimirlas.

“La pobreza moderna —dice Shaw,— no es la pobreza que se bendice en el Sermón de la Montaña: la objeción que puede oponérsele no es que hace desgraciada a la gente, sino que la degrada, y el hecho de que los pobres puedan sentirse tan felices en su degradación como los ricos en su exaltación empeora las cosas. Cuando el rey de Shakespeare decía: “Reposad tranquilos, los felices humildes; intranquila está la cabeza que soporta una corona”, olvidaba que la felicidad no excusa la bajeza. La chispa divina que llevamos dentro de nosotros se rebela contra el soborno que quiere someternos a la degradación por la mera felicidad, cosa que puede lograr un cerdo o un borracho. La clase de pobreza que hoy existe en todas nuestras grandes ciudades degrada a los pobres e infecta de degradación a toda la vecindad en que viven. Y todo lo que puede degradar a una vecindad puede degradar a una nación, a un continente y, por último, a todo el mundo civilizado, que no es otra cosa que una vasta vecindad. Sus perniciosos efectos no pueden ser eludidos por los ricos” (*Guía de la mujer inteligente* . . . , edición inglesa de 1932, pág. 42).

Ya en una de sus primeras obras, *Mrs. Warren's profession*, había planteado el problema de la pobreza, tan degradante para los que la padecen como para los que, huyendo de ella, se refugian en actividades innobles.

Lo que Shaw propone es una lucha sin cuartel contra la pobreza, considerada, no sólo como infortunio privado, sino como mal público, como crimen nacional. Dice en la *Guía* (pág. 44): “Debemos considerar como condición indispensable de una distribución sensata de la riqueza que todo el mundo tenga ingresos suficientes para verse libre de la pobreza. Esto no es enteramente nuevo. Desde los tiempos de la reina Isabel, la ley de Inglaterra determina que no debe abandonarse a nadie a la indigencia. Si alguien pide auxilio, aun sin merecerlo, a los Guardianes de los Pobres, por hallarse en la miseria, los Guardianes deben alimentarlo, vestirlo y darle alojamiento. Pueden hacerlo a regañadientes y de manera desagradable; pueden prestar el auxilio bajo las condiciones más feas

y degradantes que puedan ocurrírseles; pueden encarar al pobre un trabajo inútil y odioso, si está en aptitud de trabajar, y mandarlo a la cárcel si se niega a hacerlo; el albergue que le den puede ser un horrible asilo general, en el que se hallen hacinados en contagiosa promiscuidad el viejo y el joven, el sano y el enfermo, la muchacha inocente y la prostituta empedernida; pueden unir a la caridad el estigma social, retirándole el voto al depauperado (si es que lo tiene) e incapacitándolo para desempeñar funciones públicas. . . ; pueden, en suma, inducir al pobre respetable y honrado a soportar cualquier calamidad antes que solicitar auxilio oficial; pero deben dar auxilio al indigente, quieran o no, si él lo pide. Hasta ahí, la ley de Inglaterra es en sus raíces una ley comunista. Toda la dureza y perversidad con que se lleva a la práctica son magnos errores, porque, en vez de salvar al país de la degradación de la pobreza, la hacen más degradante de lo que puede ser; a pesar de todo, el principio existe. La reina Isabel dijo que nadie debe morir de hambre y abandono. Nosotros, después de la terrible experiencia que tenemos de los efectos de la pobreza en toda la nación, debemos ir más lejos y decir que nadie debe ser pobre.”

En su primera comedia, *Widowers' houses* (*Casas de viudos*), expone brutalmente el problema de los barrios bajos de Londres, llenos de covachas inmundas, de “casas de vecindad” o “conventillos” que dan origen a grandes fortunas: de semejante explotación de la miseria viven tanto los que la practican a sabiendas como muchos que la ignoran. Y en cuanto a los padecimientos de los ricos, a quienes les hacen falta ocupaciones útiles que los libren de enfermedades innecesarias y cuidados médicos excesivos, el problema ha sido planteado de modo pintoresco en una de sus últimas comedias, *Too true to be good* (“Demasiado verdadero para ser bueno”), donde una señorita rica, víctima de su vida ociosa, de los remilgos familiares y del mercantilismo de los médicos, descubre que la única medicina que necesita es la actividad.

La solución de Shaw para los males económicos de la sociedad actual es, ya lo sabemos, la igualdad de ingresos, fórmula que explica y justifica detenidamente en su *Guía*. A la pregunta de si es practicable el sistema que el socialismo pro-

pone, Shaw contesta que, no sólo es practicable, sino que ya lo practicamos en multitud de servicios e instituciones, y lo único que falta es extenderlo a las demás actividades económicas. Mientras en el siglo XVIII parecían utópicos los museos públicos, y en el siglo XIX se oponían al socialismo reparos como el de Stanley Jevons, que creía imposible implantar el servicio oficial de bultos postales, los últimos cien años han traído constantes adiciones a la lista de los servicios públicos. "Aunque cada familia compra individualmente su cerveza, — dice Shaw (*Guía*, pág. 11), — todas reciben el agua de un modo comunista. Pagan un impuesto destinado a un fondo común para pagar un suministro constante de agua a todas las casas y cada cual consume la mucha o poca agua que necesita. De igual modo pagan el alumbrado, la pavimentación de las calles, los guardias que las vigilan, los puentes que cruzan los ríos, la recogida y destrucción de la basura. A nadie se le ocurre decir: "Yo no salgo nunca después que oscurece; en toda mi vida he llamado un guardia; no tengo ningún asunto en la otra orilla del río y nunca atravieso el puente. Por lo tanto no ayudaré a pagar lo que cuestan esas cosas". Todo el mundo sabe que la vida urbana no podría existir sin alumbrado público, ni pavimentación, ni puentes, ni policía ni limpieza, y que el inválido que nunca sale de su casa, o el ciego cuya oscuridad no puede disipar ninguna luz callejera, dependen de estos servicios públicos, para el suministro diario de alimentos, la seguridad y la salud, como cualquier persona sana. Y esto puede aplicarse al ejército y a la marina como a la fuerza de policía, a los faros como a los faroles de la calle, a los edificios municipales como a los del Parlamento: todas estas cosas se pagan con el dinero reunido con nuestros tributos e impuestos, y a todos benefician indistintamente. Son, en suma, comunistas."

Toda la socialización económica debe conducir, dice Shaw, a la libertad individual, al libre desarrollo de la personalidad humana, hoy oprimida por esfuerzos, preocupaciones, vanidades y deberes económicos innecesarios, a tal punto, que muy pocas son las personalidades que alcanzan a revelarse en plenitud. Ni siquiera la elección, en el amor, es libre: cada quien puede escoger sólo dentro de radio muy limitado (v. el

capítulo XV de la *Guía*). Ni la amistad es libre. La desaparición de las diferencias artificiales entre los hombres, que se cultivan desde la cuna, hará libre el espíritu. Esta es una de las más antiguas convicciones de Shaw: oyéndolo exponerla en una conferencia, concibió Oscar Wilde su conocido ensayo *El alma del hombre bajo el socialismo*.

Shaw, no lo olvidemos, bajo su apariencia de rudeza antisentimental, es hombre de sentimientos vivos y generosos. En su hermoso libro sobre Shaw, Chesterton recuerda que el dramaturgo irlandés ha dicho que, como vegetariano, merece la gratitud de los animales y que, cuando muera, su carro fúnebre deberían arrastrarlo aquellos que le deben la vida. Pero no habrá necesidad, dice Chesterton; muchos hombres y mujeres a quienes Shaw ha hecho bien ocuparán el lugar de los animales. "Yo, por mi parte, —agrega Chesterton, que es corpulento y obeso,— me ofrezco para ocupar el lugar del elefante".

Crítica de la Reforma universitaria

Por HECTOR P. AGOSTI

IV

NUEVA EPOCA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Este capítulo será necesariamente resumido dada la cercanía de los hechos considerados. Me propongo señalar cómo el pensamiento inicial de la Reforma encuentra, ante nuevos acontecimientos, sucesivas confirmaciones de su carácter confuso y de su esencia contrarrevolucionaria.

El primer ciclo de intensas luchas estudiantiles se cierra en nuestro país el año 1923. Desde el 23 se producen siempre agitaciones, huelgas aisladas, protestas, reclamos; pero ni tienen la trascendencia de los anteriores, ni alcanzan tampoco a vincular en su ejecución a tan vastos contingentes como los del período fenecido. A partir de 1930, América latina asiste, de nuevo, a una robusta agitación escolar: la participación de los estudiantes en los movimientos políticos que culminaron con el derrocamiento de los gobiernos de Irigoyen, Siles, Leguía, Ibáñez y Wáshington Luiz, ponen en el continente una nota destacada. 1930 señala la presencia de un segundo ciclo, de un segundo momento crítico en que será puesto a prueba el sistema reformista. Y la nueva belicosidad está determinada por una variante en las condiciones generales del continente. Si en 1918 los estudiantes se lanzaban a la pelea movidos por una situación de angustia profesional, en 1930 los

azota la crisis mundial que comienza a marcar sus efectos, cada vez mayores, en las economías desquiciadas de nuestros países semicoloniales. Es el caso de recordar ahora el proceso de empobrecimiento gradual de la pequeña burguesía profesional —ya aludido anteriormente—, cuyo sentir se hace más agudo e insoluble en medio del caos económico. El general Uriburu, en sus proclamas sobre la “anarquía universitaria”, se refirió abundantemente al proletariado intelectual, fácil pasto de los agitadores. . . . La crisis económica provoca el ejercicio de una “nueva política universitaria” por parte de las clases dominantes: si hasta entonces había sido la Universidad —merced al persistente esfuerzo estudiantil— un reducto con apariencias de contralor democrático, de aquí en adelante se proclama la guerra santa contra todas las conquistas de la Reforma. Adviértase la correlación continental de esta ofensiva, no limitada a los claustros universitarios exclusivamente, sino extendida a la enseñanza secundaria e incluso a la elemental, y se tendrá exacta noción de la magnitud del problema. La consigna de marcha reaccionaria contra las conquistas estudiantiles caracteriza la política educacional del período que vamos a considerar inmediatamente.

Con referencia al caso concreto de la Argentina podemos, pues, fijar dos ciclos primordiales: 1918-1923, 1930 hasta ahora. Los demás movimientos pueden considerarse como subsidiarios de estas dos etapas fundamentales.

La similitud de ambos períodos reside en la combatividad exaltada de los gremios estudiantiles, aunque difieren en forma notable. En el primero, el movimiento nacía en medio de la gran crisis del mundo recién salido de los campos de batalla, en los instantes que vivíamos la onda revolucionaria que envolvió la tierra al concluir la gran contienda. Los estudiantes de entonces venían a la lucha en momentos que la clase obrera argentina carecía del partido de vanguardia que es, según Lenin, la garantía de su victoria, el instrumento capaz de desarrollar en forma revolucionaria la contradicción. Insurgían contra una situación oligárquica en la Universidad, y lo hacían elaborando una doctrina que en el curso de ese mismo período habría de transformarse en el cuerpo de ideas de todas las tentativas contrarrevolucionarias disfrazadas de izquierda;

pero lo característico de esas luchas es que se producían en la primera de las etapas que atravesó el capitalismo en la trasguerra, cuando sus posibilidades de restablecimiento económico eran aun positivas e ingentes. Lo de 1930 aparece en otro período crítico del capitalismo, mas esta crisis diferirá de todas las anteriores —y aquí reside, precisamente, su virtualidad— porque es general de un sistema que ya ha cerrado su órbita, porque se enlaza a una crisis económica sin precedentes en la historia del capitalismo, y porque su hondura y gravedad es acentuada por la economía socialista que se le enfrenta en la U. R. S. S., nuevo mundo, optimista y vigoroso. Lo de 1930 aparece cuando en la Argentina comienzan a hacerse más agudos los efectos de la crisis agraria; nación sometida al imperialismo, la nuestra no se rige en una economía independiente, sino sujeta a las influencias y necesidades de la alta finanza imperialista, que acrece aún más el rigor de la crisis. En estos hechos —aparte de las luchas interimperialistas por el dominio del país, que les son conexas— halla su explicación el golpe setembrino y las agitaciones que lo precedieron; en estos hechos adquirieron impulso las masas estudiantiles, porque masas del pueblo, del gran conglomerado que trabaja y sufre, sobre ellas recaían también todas las contrariedades de la grave situación económica.

Pero en 1930 el proletariado argentino no era el mismo de 1918. No tenía, como entonces, un concepto romántico e ilusorio de la Revolución rusa, sino que ya había comprendido el mecanismo histórico que permitía el triunfo del Estado proletario. No poseía aun una poderosa vanguardia revolucionaria; pero existía un partido comunista organizado, con un programa preciso, que pugnaba por atraerlo a esa ruta y a esa finalidad. No se había desembarazado totalmente de las tradiciones reformistas y anarquistas; pero, hostigado por una situación de miseria cada vez mayor, se lanzaba a luchas intensas que por su misma envergadura superaban los designios de aquellas tendencias. El proletariado argentino terminaba de librar en esos instantes dos grandes batallas: la huelga general de Rosario, en 1929, y la huelga de los trabajadores de la madera de Buenos Aires, en 1930 —dos grandes acciones de la

lucha de clases en el país,— que ya lo mostraban como “el gigante que se pone de pie”.

Si me he detenido a examinar estas condiciones, es porque quiero significar con ello la diversidad esencial del fenómeno histórico en cuanto a las circunstancias en que se genera. Veremos enseguida, apenas nos metamos en la trama de los sucesos, que la doctrina reformista y la práctica de sus líderes prosigue en una total consecuencia; las nuevas condiciones imponen, sin embargo, un cambio en los procedimientos, y si por algo hubiéramos de caracterizar, de ese punto de vista, el período que consideramos, es por el florecimiento de las “izquierdas”, que alcanzan en esta época auge y esplendor. Entremos, pues, en la materia del capítulo.

* * *

El 6 de setiembre de 1930 constituye una suerte de mojón. Esa fecha determina, en efecto, la cúspide de una agitación política anti-irigoyenista que había venido tendiéndose por largos meses, y constituye además el punto de partida de la “nueva política universitaria” caracterizada por su reaccionarismo, coincidente con una represión inaudita del movimiento obrero.

El país estaba envuelto por una oposición al gobierno del presidente Irigoyen. Lo curioso es que esta oposición, encabezada de manera visible por todas las fuerzas desplazadas de las viejas oligarquías, se hacía en nombre de la democracia y la Constitución, achacando demagogia al gobierno radical. La participación de los banqueros yanquis en la aventura setembrina —intromisión que determinó más tarde el rumbo fundamental de la política del general Uriburu— no es preciso detallarla por demasiado conocida. Es menester destacar, en cambio, que en 1930 los efectos de la crisis mundial sobre la economía argentina ya se hacían notar agudamente. La deuda pública ascendía a 4.120 millones de pesos, el comercio exterior disminuía y arrojaba saldos negativos, las estadísticas oficiales denunciaban la existencia de 300.000 desocupados, los salarios y los sueldos caían, los precios de los productos agropecuarios bajaban, el campo vivía en una miseria crecien-

te. Semejante situación repercutía en las masas trabajadoras, y rebotaba sobre ellas en el sentido de impulsarlas a la acción. En 1929, la ciudad de Rosario estuvo paralizada casi un mes. En 1930, huelgas del vestido, de la madera, de las empresas de luz y fuerza, de otros muchos gremios en forma parcial, comenzaban a señalar en los trabajadores el resurgir de una nueva ola combativa. De las manifestaciones del 1º de Mayo habían sido las comunistas las más numerosas, en Buenos Aires, Rosario y Córdoba, es decir, en las principales ciudades. Alrededor del 6 de setiembre existían en nuestro país todos los síntomas de un renacer impetuoso de la lucha de clases, porque existía en todas las clases populares un malestar latente por las penurias económicas, que con facilidad se trocaba en descontento y en odio contra la sociedad que las determinaba.

Los líderes del radicalismo no dejaron de advertir esta situación. A fines de agosto de 1930, hablando para un periodista uruguayo, el senador Diego Luis Molinari denunciaba a los firmantes del manifiesto de la oposición como abogados de las empresas petrolíferas yanquis, y pronunciaba estas palabras que asignan al partido radical una misión conservadora y reaccionaria:

“Estamos amenazados por una revolución de las más extremas izquierdas, y los opositores, al atacarnos, no se dan cuenta que tratan de destruir el dique que contiene el agua. . . Esa es la verdad, y mientras nosotros aguantemos todo irá bien. Mas si abandonáramos el terreno pronto se verían devorados ellos mismos”.

No podía pedirse más paladina confesión. Pero los “opositores” utilizaron hábilmente —para sus fines, y los del bando imperialista a que se hallaban vinculados— el descontento de la población laboriosa, asignándose a sí mismos la tarea de oficiar de dique de contención de “la revolución de las más extremas izquierdas”.

A toda esta bambolla opositora adhieren los gremios estudiantiles. Algunos lo hacen oficialmente, otros de manera más cubierta, pero todos participan en la actividad antiirigoyenista. El descontento de los estudiantes, como masa del pueblo, provenía de las mismas circunstancias que provocaban el mal-

estar de toda la población. Y sus líderes, en nombre de los postulados de la Reforma universitaria, supieron aprovecharlo para hacer de los estudiantes el marco popular que necesitaba urgentemente el golpe de setiembre. Las manifestaciones escolares anteriores al pronunciamiento del día 6 constituyeron la única demostración popular visible contra el gobierno de Irigoyen. ¡Y bien que supieron valorarlo los motineros! Porque si los estudiantes recogieron como herencia persecuciones, torturas y prisiones, los Tourrés pudieron arrellanarse cómodamente en las bancas del Congreso Nacional...

He aquí una nueva manifestación del pensamiento reformista: los postulados democráticos de la Reforma la llevaban a apoyar, de manera teórica y práctica, una sedicente "oposición democrática" que se proponía defender los intereses de los grupos de terratenientes y burgueses vinculados a la banca de Wall Street, y liquidar en forma terrorista todo intento de organización de la clase trabajadora. Cuando apoyaba semejantes propósitos, ¿la Reforma no se presentaba, una vez más, como un sistema de ideas que traba la acción de los estudiantes, que los ata a los grupos más reaccionarios? El 4 y 5 de setiembre, los estudiantes marcharon contra el escuadrón gubernamental, ilusionados por este ideario democrático de los ideólogos reformistas. Unicamente los estudiantes comunistas dieron entonces una apreciación ajustada de lo que ocurría. Pero eran todavía una minoría reducidísima, y su voz no obtuvo eco inmediato. Embriagados por la verba de los improvisados tribunos universitarios, los estudiantes se lanzaron a la calle el 4 y 5 de setiembre. Creían pelear por la Reforma universitaria. La sangre de Juvencio Aguilar regó, en cambio, los planes reaccionarios del 6 de setiembre.

La agitación universitaria tenía esa base de confusión en el grueso de los estudiantes; ellos creían luchar por los postulados "sociales" de la Reforma, y así daban libertad al sentimiento de malestar que anidaba en lo más profundo de la población trabajadora. Una educación prolongada en el espíritu del 18 y en los destinos heroicos de la Nueva Generación, había acortado las miras de los estudiantes, les había disfrazado la realidad, les impedía el paso a actantes posiciones revolucionarias. Y los bríos nucleos estudiantiles que en las jor-

nadas inmediatamente anteriores al 6 de setiembre se batieron en las calles reclamando libertades democráticas, estaban cumpliendo la finalidad que les asignaban sus directores espirituales. Confusión que éstos explotaban de manera magnífica, y que ponía a la masa estudiantil en favor de un grupo burgués-terrateniente local y de una bandería imperialista. (Exactamente lo mismo ocurrió en las movilizaciones estudiantiles verificadas casi simultáneamente en los otros países de América: los estudiantes, expresión del descontento de las masas populares, fueron utilizados como el vehículo de propaganda en la tarea de sustituir un gobernante feudal y burgués por otro de iguales características reaccionarias, aunque perteneciente a un bando adverso).

Si esta falta de precisión en los fines del movimiento estudiantil es atribuible a la falsedad básica de la ideología reformista —producto de típica procedencia pequeño-burguesa— esa misma circunstancia explica las vacilaciones de la masa estudiantil ante el importante acontecimiento ocurrido en nuestro país el 6 de setiembre de 1930. Los líderes estudiantiles —e incluyo a todos, aun a los que poco después comenzaron a luchar contra la dictadura— saludaron alborozados el golpe de estado, lo presentaban como la salvación del pueblo argentino, rechazaban indignados todas las tentativas de caracterizar la función reaccionaria y antipopular del gobierno que advenía (1). En la Universidad floreció un estado de espíritu favorable al nuevo gobierno. Se le veía como el restaurador de las instituciones democráticas. Se le saludaba como una panacea providencial. Y surgió la actitud de la Federación universitaria, introductora de la teoría del "hecho cumplido".

La Federación universitaria de Buenos Aires fijó su posición ante la nueva Junta de gobierno, en un manifiesto que ha quedado como el documento más imborrable de la vacila-

(1) Permítaseme un recuerdo característico. El 6 de setiembre, por la mañana, algunos estudiantes comunistas reunidos en la Facultad de medicina quisimos hacer escuchar nuestra opinión por los camaradas allí congregados en espera de noticias del movimiento iniciado en Campo de Mayo. Recuerdo que logramos encaramar sobre una improvisada tribuna a González Alberdi, quien denunció que se estaba gestando una junta dictatorial de carácter militar. El líder reformista y consejero Fernando M. Bustos intervino entonces violentamente, y calificó de "pavadas" nuestras profecías políticas. Un mes y medio después, la Federación universitaria debía coincidir con nuestras "pavadas" al referirse al gobierno.

ción traidora del pensamiento reformista. Daba su importancia, no vacilo en transcribir sus principales pasajes:

“La juventud universitaria, que ha contribuído con su palabra, su acción y su sacrificio al éxito de la jornada del 6 de setiembre, dándole, conjuntamente con los partidos opositores, el contenido civil y popular que requería, se cree en el derecho y en el deber de hacer oír su voz ante la situación surgida de aquel acontecimiento.

“La revolución del 6 de setiembre ha sido la obra común del pueblo y de sus instituciones armadas, mancomunados en un mismo y espléndido esfuerzo, que conmovió a todos los sectores del país, desde el cuartel hasta la Universidad. Es con la base de ese carácter esencialmente civil y democrático como asumió la revolución desde los primeros momentos, que la juventud universitaria participó sin vacilar en ella, no escatimando ni siquiera la contribución de su sangre, precipitando con su decidida acción en las calles la marcha de los acontecimientos y aprestándose a defenderla cuando pareció que estaba en peligro.

“Consumados los hechos que promovieron el triunfo de los anhelos populares, e inspirados por la emoción patriótica del momento, los estudiantes argentinos recogen y hacen suyas las solemnes y terminantes declaraciones del ejército y la armada, que rindiendo honor a su noble tradición civil y democrática, formularon, en las inciertas vísperas revolucionarias, los compromisos que aquí reproducimos como una gloriosa página de nuestra historia.

“... Sobre estas solemnes declaraciones, que demuestran una vez más la absoluta identificación del ejército y la armada con el pueblo argentino, evidenciada en los hechos por la fraternización revolucionaria entre estudiantes, obreros y soldados en los cuarteles, y la heroica y unánime marcha triunfal del 6 de setiembre, la Federación universitaria se dirige al país recordándole que el programa del momento puede concretarse en dos palabras: Patria y Constitución.

“Ha llegado la hora de romper con el pasado. El 6 de setiembre inicia una nueva era en la vida cívica del país, como la iniciaron las otras grandes efemérides de su historia. *El país se salvará en la medida en que las jóvenes generaciones conci-*

lien los intereses y afanes de la masa popular, con el talento e iniciativa de las capacidades escogidas y directrices”.

Y termina:

“Estudiantes: Hoy como ayer, mantengámonos unidos al grito sagrado de ¡Viva la patria y su Constitución liberal! ¡Viva la tradición civil del ejército argentino! ¡Viva la revolución!” (2).

No se trataba de un pronunciamiento aislado. Los consejeros estudiantiles de la Facultad de derecho de Buenos Aires—Sánchez Viamonte, Lastra y González—decían en nota pasada a los diarios como aclaración de sus renunciaciones:

“Nosotros aceptamos el gobierno provisional como una consecuencia del movimiento revolucionario, al que todos hemos contribuído” (3).

El día 4 del mismo mes, el consejero estudiantil de la Facultad de medicina, Fernando M. Bustos, había expresado conceptos que preanunciaban esta actitud, en un discurso pronunciado frente al diario *La Fronda*. (4).

Y, por su parte, el Centro de estudiantes de derecho publicaba una declaración en la que, entre otras cosas, se decía lo siguiente:

“... Que la declaración formulada por la Federación universitaria de Buenos Aires, que hablaba de la necesaria colaboración del ejército en el movimiento realizado por el pueblo, en procura de la restauración de las instituciones, fué aprobada a propuesta de los delegados del Centro de estudiantes de derecho, a cuyo repudio de los hechos sangrientos prerrevolucionarios causados por la policía, agrega esta entidad su mayor condenación por el ataque de que fueron víctimas el pueblo y el ejército en la plaza del Congreso y costara la vida de nuestros camaradas del Colegio Militar y demás víctimas, cuyo martirologio constituye deuda perenne para los hombres que trabajamos para una patria mejor.

“Que no ha sido su propósito desconocer el actual gobierno provisional.

(2) El manifiesto fué publicado por los diarios de la capital en sus ediciones del 11 de setiembre de 1930. Una copia legalizada del mismo fué entregada a la Junta de Gobierno. (Los subrayados me pertenecen. H. P. A.).

(3) “La Prensa”, setiembre 10 de 1930.

(4) “La Prensa”, setiembre 5 de 1930.

“Que frente a ese gobierno provisional entiende que la posición de la juventud estudiosa y del pueblo entero, debe ser de confianza, de expectativa y de control, expresando su deseo de un rápido retorno a la normalidad institucional” (5).

No es menester agregar mayores consideraciones para certificar cuanto venimos afirmando.

* * *

No obstante estas actitudes oficiales de los gremios estudiantiles, la masa escolar saltó muy pronto los cercos en que pretendíase limitar su acción. Había transcurrido apenas un mes del golpe de estado, cuando una primera huelga reclamaba el levantamiento del estado de sitio, la derogación de la ley marcial y la libertad de los detenidos. Desde octubre de 1930 —fecha de esta huelga inicial— la Universidad argentina se mantuvo en perenne agitación. Los estudiantes recobraban fuerzas en cada contraste y se lanzaban a la lucha contra el gobierno dictatorial. Una pesquisa cuidadosa de esos movimientos permitiría anotar características sobresalientes de la táctica reformista. Podría señalarse, como rasgo distintivo, la naturaleza conspirativa y enclaustrada de los métodos con que pretendían ganar su lucha los líderes estudiantiles. El grueso de los estudiantes debía actuar librado a su espontaneidad, sin directivas que canalizaran su esfuerzo y lo hicieran más fructífero. Las direcciones universitarias imponían huelgas por decreto, e inmediatamente se desvinculaban de la gran masa de estudiantes que en las calles se batían con los grupos de las legiones reaccionarias. Semejante desvinculación no es casual. Está atestiguando la presencia de una concepción típica del reformismo: su teoría de las selectas minorías directoras aquí se presenta en toda su fuerza. ¿Para qué interesar a los núcleos estudiantiles en una campaña intensa? La llama de la Nueva Generación la alimentan los apóstoles de la Reforma. . . Los núcleos estudiantiles sólo deben acatar. Si la actuación estudiantil no alcanzó mayores niveles durante el período que ahora estamos considerando —a pesar del inusitado crecimiento de su combatividad— ello débese, pura y exclusivamente, a

(5) “La Prensa”, setiembre 11 de 1930.

la táctica reformista, producto inmediato de su ideología. La táctica reformista no se proponía el cumplimiento de una tarea que constituye el abecé de la lucha política: la ampliación del frente de batalla. Y este engrandecimiento presuponía, en primer lugar, orientaciones claras para todos los estudiantes, cotidianamente renovadas; la utilización de todos los estudiantes, interesándolos particularmente; y la vinculación efectiva, real, con las actividades del proletariado, de las clases trabajadoras del país, que sufrían más directamente los golpes reaccionarios. La táctica reformista siguió el procedimiento diametralmente opuesto: en lugar de orientaciones precisas, vagos manifiestos literarios; en cambio de la utilización de todos los estudiantes, el empleo se pequeños grupos secretos de gentes audaces; en vez de la acción común con los trabajadores, la agitación combinada a las necesidades de los motineros radicales o de los partidos "democráticos". . . . El ejemplo de La Plata es de una elocuencia irrefutable: los estudiantes plateneses mantuvieron vigoroso el espíritu de combate, no obstante las persecuciones reiteradas. El partido universitario de izquierda ha adquirido un prestigio de esforzada combatividad en el movimiento estudiantil argentino; mas, ¿se trataba, en su caso, de una amplia movilización del estudiantado platense? En el partido universitario de izquierda, donde primaron por mucho tiempo las ideas anarquistas, no se pensaba en organizar acciones de masas de los estudiantes, en la vinculación que ya hemos señalado. Esa acción de conjunto se sustituía por la actividad de pequeños grupos terroristas. La acción de la masa —que en el 18 arrancó la Reforma— se reemplaza por una manifestación de minorías "carbonarias". Es un rasgo característico de la práctica reformista, que en esta segunda época también surge nítidamente.

Los líderes reformistas encontrábanse jaqueados por una doble preocupación: por una parte, precisaban de un vasto movimiento de masas para sus fines de acción común con los grupos de la sedicente democracia latifundista y burguesa; pero, al mismo tiempo, coexistía el peligro de que estas masas, lanzadas al combate, rebasasen los objetivos mezquinos que querían señalarse a su actuación. La vida suele ser extremadamente caprichosa. . . . Sus vacilaciones, sus titubeos, la confu-

sión que infunden al conjunto escolar, proceden también de esta circunstancia deliberada, aunque tienen en la ideología reformista su base de sustentación. El pensamiento reformista, en efecto, es ya de una indigencia desesperante, y no alcanza a dar respuesta a los nuevos problemas que presenta la evolución de la lucha de clases, en nuestro país y en el mundo. Su afirmación básica de la democracia como solución de todos los males que aquejan a la sociedad, ya no constituye ninguna fórmula deslumbrante, y por otra parte, son muchos los estudiantes, y los trabajadores en general, a quienes no podrá embaucar el sortilegio de palabras hermosamente aderezadas. El pensamiento reformista está viviendo en estos instantes el trance de una modificación externa y formal, aunque permanezca invariable su sustancia. Ubicado ante un proceso evolutivo de los estudiantes —un girar hacia la izquierda— el pensamiento reformista comienza a revestirse de fórmulas izquierdistas. Este trance se opera en medio de una febril agitación política y —zozobra de todo parto— está pleno de sobresaltos y tanteos. Lo que interesa es consignar —en estos diversos cateos que estamos realizando para perfilar las características esenciales del presente período de la Reforma universitaria— una nueva manifestación de exaltada combatividad estudiantil, frente a la cual los primates reformistas, validos de un instrumento reaccionario, la tienden al servicio de causas ajenas al interés popular.

* * *

Las agitaciones estudiantiles producidas durante el “período uriburista” iluminaron una doble experiencia. En el 18, los estudiantes habían sido niños mimados, por así decirlo; las detenciones que sufrieron, las cargas que recibieron durante sus demostraciones, eran cosa sin mayor ulterioridad. En el 30-31, centenares de estudiantes desfilaron por las distintas prisiones del país, y muchos de ellos fueron sometidos a tortura. La reacción mostraba así su verdadera faz, desnuda, sin afeites, y los estudiantes, ni cortos ni perezosos, pudieron valorarla íntegramente. Pero, además, los estudiantes pudieron advertir que los golpes reaccionarios se descargaban con saña

feroz sobre el movimiento obrero, allí causaban sus principales víctimas, allí se concentraba su furor. En las cárceles y en el destierro, los estudiantes tuvieron contacto con los trabajadores perseguidos, captaron la resistencia y el optimismo del proletariado, vivieron la vitalidad siempre renovada de la organización proletaria. El resultado de este acercamiento obrero-estudiantil fué, para muchos estudiantes, una mayor claridad en la comprensión de los fenómenos sociales. El 18 habíase producido igual aproximación, mas entonces los estudiantes querían ser ante todo mentores, y no aconsejados. Ahora, ante un movimiento obrero más desarrollado, más poderoso, más extendido, más cultivado, los estudiantes comenzaron a comprender —alertados por el crítico panorama circundante— que en la ruta del proletariado estaba su propia salvación.

La consecuencia más decisiva del ciclo estudiado, desde el punto de vista de la nueva prueba a que fué sometido el pensamiento reformista, consiste en un vuelco general del movimiento estudiantil hacia la izquierda, precisada en sus alcances de transformación violenta del orden social capitalista.

En este período, en efecto, surgen los llamados “partidos reformistas de izquierda” como organismos que asumen la dirección de las falanges universitarias. La aparición de semejantes formaciones está determinada por la nueva conciencia política que se viene formando en el estudiantado, mas precisa considerar también que los líderes clásicos del reformismo no son ya útiles en las nuevas condiciones. Necesitan ser reemplazados por otros menos comprometidos, adaptados a un lenguaje de izquierda que encubra la mercadería de la Nueva Generación. En los partidos de izquierda, los nuevos líderes desenvuelven una tremebunda agitación verbal en favor de postulados “revolucionarios”, aunque los pongan siempre al servicio de los motines y cuartelazos preparados por el radicalismo opositor. No obstante esta circunstancia, que es menester recordar y puntualizar, los partidos reformistas de izquierda desempeñan un serio e importante papel en la formación de núcleos revolucionarios entre los estudiantes de la Argentina.

A mediados de 1931, se unifican en el A. P. R. I (Agrupación de Partidos Reformistas de Izquierda). La fundación del A. P. R. I. determina un hecho remarcable en la historia

del movimiento estudiantil argentino, porque de allí, y de los diversos grupos de izquierda, surgirán quienes habrán de constituir más tarde la asociación "Insurrexit". El A. P. R. I. da un sentido más definido al tradicional izquierdismo reformista: La militancia en la izquierda universitaria no se concibe sin una militancia análoga en las izquierdas de la lucha política y social, afirma. Sin abandonar aún la concepción de la Reforma a la manera romántica, sin desembarazarse todavía del destino mesiánico atribuido a la juventud, el A. P. R. I. supera, sin embargo, la creencia del 18, en cuanto advierte para el estudiantado la obligación de la militancia política y social. Ya no se considera a la Reforma universitaria como un fin en sí, ni se conceptúa su misión social como algo inmanente; ahora se proclama la inoficiosidad y la simulación de aislarse en la torre de marfil de un izquierdismo de puertas adentro, de puro corte universitario, sin bajarse a participar en el tumulto de la calle, en la nerviosidad de la lucha social. Ahora se proclama, como una obligación de la Reforma, ocupar un puesto en la lucha de las organizaciones obreras. El A. P. R. I. ha desempeñado una misión casi precursora, diríamos. En el momento en que se operaba un vuelco de la masa escolar hacia posiciones del proletariado —viraje no cíteramente comprendido, no concientemente meditado, pero virada al fin—, quienes se agrupan en aquella organización estudiantil procuran dar conciencia al fenómeno que se opera a su vista. La acción del A. P. R. I. caracterízase por su confusión y sus vacilaciones. Eran explicables. Porque allí se juntaban gentes que no tenían una igual visión de los hechos políticos y sociales que agitaban el país. Al lado de los estudiantes sinceramente volcados a las concepciones revolucionarias proletarias, estaban los líderes ubicados en posturas izquierdistas para medrar con mayor facilidad, y compartían también la mesa algunos agentes —muy pocos, felizmente— de los motineros radicales que hacían el amor al estudiantado con enternecedores modales de novio principiante... De allí que el A. P. R. I. no llegara a estructurar un verdadero programa de acción, capaz de iluminar el camino de los estudiantes. Su función histórica, en la medida en que superó las vacilaciones de su nacimiento y eliminó los agentes indeseables, consistió en haber servido de puente directo para

el paso a una organización superior, con un programa definido, con una táctica más certera, con precisión y homogeneidad en sus propósitos: el A. P. R. I. es el antecedente inmediato de "Insurrexit".

La trayectoria del A. P. R. I. fué, sin duda, meteórica. Más que una labor práctica, fué la suya tarea de abrir brecha ideológica. Sus componentes fueron haciendo claridad a medida que las cosas políticas que los circundaban adquirían mayor gravedad. Hay que destacar que el A. P. R. I. señala, en este período de vuelco estudiantil, el crisol donde el proceso adquirirá conciencia. En la historia de la transformación del pensamiento reformista, mejor dicho, de la negación superadora del pensamiento reformista, la aparición del A. P. R. I. constituye un momento destacado.

El segundo aspecto del izquierdismo universitario florece simultáneamente. Sus causas ya han sido apuntadas. El pensamiento clásico de la Reforma precisaba una adaptación a nuevas circunstancias. Los viejos líderes deben ser reemplazados por otros que, bajo apariencias flamantes, pongan otra vez en circulación las antiguas fórmulas reaccionarias. El izquierdismo sui generis de esta etapa consiste, esencialmente, en oponer la democracia burguesa a la dictadura burguesa, en hacer una cuestión de grupos terratenientes y burgueses democráticos y grupos reaccionarios, y en procurar soldar el movimiento estudiantil a los primeros. Si este rumbo que los líderes universitarios asignan a su función, los lleva a realizar la agitación y la propaganda de los motines radicales o de la candidatura presidencial de la Alianza, advenida la "normalidad constitucional" proseguirán igualmente en sus afirmaciones democráticas, sugerente barniz de izquierda que aprovecha magníficamente el radicalismo.

En la orden del día conmemorativa del décimocuarto aniversario de la Reforma, la federación universitaria argentina indica como culpables de la situación del país "a la dictadura reciente y a sus herederos inmediatos", lo que hace nuevamente necesario postular "una Universidad democrática, digna y libre". Y concluye: "El país despierta de la somnolencia de la dictadura. En manos de los obreros, estudiantes e intelectuales libres está que este renacimiento prepare el arribo

de una Argentina noble, próspera y justa donde el esfuerzo de los productores no sea aprovechado por los parásitos y donde el espíritu humano razone, sueñe o se exalte en un ámbito libre y fecundo" (6). Y en julio del mismo año de 1932, las federaciones universitarias argentina y de Buenos Aires fijan en un manifiesto su concepto del nacionalismo; por su intermedio "hablan los argentinos del presente y del futuro, emancipados de prejuicios, livianos de galones y libreas". Se trata de un estado retardatario del país, motivado por la penetración financiera extranjera, a la que estarían vinculados los que revistan en las filas de las más extremas derechas, nada más; ello les impide alardear de nacionalismo (7). Semejantes afirmaciones no son extraídas al azar. Condicionan una plataforma del izquierdismo universitario en este período. En efecto, se pretende la existencia de grupos democráticos entre los terratenientes y burgueses argentinos — los ajenos a "la dictadura reciente y a sus herederos inmediatos" — que nada tendrían que ver con la intromisión imperialista. Ya puede verse, en una simple mención, qué finalidades se asigna en esta hora el izquierdismo reformista. Se propone el hallazgo de "una Argentina noble, próspera y justa"; tal el verdadero nacionalismo. Y semejantes formulaciones de un liberalismo declamatorio y finisecular, aunque se engarcan en el púdico izquierdismo de la "libre exaltación del espíritu humano", son sin duda de grande beneficio para los grupos políticos feudo-burgueses desplazados del poder, que anotan también sus fichas a la izquierda en el juego de la conquista de las masas; pero están configurando aquella otra especie de "extremismo" contrarrevolucionario, se lo hubiesen propuesto o no quienes con tanto ahinco lo propugnaban.

Dichas expresiones han de cobrar pronto una significación más vasta. El segundo congreso nacional de estudiantes universitarios está embebido de ese espíritu. Sus resoluciones revelan la más grande confusión, las más notables inseguridades. Pero, en el fondo, igual denominador ideológico las determina. El Congreso se proponía nada menos que "revisar la teoría y la práctica del movimiento reformista de la juventud

(6) "F. U. A.", agosto 13 de 1932, pág. 2.

(7) *Ibidem*, pág. 3.

desde su iniciación"; mas semejante faena presuponia encararla con un criterio de absoluta revisión, es decir, con un criterio de adecuación a la realidad histórica y no de remozamiento de las utopías pequeño-burguesas de 1918. La asamblea del 32 se limitó, en cambio, a barnizar de izquierda las fórmulas precedentes. Y en dicha postura, procurando conciliar "todas" las izquierdas —"no pueden dilucidarse métodos de política militante que puedan servir a aquella interpretación" (8) — logró aumentar la imprecisión, la vaguedad, la oscuridad en los núcleos de estudiantes.

Dándose de golpes con la realidad, el congreso universitario "declara que no entiende la Universidad como el organismo del estado para la formación de las clases dirigentes y la cristalización de las verdades normales de la época, sino como un organismo de los estudiosos para transmitir sus conocimientos a todo el pueblo y el laboratorio donde se analicen las ideas científicas, filosóficas, artísticas y sociológicas, con el propósito de dar una cultura en función social para una actuación consciente en las diversas manifestaciones del vivir individual y colectivo" (9). Entresacando entre la desesperante construcción del precitado enunciado, ya puede verse como se reedita aquí la vieja utopía reformista de una Universidad concebida como mundo aparte, colocada al margen de los problemas que agitan a la sociedad y de la estructura de esa misma sociedad, que dan al claustro universitario una dirección concreta. La nueva resolución pretende reservar a la Universidad la gracia de repartir cultura y orientaciones generales al pueblo, que habrá de recibir jubilosamente el regalo de la Nueva Generación. Pero —¿será preciso retomar eternamente el tema de la falta de cohesión en el pensamiento doctrinario reformista?—, pocas líneas después, la resolución se encarga de contradecirse: la misión de la Universidad es "social, en cuanto aquella enseñanza se orienta a incidir sobre la marcha y perfeccionamiento íntimo y formal de la sociedad en que la Universidad actúa" (10). Por otra parte, mientras se cree posible una ley

(8) Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios: *Documentación*. Buenos Aires, 1932. Pág. 15.

(9) *Ibidem*. pág. 21.

(10) *Ibidem*. pág. 22.

universitaria que encierre los principios reformistas (11), el mismo congreso declara que los estudiantes están "convencidos de que la Universidad que ellos postulan sólo será realizada íntegramente en una sociedad que obedezca a una estructura económico, jurídica y cultural, totalmente nueva" (12). Quiere decir que aunque en algunas declaraciones se llegue a insinuar una negación de la eficacia parlamentaria, en la práctica, la efectividad de conquistas que el estudiantado arrancó en plena lucha, pretende obtenerse por la vía exclusiva de una sanción legal.

El congreso del 32 significa la culminación de ese izquierdismo universitario reseñado en páginas anteriores. Se realizaba en circunstancias especiales. Y si debía enfrentar un pronunciamiento cada vez más certeramente combativo de la masa estudiantil, sus promotores pretendieron capear el temporal mediante hábiles suertes de toreo doctrinario. Se proclama un orden nuevo; pero ¿qué significa este nuevo orden?, ¿cuáles serán sus finalidades?, ¿cómo advendrá y por qué? El congreso no da respuesta a estas cuestiones "por no dilucidar métodos de política militante". Los métodos de "política militante" sostenidos por una minoría de delegados que recogían el programa de "Insurrexit", consistían en lanzar esta rotunda verdad: "la hegemonía del proletariado, única clase históricamente revolucionaria hasta el fin, por cuanto sus intereses y su posición social la lleva indefectiblemente, por leyes históricas que determinan la marcha de la sociedad, hacia la liquidación definitiva de las clases sociales, hacia la liberación total de la humanidad" (13). El congreso rechazó dicha proposición, que arribaba a semejante resultado luego de analizar la estructura económica argentina y la correlación de las clases sociales frente al imperialismo.

El segundo congreso universitario no significa, como lo pretenden sus directores, una superación del primero. Comporta únicamente una vivificación de las tesis del 18, una adaptación a las nuevas circunstancias. Pero el congreso, que se proponía bulliciosamente revisar la "doctrina de la juventud",

(11) *Ibidem*, pág. 33.

(12) *Ibidem*, pág. 23.

(13) *Ibidem*, pág. 45.

perdió la oportunidad de hacerlo al mantenerse en los mirajes reformistas para enfocar los problemas de ahora. Su revolucionarismo no pasa, así, de vagas y vanas fórmulas declamatorias. Si no precisa finalidades ni métodos, si no ilumina una ruta, si no procura un envión efectivo al conjunto escolar, ¿qué importancia cabría asignar a sus discursos? Su única función consiste en corroborar una especie de izquierdismo, una adaptación de la Reforma a un lenguaje de izquierda urgido por el momento. En la evolución del pensamiento reformista, este rasgo, característico del instante que consideramos, halla en el segundo congreso de estudiantes universitarios su expresión más cabal.

* * *

Los dos períodos del desarrollo del movimiento reformista no ofrecen diferencias sustanciales si los examinamos desde el punto de vista de los pronunciamientos doctrinarios. Los distingos se refieren únicamente a las circunstancias diferenciadas en que acaecen ambas manifestaciones. Mas, en lo esencial, el doctrinarismo reformista prosigue inalterable, aunque ahora procure formular alardes "extremistas".

El hecho más destacado de este período lo constituye la nueva conciencia que de su destino en la sociedad va adquiriendo el estudiantado, es decir, la seguridad de que su situación está vinculada a la empresa de trastocar la actual organización social. Los acontecimientos, vertidos en febril precipitación, luego de enseñar condiciones objetivas cada vez más angustiosas, se han encargado de mostrar que el mundo capitalista es incapaz de resolver sus propios problemas. Si en 1918 esto constituía una sensación, en el 34 se ha convertido en una convicción para gran parte del estudiantado. Es un progreso, sin duda. Pero constituye el primer paso en la comprensión de un fenómeno más vasto y profundo. La evolución práctica del conjunto escolar, en sus grandes núcleos, se ha detenido al comprobar que es imposible toda restauración del mundo capitalista; le falta todavía dar el segundo, y concluir que la liquidación definitiva del capitalismo sólo la obtendrá el proletariado, en tanto que clase revolucionaria, edificando la

sociedad socialista. Al estudiantado le falta advertir aun que su camino es el de la revolución agraria (y antiimperialista), el de la revolución democrática. Tal el panorama del pensar estudiantil, de la evolución estudiantil en 1934.

¿Qué ofrece, en cambio, la ideología reformista? Si en el 18, la doctrina reformista propugnaba la "herencia de Mayo" como patrimonio espiritual de la Nueva Generación, en el 34 reclama análogas actitudes en su defensa de la democracia. (Ya se sabe que esta "herencia de Mayo" —que nadie acierta a definir certeramente— la Reforma la interpreta en el sentido de la afirmación democrática que habría realizado el movimiento de 1810). Y cuando pretende "avances" se detiene en un antiimperialismo que adjudica al capital extranjero, exclusivamente, las desventuras de las masas laboriosas del país. La burguesía argentina, los terratenientes de nuestros campos inmensos, quedan eximidos de toda responsabilidad en la penetración imperialista. Y es preciso destacar que en estas actitudes "antiimperialistas" pretende afirmar el pensamiento reformista su evolución y su superación del 18. Si ahora no se menciona con tan fastidiosa frecuencia la "herencia de Mayo", no por eso dejan de reclamarse de tal pasado los ideólogos reformistas. Recurren a Alberdi y a Sarmiento, o glorifican las excelencias de la ley de educación común "que ha preservado al niño de influencias malsanas", como afirma la convención de Rosario (abril de 1934). El proletariado, los trabajadores, todos cuantos esperan de la revolución la solución de sus problemas, no tienen nada de común con el liberalismo alberdiano ni con la democracia del 53. El "liberalismo" alberdiano, y el de Sarmiento, lejos de ser una manifestación saint-simoniana —como lo pretende Ingenieros, genio tutelar de la Reforma—, constituye el impulso para encarrilar definitivamente a la Argentina en el camino capitalista. Pero sometido desde su nacimiento a las leyes económicas de un país dependiente del comercio de exportación de productos agropecuarios, el liberalismo alberdiano alienta la introducción del capital extranjero, abriendo las puertas a un más rápido acceso del imperialismo. Véase, pues, como se complementan las posturas izquierdistas de la nueva virada: por un lado, absolución de los terratenientes y capitalistas argentinos en la penetración imperialista, en la de-

formación de nuestro país por el imperialismo; por el otro, exaltación "revolucionaria" de los pensadores burgueses que fomentaron la introducción imperialista en nombre de la ciencia y el progreso.

Salvados tres lustros desde su nacimiento, enfocada en circunstancias diversas, la ideología reformista, aunque adaptándose a las nuevas condiciones externas, prosigue en su inalterable esencia contrarrevolucionaria. Su "izquierdismo" puede ser izquierdismo del A. P. R. A., o de la Casa del Pueblo, o del radicalismo. Ningún vínculo pueden tener con él los trabajadores —y los estudiantes, castigados por la crisis económica y la reacción política. No habrá de franquearles el porvenir la brillantez literaria de las novísimas fórmulas reformistas, ni el remozamiento alberdiano, ni la agitación en favor de una democracia de burgueses y latifundistas, adheridos al imperialismo por el cordón umbilical de la explotación del pueblo argentino.

El proletariado, las masas laboriosas, la pequeña burguesía, quienes se hallan esquilados y agobiados por la doble explotación burguesa-imperialista, tienen en la ruta que les traza el marxismo el camino de su salvación. Todo lo demás es perpetuar la estéril inquietud de Hamlet.

Estética de la Música Contemporánea

Por LEOPOLDO HURTADO

I

La música contemporánea ante la filosofía de la historia del arte. — Posibilidad de una estética de la pura audibilidad.

Cuando Julio Verne se propone anticiparnos cuál será la música del porvenir, hace asistir al protagonista de una de sus novelas a un concierto en el año 2000, y le hace decir:

“Ah, la música no tenía nada de humano, ni nada de celestial! Ninguna forma musical en las frases, ninguna estructura. Nada de melodía, nada de armonía. Lo deshilachado sobre lo inconmensurable, como diría Hugo. Música de Wagner quitaesenciada! ¡El álgebra sonora! ¡El triunfo de las disonancias! Un efecto parecido al de los instrumentos que afinan en una orquesta, antes de que se oiga el golpe de batuta. Y al aproximarme al cartel que contenía el programa, leí este título aterrador: Révérie en la menor, sobre el cuadrado de la hipotenusa.”

Como en tantas otras cosas, este genial anticipador de los aspectos externos de la vida contemporánea se equivocó en un buen número de años, y no ha sido necesario llegar al año 2000 para escuchar muchas reveries en la menor, sobre el cuadrado de la hipotenusa . . .

Pero lo que más nos interesa, es que ha anticipado también al oyente del porvenir, y la reacción de nuestro personaje es más o menos la misma del término medio de los que asisten a un concierto de música contemporánea.

Es que, en verdad, es difícil ser contemporáneo de un arte cualquiera. Si a algún humorista erudito se le antojara escribir la historia de la música valiéndose de los testimonios que nos han dejado los que han asistido al nacimiento de las obras, leeríamos las cosas más enormes. Y no sólo por parte del público, sino también por parte de los entendidos, de los hombres del oficio.

En las épocas llamadas clásicas, existe una convención tácita, aceptada mutuamente por las partes, público y artistas. Unos y otros aceptan previamente las reglas del juego artístico, normas, principios, características formales. En esas épocas le es fácil al público establecer de inmediato cuál es el porcentaje de talento y de originalidad de un compositor, porque todos hablan un lenguaje artístico común. La diferencia entre una obra de arte y otra reside en las condiciones personales, giros, melismos, detalles de cada compositor, que son siempre fáciles de discernir.

En cambio, en épocas no clásicas, en períodos de anarquía individual, esa convención previa se ha roto. No existe ya una connivencia espiritual entre el artista y el público. Cada artista crea su forma propia, habla un lenguaje personal, y el público se encuentra ante esta doble dificultad: penetrar primeramente en el mundo de formas sonoras que emplea el artista, y después, tratar de captar una obra de arte que por su misma individualidad es siempre difícil de aprehender.

Pero hay aún para el público de hoy una tercera dificultad, que es la más árdua de todas. Y es ésta: el arte tradicional y especialmente el subjetivo, como lo ha sido el arte del siglo XIX, era una incitación del artista para que el oyente saliera de sí mismo y se entregara a la obra. Todas las palabras que han servido siempre para expresar un estado emotivo intenso, tales como emoción, éxtasis, transporte, etcétera, son palabras que indican una evasión, una alienación del oyente. El artista, por medio de su obra, trata de captar al oyente, de asimilárselo, de

hacerlo penetrar, mediante la música, en su mundo interior.

Pero en la música de hoy no existe semejante invitación. El músico contemporáneo no trata de sacar al oyente de su quicio e incorporarlo a su propio mundo espiritual. La obra musical no formula ningún llamado; se ofrece a la contemplación desinteresada del público, le dice: "Quédese Vd. en su butaca y escuche"; y entonces es necesario que el oyente se cree una nueva facultad, que había caído en desuso. Es la facultad de percibir estéticamente las obras de arte.

La obra de arte tradicional no exigía del oyente una actividad espiritual distinta de otras actividades espirituales, pero la obra de arte moderna exige una actitud específicamente estética, y requiere ser juzgada de acuerdo con ese criterio. De ahí, entonces, que a las dificultades del nuevo lenguaje y de la originalidad de la obra, se agrega esta otra, la de obligar al público a asumir una actitud completamente distinta a la habitual, una actitud eminentemente estética.

Además, la obra de arte, por el mero hecho de serlo, aporta siempre un elemento de perturbación en nuestros juicios. La inteligencia agrupa, de la cosa artística, los elementos conocidos y forma con ellos la peculiar figura lógica, el concepto. Pero lo estético reside precisamente en lo nuevo, en lo inesperado, en lo absolutamente insólito que hay en toda obra artística. La formulación conceptual de un hecho estético puede pues comprenderlo todo, menos lo estético. Y cuando ese elemento imprevisible adquiere proporciones considerables, se producen choques y fricciones que pueden degenerar en hechos de violencia física.

Son conocidos de todos Vds. los sendos escándalos que han acompañado el nacimiento de grandes obras musicales, el "Tannhauser", el "Sacre du Printemps", el "Pierrot Lunaire"; y un compositor contemporáneo, Schönberg, se ha visto obligado a poner, en las localidades de sus conciertos, una inscripción que dice: "Esta localidad da derecho a escuchar en silencio, y se ruega a su poseedor se abstenga de manifestar su opinión, ya sea favorable u hostil."

Desde el punto de vista puramente estético, entendida en este caso la estética como filosofía de la historia del arte, las

dificultades no son menores. La obra de arte presenta un doble carácter: como hecho que acaece históricamente, puede ser situado y gerarquizado en una escala de hechos históricos; pero como fenómeno puramente estético, representa la solución única, intergiversable, de problemas planteados "a priori" por el artista, problemas eternos de toda obra de arte, que escapan a las contingencias de tiempo y espacio.

Situando en el tiempo la música contemporánea, vemos de inmediato que es sumamente arriesgado ensayar una valoración de la misma. Muy contados son los hombres de cada generación, a los cuales les es dado pronunciar juicios artísticos que merezcan ser ratificados por la posteridad. Por lo general, la visión próxima es absolutamente deformante en cuanto a los valores artísticos; y por ello tendremos buen cuidado de no juzgar las obras musicales de hoy sino de referirnos a sus tendencias y propósitos. Cuando se estudia un arte en formación, en plena elaboración, importa más referirse a las tendencias y finalidades de ese arte, que a las obras concretas en que esas tendencias se van corporizando.

En el terreno de la estética, no son menores las dificultades que nos esperan. Dice Geiger, en su "Introducción a la estética": "En ninguna otra rama de la ciencia del arte, se ofrece un divorcio tan marcado entre el conocimiento de la estructura formal del objeto estético, y la teoría estética general que le sirve de base. En las discusiones sobre problemas de estética musical, se pone enseguida de manifiesto una asombrosa falta de claridad de ideas, mayor aun en el caso de las otras artes."

En efecto, abundan estudios de carácter técnico, sobre armonía, o sobre orquestación, o sobre el estilo de determinado compositor; pero no se ha hecho todavía —que yo sepa— ningún trabajo de conjunto o una elaboración estilística de las características formales de la música contemporánea. Quizás haya algo en Alemania y Austria, donde se trabaja principalmente en esta materia, pero de ello nos solemos enterar con 10 ó 15 años de atraso.

No ocurre lo mismo en el arte plástico. En los últimos

treinta años han florecido, especialmente en la Europa Central, una cantidad de escuelas dedicadas a la interpretación histórico-estilística de la plástica, escuelas que han llegado a resultados que podemos considerar definitivamente incorporadas a la filosofía de la historia del arte. El estético o el teórico del arte plástico pueden, pues, trabajar sobre un terreno firme, que facilita considerablemente sus investigaciones en el arte contemporáneo; cosa que no se produce en el campo de la música, donde está todo todavía por hacerse.

Lo sorprendente es que el primer paso en ese sentido se dió en la música. Hace ya ochenta años que Hanslick escribió su célebre tratado sobre "Lo bello musical", que hubiera podido ser un sólido punto de partida para estos estudios. Hanslick, partiendo de la estética formalista de Herbart, se anticipa en muchos años al arte moderno, postulando la inmanencia estética del hecho artístico, basada únicamente en las relaciones mutuas de los elementos musicales. El tratado de Hanslick constituye así una excelente introducción a todo estudio de la estética de la música contemporánea, y conviene dedicarle algunos minutos.

En plena estética del contenido, Hanslick formula la proposición de que la belleza musical reside íntegramente en los sonidos, y en su infinita combinación. La obra de arte es una libre creación del espíritu, el cual no obedece a otra norma que a las que surjan de la imaginación creadora. La música no expresa sentimientos, contrariamente a lo que vulgarmente se cree. "La rosa, dice Hanslick, exhala un perfume, pero la expresión de la idea de perfume no es inherente a la rosa; la selva proporciona una fresca sombra, pero ella no expresa el sentimiento de la sombra y del frescor".

El músico realiza su obra mediante los sonidos y la música no contiene otra cosa que formas sonoras y movimientos. Esos movimientos musicales pueden tener adecuación con determinados movimientos del alma —emociones— pero es una semejanza puramente externa. Está vedado a la música la expresión de sentimientos, pues no hay relación alguna entre los sonidos y los hechos psíquicos, tomados en su esencia.

Ahora bien, ¿qué diferencia, según Hanslick, a la música

de la acústica, ciencia que se ocupa también de los sonidos y de su combinación mutua? Lo que eleva a la música sobre la acústica, es el elemento espiritual que interviene en la obra. Lo bello no se obtiene por la disposición mecánica de los sonidos, sino por un esfuerzo de la imaginación creadora del artista. Es su energía espiritual la que imprime un "carácter" al producto. El espíritu del artista, gracias a una "afinidad electiva" —concepto que Hanslick toma de Goethe —organiza los sonidos en forma tal que produzcan la sensación de lo bello. Esta afinidad electiva se funda en la identidad fundamental que existe entre la organización de la mente humana y los fenómenos sonoros, en leyes fundamentales primarias, que no han sido suficientemente esclarecidas por nuestro autor. Al postular esa misteriosa adecuación entre el fenómeno sonoro y las formas primarias de nuestra organización psíquica, que el artista descubre por intuición, Hanslick rinde homenaje al pensamiento de su tiempo, que exigía una vinculación del arte con el fundamento metafísico del cosmos, pero deja asentada su estética sobre bases muy inseguras. Porque, reducida la música a las formas sonoras, ¿en virtud de qué esas formas cobran para nosotros categoría estética? Hanslick no ha dado una contestación concreta, plenamente satisfactoria, a esta pregunta.

Pero al afirmar la especificidad del hecho musical, al deducir el concepto de lo bello exclusivamente de las formas musicales, Hanslick es el fundador, digamos así, de toda estética de la música contemporánea. Cuando nos dice, por ejemplo, "el trabajo del compositor es una continua "mise en oeuvre" de formas musicales, una especie de plástica de relaciones de sonidos" parece que estamos escuchando a un estético de hoy, y yo quisiera, como lema y guía del estudio que vamos a emprender, hacer mías las palabras finales de su tratado: "La música no existe más que por la libre acción del espíritu humano sobre un material especial, y nada extraño a la música misma debe entrar en un estudio de su estética."

Como dijimos, este primer paso hacia una teoría de la música moderna no ha sido continuado, y forzosamente debemos valernos de los resultados a que ha llegado la ciencia del arte plástico, tratando de ver si es posible utilizar para nues-

tro estudio algún material crítico-estilístico ya elaborado para el arte plástico.

Estos estudios han seguido tres caminos distintos. En primer término, tenemos las teorías puramente formales, que establecen que la evolución del arte se realiza dentro de la obra misma, en virtud de leyes inmanentes a la forma estética. Estas teorías tratan de formular los conceptos fundamentales que determinan la evolución interna y externa de la forma artística, de acuerdo a sus leyes de formación interna. Entre esos conceptos fundamentales, destacamos el de "voluntad artística" como particularmente fecundo para ser aplicado a la música contemporánea. Este concepto ha sido introducido por Riegl y llevado por Wolfflin, en su obra monumental "Conceptos fundamentales de la Historia del Arte" a la altura de categoría básica de todo estudio estilístico de la historia del arte. Esta "voluntad artística" ha sido definida por Passarge como "la manera especial con que el principio estructurador, espiritual, de un determinado conjunto anímico —sea raza, pueblo, escuela, generación o artista— se realiza en la forma específica de modelación artística".

La aplicación de este principio a la música daría resultados apreciables: en primer lugar, permitiría explicar muchas de las características aparentemente negativas de la música de hoy; después, serviría para determinar los valores formales de nuestro arte y la relación de sentido en que se encuentran sus diversos elementos; a qué causas obedece la distinta relación de dependencia en que se hallan la melodía y la armonía, el timbre y el ritmo, y la conformación toda de la obra musical de nuestros días. He aquí un campo todavía virgen en materia de estética musical.

Sin embargo, algo de lo que se ha hecho últimamente ha trascendido. Al estético vienés Ernst Kurth se debe la teoría energética de la armonía, que esclarece singularmente las relaciones últimas entre los sonidos, creadas por las nuevas estructuras armónicas. Según Kurth, lo que caracteriza a la armonía moderna, es que el viejo sentido estático de la sonoridad, concebidos los sonidos como cosas fijas, inertes en sí, se trueca en el sentido energético de la música, en el cual se consideran los

sonidos como condensadores de energía de distinto potencial, diferencias de tensión que establecen entre ellos relaciones funcionales de un carácter puramente energético. Es, si se quiere, una aplicación al mundo de los sonidos, de los nuevos conceptos de la física sobre la constitución de la materia. Desde el punto de vista que descubre la interpretación energética de la armonía moderna, todo está por rehacerse en materia de teoría y estética formal de la música.

Una segunda tendencia de los estudios estéticos considera a la obra de arte en función del medio histórico en que se produce. Ya la obra de arte no es una mónada cerrada a toda influencia del medio.

Se estudia la relación recíproca en que se encuentra el artista y su medio, la actitud anímica fundamental que es la que va a determinar la fisonomía histórica de la obra de arte. Indaga la relación existente entre el concepto del mundo y la organización artística de la obra musical, relación que puede ser formulada en leyes de vigencia general. Esta nueva tendencia, de considerar la obra de arte como la expresión simbólica de una determinada posición del hombre en el mundo, ha sido iniciada por el filósofo alemán Guillermo Dilthey, y ha de producir, cuando se la aplique a la investigación del hecho musical, resultados muy valiosos. Creo, por mi parte, que es la dirección verdaderamente fecunda para nuestro estudio, y hemos de intentar, en las clases siguientes, un ensayo de interpretación de la música de hoy en función del cambio operado en el artista con respecto a su ambiente.

Una tercera rama de estos estudios, encara el estudio de los hechos estéticos desde el punto de vista del artista, y se diferencia así de las dos anteriores. Aquí también podremos recoger frutos apreciables, cuando este género de estudios se aplique al dominio, hasta ahora inexplorado, de la música contemporánea. Todos los problemas personales de la creación artística, derivados de las exigencias de la técnica, son de tal importancia para estudiar la música de hoy, que es poco menos que imposible desconocerlos, estando fundada la música, como todas las artes contemporáneas, en múltiples cuestiones de técnica que crean a su vez intrincados problemas.

Aquí se plantea el problema de las generaciones, que tan fecundos resultados está dando en otros campos de la investigación histórica. La teoría de la generación en el arte plástico establecida por Pinder, ha sido extendida por Lorenz al campo de la música. Yo creo que en él ha de ser particularmente fecunda. La evolución de la música en los últimos cincuenta años se explica íntegramente, me atrevería a decirlo, por la teoría de la generación, por haberse encontrado los músicos con el terrible problema de tener que superar la abrumadora influencia del wagnerismo. Así, todo el camino del arte musical, en los últimos cincuenta años, se ha realizado "contra" algo; y en la dilucidación de ese contra podría sernos de suma utilidad la teoría de las generaciones de Lorenz, en cuya elaboración trabaja su autor en estos momentos.

Como se ve, nuestra clase de hoy ha sido un balance puramente negativo. Hemos pasado revista, no a lo ya hecho, sino a lo que falta por hacer, que es muchísimo. Investigaciones de esta índole son poco menos que imposibles de realizar en nuestro país, donde faltan los elementos más indispensables para llevarlas a cabo. Tendremos pues que improvisar en el curso de nuestro estudio, muchos principios y teorías estéticas, absolutamente inevitables, que pido desde ya sean tomados con la misma reserva y desconfianza con que yo los enuncie.

Los "ismos" en la pintura contemporánea.

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

VI

EL EXPRESIONISMO

El desarrollo del arte en cualquier civilización está ligado al desarrollo de la visión del artista, al conocimiento de la ciencia de composición, expresión, y profundidad. El artista, como el niño que aprende a dibujar, sigue un penoso proceso hasta conquistar un poder de visión. Aprende no solo a ver, sino también la manera como debe ver, adquiere un espíritu analítico de la visión. Quiere decir que cuando un artista levanta la vista y ve un paisaje, para obtener una visión completa, no se detiene a contemplar una casa, luego un árbol y después un arroyo. Inconscientemente enfoca un punto central, luminoso o prominente, hacia el cual convergen los otros elementos para dar armonía y unidad al cuadro. Si existiera otro punto dominante en el campo de la visión, el espectador se sentirá incómodo y no sabrá a cual de los dos puntos centrales atender. La visión carecerá de la placidez indispensable para producirnos placer, le faltará algo, como dice un crítico, "análogo a un sillón cómodo para descansar". Este es un ejemplo del arte plástico cuya for-

ma está resuelta de manera que satisfaga un problema de comodidad visual.

Matisse (1), precisamente, ha tomado como elemento de su arte, esa psicológica tendencia al descanso. No como hacían los antiguos pintores, resumiendo en un proceso analítico los objetos en el campo de su visión, sino dando importancia a un punto con detrimento de los demás, con tal apasionamiento, que el espectador se siente retenido por este foco objetivo, mientras el resto del cuadro, apenas esbozado y sin importancia, converge a prestar unidad al punto principal.

Pero el ritmo de la composición puede contener otras cualidades. Además de estático y calmante, el arte puede ser dinámico y exitante. Para los expresionistas, el punto central, objetivo, constituido por un plano, una línea o un punto luminoso, es reemplazado por una acción emotiva hacia la cual converge el estado de alma o la idea que el artista quiere expresar.

Los pintores estáticos obedecen a lo que podemos llamar "Unidad Visual", y los dinámicos o expresionistas a la "unidad poética".

El crítico inglés Fry (1), hace una ilustrativa comparación entre algunos cuadros típicos de Rubens y los hermanos Van Eyck. Después de describir la unidad que existe entre los elementos formales que entrar en una composición de Rubens, toma la famosa obra maestra de Van Eyck, en el altar de la catedral de Gand, y hace ver como, en todo aquel conglomerado de detalles, no podemos encontrar un solo sujeto que desempeñe el papel de silueta dominante o punto central. No existen las líneas matrices o los grandes contrastes a los que converge la acción en el dibujo de Rubens, ni hay un sistema de subordinación por el cual la vista pueda juzgar un grupo en su conjunto. "Y sin embargo, admite Fry, a pesar de carecer de esta unidad visual, si examinamos el cuadro detalladamente, encontramos un maravilloso sen-

(1) En *Notas de un pintor* escribe: "la composición es el arte de arreglar de una manera decorativa los diferentes elementos usados por el pintor. En un cuadro cada una de las partes separadas deben ser visibles y ocupar la posición, principal o secundaria, que mejor les convenga. Todo lo que no desempeñe un papel útil será dañino, puesto que cada detalle superfluo distraerá la mente del espectador."

(1) Roger Fry. Introducción a los "Discourses" de Sir Joshua Reynolds.

tido de relación en las partes. Entre los cientos de caras pintadas no hay una sola que no lleve estampada la uniformidad de un carácter definido; no hay un pliegue en las telas que no esté en relación armoniosa con el siguiente, ni un trozo de ramaje que no caiga con el ritmo expresivo de la vida orgánica. A medida que la vista sigue el contorno de una figura cualquiera, se convencerá, cada vez más, de la singular justeza de propósito; en el cambio de forma más ínfimo, en el fondo de la más pequeña división atómica, encontrará infiltrado un sentimiento creativo que ilustra y anima el dibujo. Esto implica un concepto elevado de la relación del ritmo. ¿En qué consiste, nos preguntamos, el secreto de Van Eyck? ¿Cómo logra hacer extensiva a toda la escena esta unidad del detalle? La respuesta consiste en que las partes son coherentes por otras razones. Visiblemente se relacionan solo por la simetría general de la disposición que constituye, aparentemente, una fuerza negativa, pero en el fondo la unidad es esencialmente poética e imaginativa.

Por falta de recursos técnicos y carencia de visión poética, hay otras escuelas primitivas que no logran alcanzar esta unidad. Sus obras resultan pueriles y constituyen más una curiosidad pictórica que una obra artística. Tomemos por ejemplo un cuadro de la Escuela Colonial Cuzqueña llamado "la Aparición". En un suntuoso lecho, San José y la Virgen reposan bajo la misma cobertura, ricamente bordada con florones de oro (influencia bizantina durante el segundo período de la pintura Cuzqueña). El pintor no ha perdido detalle de su visión realista. Mientras San José dormita placidamente, la Virgen, de vientre inflado, contempla en la parte superior del cuadro otra escena donde, como una visión del futuro, el Niño es presentado por el Espíritu Santo. Los personajes carecen de unción religiosa, de esa emoción mística que encontramos en la pintura de los Van Eyck, arte de la tierra con visión de cielo; y por carecer de esta sinceridad emotiva, el artista fracasa en su cometido.

Desde el romanticismo se vuelve a notar una común aspiración de los pintores por alcanzar la unidad poética, (el Greco era entonces casi desconocido) por encontrar esa fuerza centra emotiva como elemento de unidad en el arte dinámico.

Donde comienza a hacerse notar es en los trabajos a pluma y lapiz de Millet, pero generalmente la forma queda vacía, desprovista de significado. Los esfuerzos de Carriere en el mismo sentido, obedecen más a un deseo plástico que sentimental.

FUTURISMO

Con el advenimiento del cubismo quedó extinguido el sentimiento del objeto. Desaparece el elemento de la unidad poética, el arte excitante y sugerente intentado por el impresionismo. Con la estereometrización, la pintura se torna categórica y el artista adopta una actitud científica y teórica.

El primer movimiento de reacción contra el estatismo cubista fué el Futurismo. Inicia el expresionismo: nuevo período idealista en la pintura del arte. Impulsado por el "romanticismo mecanista" de los constructivistas, los futuristas imprimieron a las cosas un ritmo giratorio; hicieron dinámico el juego de planos, líneas y colores del absolutismo cubista, exaltaron la emoción de la simultaneidad. El movimiento iniciado por Marinetti en la literatura fué seguido en las artes plásticas por Boccioni, Severini, Carra, Chirrico y otros italianos. Se pintó juxtaponiendo lo que en el tiempo está separado. El elemento abstracto penetró, por decirlo así en la realidad fragmentada. "Lo que se ve, se entretejió y compenetró con lo que se siente". Severini en el "Bal Tabarin" nos da la calidoscópica impresión de un baile desmenuzado en retazos de colores dispersos. La realidad más palpable está ensamblada con las curvas más abstractas. Un trozo de pie se empina en un torbellino de ojos azorados; bocas retorcidas en carcajadas o besos, el cortado bacarat de las copas, el remolino del "cancan" esparciendo encajes, plumas, cintas; manos crispadas, muslos, senos, torsos en tasajos palpitantes. Lluvia de confetis gigantes, azules, verdes, ocre, grises, los unos obre los otros. Efecto de fuerzas palpitantes. Impresionismo disgregado a los cuatro vientos y contriñido por la arquitectura cubista.

Carra, en otra obra notable "El coche bamboleado" nos demuestra la sensación que buscaban los futuristas; la exis-

tencia en marcha, lo variable surgido de un tumulto de trazos de pura composición. La emoción de la simultaneidad que constituyó el primer paso hacia la nueva escuela de realismo subjetivo que en Alemania toma el nombre de Expresionismo.

REALISMO SUBJETIVO

El expresionismo se distingue del Cubismo en que el artista no pretende expresar la realidad externa desde distintos puntos de vista, siguiendo un concepto geométrico, sino expresar estados de emoción, preocupaciones internas, de cualquier manera y empleando cualquier técnica. La tarea del artista es provocar en el espectador un estado emocional igual al suyo, en el momento de su creación, asociándolo a sus ideas y sentimientos.

La realidad visual aparece en las obras expresionistas en parcelas, disgregada, no con el fin de presentar el objeto, sino para dar idea de las asociaciones que ha sugerido en el artista.

Podemos decir que el expresionismo o realismo subjetivo, que es el nombre que más le conviene, es el deseo de reproducir el mundo fenoménico atendiendo no tanto a los elementos normales del objeto, sino al contenido emocional de los objetos o sucesos representados. Ante todo puede señalársele como la tendencia más literaria entre todos los "ismos" del Nuevo Arte. Pero esta calidad literaria del expresionismo no le resta valor. Arte, y gran arte, es la visión mística y sensual de los maestros de Brujas, a pesar del exceso de literatura que contiene; Menling, Moro, los Van Eyck, todos ellos expresan la historia y la anécdota, y, después de tolo, como decía Gauguin, refiriéndose a su pintura "¿Qué importancia tiene que sea literario o no desde el momento que es arte?"

Faure (1), cree que el expresionismo no es sino la trasposición de la pintura desde un plano plástico a un plano musical. Vendría a ser para los alemanes lo que fue el impresionismo para los franceses. El impresionismo, al menos en

(1) Histoire de l'art.

sus comienzos, pretendía expresarse de cualquier manera, con tal de que la impresión fuera justa. El expresionismo enseña que hay que expresar de cualquier manera, con tal de que la expresión sea personal.

A pesar de haberse producido el movimiento expresionista en Alemania no fueron alemanes sus cultivadores de mayor mérito. El comienzo del moderno realismo subjetivo alemán, tan diferente del expresionismo de la escuela de París, hay que buscarlo en el arte del escandinavo Edward Munch, cuyos trabajos han tenido gran influencia en los últimos cincuenta años. Ocupa respecto al arte moderno alemán un puesto tan importante como Cezanne en la pintura francesa. Su arte adopta una expresión más de acuerdo con el temperamento nórdico, incapaz de amoldarse al elegante atildamiento de la mentalidad latina. Munch, después de pasar algunos años en París sin que el arte francés ejerciera sobre él ninguna influencia, vivió en Alemania desde 1900 (1), donde fundó, en 1902, el famoso grupo "De Bruck" (el puente) que lo reconoció como jefe. Este grupo estaba compuesto por la vanguardia de los pintores nortealemanes. En 1908 respondieron los del Sur con la "Neuen Künstlervereinigung München" (Nueva Unión de Pintores de Munich). Estos dos grupos formaron un apretado frente que constituyó la Escuela Expresionista Alemana, cuya influencia se hizo sentir sobre todo en Francia, donde se destacaron fuertes personalidades, entre ellos Rouault y otros artistas, algunos de los cuales analizaremos más tarde.

MUNCH

Los primeros trabajos de Munch como "El niño Enfermo" y "la Madre Muerta" nos ilustran sobre el carácter general de su pintura. En su juventud debió darse cuenta de la extraordinaria superficialidad del impresionismo francés, empeñado en resolver problemas de forma y color. Estos problemas también interesaron al artista, pero, ante todo, le preocupaba otro mayor; el de la vida humana.

(1) Algunos críticos señalan el comienzo del expresionismo, en 1890, cuando Gauquín, van Gogh, Serusier y sus amigos publicaron su manifiesto.

Acrecentar la unidad de la emoción en el arte, expresado como elemento del sentimiento humano, esta fué una de las influencias que impuso Munch al expresionismo alemán. También tuvo una influencia técnica. Sus primeros cuadros están pintados de una manera clara y vigorosa; la violencia de sus brochazos se hacen más enfáticos a medida que progresa su arte. Munch alterna dos métodos para pintar, el que se refiere al tono y el que se refiere a la línea. Si se desea adquirir una cohesión plástica en un cuadro, entonces, se debe desarrollar toda la fuerza en la relación de tonos, sacrificando el contorno lineal. Si por el contrario, se desea expresar movimiento y ritmo, debe apoyarse el desarrollo lineal, sacrificando el tono. Munch se encontraba en un dilema, porque el tono, que también expresa los valores espirituales, es sugestivo para el artista nórdico; pero el expresionismo es ante todo vitalidad y ésta radica en el movimiento. Entonces Munch sacrificó, por esta causa, el tono a la línea, y fué en esto que el moderno movimiento alemán lo siguió.

EL PUENTE

Los artistas del grupo de Munich trataron de ignorar esta limitación que imponía el método lineal o gráfico, sin sacrificar los valores expresivos, espirituales o psicológicos del arte, y para esto recurrieron a la ampliación monumental de la forma. El grupo conocido con el nombre de "El Puente" fué fundado por tres estudiantes de Dresden en 1905. El más viejo y más enérgico del grupo era Ernst Ludwig Kirchner, entonces un joven de veinticinco años que estudiaba para arquitecto. Kirchner comenzó inspirándose en el arte bárbaro Africano y Polinesio que había estudiado en el Museo Etnológico de Dresden. La influencia exótica, que tan poderosa ha sido en el arte moderno, tanto de Francia como de Alemania, encontró su ímpetu inicial en el grupo de "El Puente". Las características de este grupo pueden deducirse de las primeras influencias que tuvieron: la atrevida técnica de Van Gogh y Munch, el empleo típico que hacían del color estos dos maestros y el elemento exótico extraído del esplendor del arte salvaje. A esto puede añadirse, quidas, cierta brusque-

dad alemana, al mismo tiempo que una tendencia hacia el trascendentalismo peculiar a la traición nórdica.

NOLDE

Al lado del grupo de "El Puente" se desarrollaron otros artistas que por su individualidad debemos consierarlos aparte. Emil Nolde es quizás uno de los más importantes artistas alemanes, por la fuerza del color y el poder expresivo de sus dibujos. En su reciente autobiografía define en algunas sentencias su actitud respecto al arte, que es elocuente como referencia a la escuela alemana en general. "El arte d un artista, escribe, debe ser propio; debe constituir una cadena de pequeñas invenciones, pequeños descubrimientos personales, en relación con el instrumento, con el material y los colores empleados. Lo que el artista aprende no importa. Solo aquello que descubre deberá tomarlo en cuenta y constituirá un incentivo para su trabajo. Cuando esta actividad creativa cesa, cuando no hay más dificultades y problemas internos o externos que resolver, entonces se apaga el fuego de la inspiración... La habilidad para aprender nunca fué un signo del genio".

Lo que es significativo en la autobiografía de Nolde es su definida reacción contra el arte frances. Ya en 1898 da gracias a Dios por haberlo sustraído a la influencia del estilo frances, y no haber sido tentado por ningún engaño parisién. Solo siente una excepcional simpatía por el "arte brillante" de Manet y por la "dramática grandiosidad" de Daumier. Pero Renoir, Monet, Pizarro eran demasiado "dulces" para su amargo sentido germánico. En 1900 fué a París donde estudió en la academia Julian. Allí conoció artistas de diferentes países. Recordando sus esperiencias escribe: "¡París me ha dado tan poco cuando esperaba tanto de él!". Regresó a Alemania para escuchar la propia voz de su instinto, hasta la fundación de "El Puente", a cuya escuela se asoció por dos años. Luego abandona el grupo y se dirige a Java y Borneo siguiendo las huellas de Gauguin. Pero el mágico exotismo del trópico no pudo vencer la estabilidad de su conciencia nórdica, que se reafirmó en la expresión gótica, al contacto de los bárbaros esplendores.

Otros artistas, unidos a la tradición espiritual del arte ale-

mán, iban a derivar más tarde del grupo de "El Puente"; no formaron una escuela en el sentido de organización, pero unidos por un espíritu de rebeldía, cultivaron un realismo sin piedad, con tendencia cínica; protesta social nacida de la amargura de la guerra. Al hablar más tarde del realismo objetivo y las escuelas post expresionistas nos ocuparemos del importante papel desempeñado por Jorge Grosz y sus discípulos.

Contra el expresionismo, y en general contra todo el arte moderno alemán, se levantó el nuevo poder político encabezado por Hitler. El Nacional Socialismo consideró al expresionismo como un crimen político y lo persiguió sin piedad, alegando que era una farsa, por ser la mayor parte de sus cultivadores de origen semita. La soldadesca bárbara, dirigida por Goebbels, se propuso "limpiar" los museos, como ellos dicen, de todo ese "arte malsano", desbaratando colecciones que eran un admirable ejemplo de inquietud espiritual; reemplazándolas por las plácidas escenas de "bebedores de cerveza", los inmorales desnudos fotográficos, los paisajes preciosistas, todo ese arte cromográfico popularizado por los fabricantes de baratijas de Hamburgo. A los más permitieron el neo-expresionismo pusilánime, a lo Von Stuck o Bockling.

Creemos sin embargo, que el fanatismo político nunca podrá modificar el espíritu de un pueblo, por más cabezas que corte. El expresionismo atrae poderosamente el temperamento nórdico, y encierra analogías demasiado patentes con el arte del Norte de Europa, para que un sable pueda tarjarlo como una fase transitoria, ajena al sentir del pueblo. Los valores del expresionismo no son puramente estéticos, como no son puramente estéticos los valores de Breughel, Menling, los Van Eyck y otros artistas del Norte que usaron la técnica de la pintura, no tanto para crear un objeto de belleza sino más bien como un medio de comunicar las emociones sentidas con arrolladora intensidad.

KOKOSCHKA Y WRUBEL

Si el expresionismo obtiene un carácter general en Alemania, no por eso ha dejado de cultivarse en otros países y por otros artistas de relevantes méritos. Uno de los pintores que

tuvieron gran influencia en el arte alemán y cuya obra tiene, a mi juicio, tantos méritos como cualquiera de los artistas germanos, es el checo Jorge Kokoschka. En sus cuadros aparecen emociones revestidas de una violencia caótica de sumo interés. Su pintura, de una materia barroca y confusa, nos da aspectos fugaces de la vida. El carácter exasperado de su arte nos hace sospechar que el artista toca a veces los límites de la locura. Su vida de incompreensión y de lucha lo empujó a expresar sus recónditas protestas, como aquel otro pintor ruso Wrubel que sirve de argumento a los psiquiatras para probar que la mayor parte de los expresionistas, son casos reveladores de la esquizofrenia, (locura precoz), enfermedad mental que surge paulatinamente, como acentuación patológica de un proceso que anteriormente se desenvolvía manso en el individuo, aparentemente sano, bajo la forma de la llamada *constitución mental esquizotímica*.

Wrubel al ver destruir por la intolerancia de la crítica, su obra en un monasterio de Moscú, crea en su corazón un enorme rencor contra los hombres. Cegado por el odio se vuelve loco y abandono por largo tiempo la pintura. Convaleciente de su enfermedad, vuelve a pintar escogiendo como único tema el espíritu de Luzbel. A la posteridad ha pasado con el nombre de "El Pintor que Pintó al Diablo". Su visión interior obsesionada por la figura de Satan, lo lleva por extrañas regiones. De sus viajes misteriosos por la subconciencia nos trae una concepción humana y original del espíritu del mal. Lo vió en tierras desoladas, en posturas terribles, con ojos que solo un hombre poseído de tan extraña locura pudo ver: cara de mujer o de fauno,, cuerpo de hermafrodita o de centauro, surgiendo entre estalactitas gigantes o agazapado en desiertos bañados por la luz del "más allá". Nunca ningún pintor ha llegado a a expresión del espíritu madiciente de Satan con un sentido que resume tan bien la admiración por las fuerzas negativas. Wrubel expresó con su locura una verdad más filosófica, graficó el mal con más justeza psicológica, que aquellos equilibrados primitivos flamencos o las teatrales caracterizaciones del belga Wiertz.

ROUAULT

Para apreciar el valor del expresionismo francés, que cuenta muchos cultivadores, nos basta mencionar el nombre de Jorge Rouault. Para juzgarlo debemos conocer primero el expresionismo alemán, la obra fantástica y multicolor de Kokoschka, las máscaras carnavalescas del belga Ensor. Entre todos estos cazadores de expresión, Rouault es el que mejor ha comprendido la deformación cuya necesidad sintió, y es el que mejor ha sabido tratar un motivo sin caer en la decoración de opereta. Su pintura, emociona y da miedo. Un mundo espantoso bulle, se retuerce, sufre o goza en los colores y trazos de su pintura. Toda la escuela expresionista inventa situaciones complicadas, se inspira en lo macabro o en lo anecdótico; Rouault para expresar se ha inspirado en el gótico como algunos alemanes. En esos monstruos que adornan algunas catedrales del siglo XIII y representan cada uno un pecado. Es allí donde se puede encontrar un precedente para la obra de Rouault, por lo que contiene de temerario y de fuerte. La relación que busca entre los hombres es de comprensión. Invita juzgar esa mezcla atroz de realidad y de sueño, de risa y sufrimiento, de caricatura y de seriedad. A contemplar el paso de la grotesca procesión e la vida a travez del lente que el artista proporciona al espectador.

Rouault a pesar de los favores oficiales y de sus tempranos triunfos, sigue trabajando libremente en su arte, dotando a la nueva pintura con una expresión insuperable.

MODIGLIANI

Entre los italianos, es interesante la figura de Modigliani, poeta mórbido que se hace expresionista en la exaltación de la fiebre alcohólica: mujeres de caras alargadas, deformaciones sensuales, miradas alucinadas u órbitas vacías; gracia italiana despojada de barroquismo por la influencia de su sentir semita.

Conocí a Modigliani cuando frecuentaba la colina de Montmartre. Aun era un joven sentimental que admiraba a Boticelli, se aplicaba en las anatomías realistas y engastaba

sus temas en las flores de acanto florentinas. Era un maestro de la sensibilidad: trabajador metódico y modesto, disciplinaba su vida para defenderse de la tuberculosis que acechaba su organismo. Luego, tocado por la locura, aquel muchacho pálido, sumiso, de extraña hermosura, que parecía predestinado a vivir una vida fácil, a seguir la ruta trillada por la tradición, abandona el camino empujado por una fuerza misteriosa, quizás por el mismo mal que minaba su organismo. De la noche a la mañana cambió tanto en la manera de expresar su arte como en su modo de vivir. Entonces se revela otro Modigliani, maldiciente y agresivo, esgrimiendo un arte raro. Dibujó con nuevos ritmos, siguió a Picasso y admiró los sofismas de Apollinaire, transformándose, sin pretenderlo quizás, en pintor expresionista. Su arte se revela, por una extraña paradoja, como la expresión de un espíritu puro, en antítesis a su vida exaltada por el enervamiento cotidiano del alcohol y de las drogas.

Cuando recuperaba la lucidez, se refugiaba en la pintura como en un calmante. Era una necesidad imperiosa de expresión que se volcaba sobre el hule de las mesas, en las paredes, donde fuera. Su alma se expandía como abriendo una puerta de escape. Y surgía un arte claro, puro, refinado, espontáneamente deformado; figuras pugnando hacia lo etereo, con un dibujo preciso, con un colorido suave y límpido, sin debilidades ni arrepentimientos. Toda esta notable distinción de su obra era lo contrario de su vida sin sentimentalidad aparente; acostumbrado a la borrachera soez, a la compañía de la meretriz vulgar, acodado al mostrador sucio del "bistro" donde caía pesada su cabeza rubia fermentando sueños.

Donde más se revelan las cualidades del arte de Modigliani, es en algunos retratos e niños. Puede ser que sean estos los que pintó de más profundo y más durable. La cuarta dimensión para este artista es su profundidad psicológica. Modigliani sentía como un gran poeta del dolor la obscura tristeza que hay en los ojos de algunos niños pobres. En los últimos años su sueño alucinante era tener un hijo que fuera el superhombre creador que él hubiera querido ser y encarnara la perfección que el no pudo alcanzar con su arte.

Y su sueño terminó en un banco del boulevard donde una madrugada lo recogieron moribundo sus amigos.

Si Modigliani no hubiera muerto tan joven, su obra nos habría dado elementos para deducir de ella principios más generales. Hoy existen cientos de cuadros hechos con la patente de sus últimas producciones; estas falsificaciones solo han logrado vulgarizar el modelo, restándole valor por su falta de novedad imaginativa.

FIGARI

Pedro Figari, pintor uruguayo, es otro de los valiosos cultivadores del realismo objetivo en la pintura contemporánea. Sus cualidades de unidad poética y emotiva, permiten clasificar a este pintor dentro de la tendencia expresionista. Su obra es ante todo la resultante del recuerdo. Dotado de un verdadero espíritu de poeta, evoca la visión juvenil de la República Oriental hace cincuenta años. Con una asombrosa delicadeza de colorido y una sentida deformación, surgen en sus lienzos escenas de gauchos, historias de caudillos, pintorescos ceremoniales de negros, bailes regionales a la luz de la luna. Los campos, los caballos, los gauchos, las "chinas", aparecen aureoladas de nostalgia, tal como recordamos las cosas desaparecidas que han alegrado nuestra vida en un momento determinado. Pintura que no puede clasificarse de anecdótica, ya que encierra una sugerencia que traspasa los límites del relato y nos abre, con la emoción, un horizonte de pensamientos que se pierde en el infinito.

El artista comenzó a pintar en plena madurez, siguiendo el deseo, como él mismo dice, de perpetuar su recuerdo en datos que fueran aprovechables más tarde. Como todos los grandes creadores, no sospechaba que esta necesidad de objetivar sus emociones se tradujera en una obra de tan valiosas proporciones. Del fondo de sus recuerdos surgieron, en un proceso que explica muy bien Bergson, esos cuadros de reducidas proporciones, pequeñas obras maestras, pletóricas de contenido emocional. Se le ha comparado con Watteau, con Gauguin, con Manet y otros tantos pintores contemporáneos, pero Figari, justamente por ser expresionista,

por darnos en su arte la visión personal e interna, es únicamente Figari, el autor de "Las Quitanderas", "La Muerte de Quiroga", "El entierro de un Borracho", de toda esa trágica época de Rozas; el amor entre gauchos y chinas, tertulias, guitarras y cantos; de un pasado que, como dice el poeta, siempre nos parece mejor.

CHAGALL

Otro de los más puros expresionistas es Max Chagall. "Este ruso, dice Dougler, se explica el alma del mundo como si se relatara a sí mismo una fábula" y luego añade "Puede considerarse como a un hombre en la luna".

Chagall pasó su infancia en Rusia, en la tienda de mercería de su padre. Luego fué a París donde pintó algunas obras que llamaron poderosamente la atención. Dougler lo compara con los primitivos toscanos por la tendencia a pintar los miembros del cuerpo como desconyuntados. Chagall, que hubiera sido un magistral ilustrador de los Testamentos, es otro de los grandes pintores expresionistas que corrobora la teoría de la esencia semita de este movimiento pictórico. Representa el fermento de la expresión plástica hebrea después de dos siglos de letargo. También se ha pretendido clasificarlo entre los ejemplos de la disociación mental esquizofrénica.

*

* * *

Veamos ahora la crítica negativa que sobre el expresionismo hace Franz Roh. Entre los muchos errores que sostiene este crítico, para exaltar el movimiento post-expresionista, está la clasificación de Gauguin y Van Gogh como expresionistas. No hay tal. Estos artistas pintaban inspirados en el mundo externo que les rodeaba. La visión del objeto sugería los símbolos y el esquema de sus composiciones. No cerraban los ojos ante lo externo para mirar en ellos mismos. Si el recuerdo intervino en algunas de sus creaciones era al conjuro de la impresión externa.

Roh encuentra que el expresionismo, tomado en conjunto, muestra, por reacción contra el impresionismo, una acentuada preferencia por objetos fantásticos, supraterrestres, remotos. Naturalmente, dice, también acude a lo cotidiano y corriente; pero es para distanciarlo, investirlo de un exotismo chocante. "Si en un cuadro se extendía, por ejemplo, una ciudad, semejava el destrozo producido por masas volcánicas. Si el tema era algo erotico, degeneraba a menudo en salvaje rijosidad. Si se presentaban hombres demoníacos, tenían rostros de caníbales. Si animales, eran caballos de azul célico o vacas rojas que, incluso por ser su objetivo debían transportarnos más allá de cuanto podemos experimentar sobre la tierra. Si en un paisaje se quería cantar la exhuberancia de la comarca meridional, resultaban trópicos de un mundo supra-terrestre, donde los hombres de nuestra especie ardían, como rebujos de papel, bajo el coruscante incendio de los colores. Pero, sobre todo (como en la obra de Chagall) los animales caminaban por e cielo, a traves del cerebro transparente del contemplador, figurado en el cuadro, veíanse pueblos y aldeas; cabezas de hombres demasiado vehementes y acalorados" (1).

Todavía la historia no ha tenido tiempo para juzgar debidamente todo ese trascendentalismo del Realismo Subjetivo, que Roh califica de atropellado y frenético. Por ahora las últimas palabras, como una corona de espinas sobre sus cultivadores, las han dicho Hitler y los psiquiatras.

(1) Franz Roh. "Realismo mágico".

Los Aborígenes del Noroeste Argentino

Por FRANCISCO DE APARICIO

I

Cuestiones de método: las fuentes históricas, los restos arqueológicos. Noticias tradicionales acerca de las relaciones entre los aborígenes del Tucumán y el imperio incaico. El país: paisaje, condiciones de vida. ()*

Sin pretender trazar un cuadro completo de la cultura de los aborígenes del noroeste argentino, propóngome, en el breve curso que Vds. tienen el heroico propósito de escuchar, dar una idea, siquiera vaga, de los elementos de que disponemos para reconstruir la vida de aquellos pueblos; luego, breves nociones de método. En la imposibilidad de levantar el edificio, por lo tanto, buscaremos los materiales y daremos algunas nociones de construcción.

En esta primera clase, a riesgo de comprometer la paciencia del auditorio, debo de aportar algunas nociones preliminares. Hasta hace pocos años, esta curiosidad innata que todos los hombres tenemos por conocer lo ocurrido en el tiempo pasado, debía de terminar allí donde desaparecen las noti-

(*) Versión taquigráfica del curso dictado por el autor en el Colegio Libre de Estudios Superiores, durante los meses de agosto y septiembre de 1933.

cias escritas: la historia comienza con la invención de la escritura. Hacia atrás, era la noche completa. A comienzos del siglo pasado, algunos precursores geniales empezaron a encontrar objetos, y aun restos esqueléticos, que atribuyeron a un hombre que había vivido en tiempos francamente prehistóricos, en una época remota cuya apreciación en años escapa a la ciencia. La sistematización y la profundización de los estudios sobre esta clase de restos es lo que ha creado la ciencia prehistórica, que —sólo con aquellas fuentes— nos ha permitido conocer aspectos insospechados de la vida de aquel viejo poblador del globo. Entre el día de la historia y la noche de los tiempos prehistóricos, —noche un tanto clara gracias a la luz de las conclusiones arqueológicas— hay una zona intermedia de penumbra, una zona crepuscular en la cual, además de los restos materiales, disponemos de otras fuentes que han llegado hasta nosotros en forma de relatos verbales, transmitidos por tradición. Es una enorme suma de noticias que, más o menos adulteradas, se va transmitiendo de generación en generación, en forma espontánea o deliberada. Digo deliberada, porque entre los pueblos que llegaron a un alto grado de cultura, sin conocer el arte de escribir, se reglamentaron oficialmente las tradiciones a fin de asegurar su fiel conservación. Este procedimiento, unido a algunos dispositivos mnemotécnicos, ha permitido a algunas sociedades conservar noticia concreta acerca de personas y acontecimientos, así como de cifras complementarias, a través de un considerable número de años.

Al trasponer los umbrales de la historia, suele acontecer que todo este aservo de noticias que lega el pasado, encuentre uno o varios hombres de genio que le dan vida permanente por medio del arte.

Los tiempos intermedios entre la prehistoria y la historia se denominan protohistóricos, es decir, correspondientes a la primera historia. Un ejemplo clásico en América lo constituiría el período en el cual se ha desarrollado la dinastía incaica, propiamente dicha, acerca de la cual encontraron los españoles, en el momento de la conquista, una enorme cantidad de noticias conservadas especialmente por funcionarios *ad hoc*. Al difundirse la cultura europea en el antiguo Perú surgió una serie de escritores, españoles, mestizos y aun indígenas que reu-

nieron toda la suma de información que les fué posible, legándonos una bibliografía que nos permite reconstruir la historia del imperio incaico, con una precisión bastante aceptable. Es un período de tiempo que se remonta, aproximadamente, a unos tres siglos antes de la conquista hispánica.

Sabemos que es función de la arqueología estudiar los restos materiales dejados por el hombre. Cuando este estudio se aplica a objetos de una época remota —francamente prehistórica— la arqueología constituye una ciencia autónoma y suele designársela, entonces, arqueología prehistórica y, en algunos países, paleoetnología.

Los procedimientos de esta ciencia, aplicados a fuentes de autenticidad insospechable, son tan eficaces y seguros que al estudiarse los tiempos históricos no se los desprecia y, para ciertos aspectos de la vida y de la cultura humanas, adquieren un alto valor. La arqueología ocupa, en tales casos, un puesto de ciencia auxiliar de la historia. Así, pese a la etimología del término, suele hablarse de arqueología de tiempos muy modernos: románica, gótica, del Renacimiento y, entre nosotros, de arqueología colonial.

Los restos de los aborígenes que poblaron nuestro territorio, en la gran mayoría de los casos, corresponden a una época que no nos es posible datar. Casi todos ellos —y es fundamental, por razones de método, entender esto bien— podrían atribuirse a los indígenas que encontró la conquista europea o, al menos, a algunos antecesores próximos. Todos los descubrimientos arqueológicos realizados hasta ahora en el suelo de América —con muy raras excepciones— han sido efectuados en terrenos geológicamente modernos. La única excepción estaría constituida por los discutidos restos de un hombre fósil, francamente prehistóricos en el sentido europeo de la palabra (1).

Ni estratigráfica ni tipológicamente podemos intentar cro-

(1) La palabra prehistoria, en Europa, corresponde a los dos grandes períodos de la industria de la piedra. Sugiere siempre, por lo tanto, la idea de una antigüedad remota. Entre nosotros, estrictamente hablando, son tiempos prehistóricos los que terminan en el momento de iniciarse la exploración del territorio, pero, a fin de evitar diferencias de concepto entre uno y otro continente para un mismo vocablo, preferible resulta reservar la calificación de prehistóricos para los restos atribuibles al hombre fósil y denominar prehispánicos a aquellos que nos dejaron los aborígenes que poblaban nuestro continente, en tiempos modernos, con anterioridad a la llegada de los europeos.

nologías, sobre bases sólidas, en los yacimientos arqueológicos mejor conocidos del país. Aun los ensayos que se han hecho en las regiones de mayor riqueza arqueológica del continente no resisten la menor crítica. Los elementos de juicio para establecer una edad pre o post hispánica son, a su vez, bien débiles. Se basan, simplemente, en la presencia o ausencia de restos de industria europea en el interior de los yacimientos.

Por lo tanto, siendo todos nuestros yacimientos protohistóricos o históricos, no es posible, en modo alguno, desligarlos de las fuentes escritas. En otras palabras, podemos afirmar que no estamos capacitados para interpretar ningún descubrimiento arqueológico, sin tener información completa de las noticias históricas, relativas a los indios que poblaban la región del hallazgo, en el momento histórico de la conquista.

Noticias tradicionales

La vasta región de que vamos a ocuparnos es geográficamente heterogénea. La designación corriente —Noroeste argentino— no le asigna límites precisos ni definidos. Los que vinieron a conquistarla ni siquiera sabían como se llamaba. Muy españolamente se adentraron en la tierra persiguiendo vagas quimeras. El licenciado Vaca de Castro que diera provisión a los capitanes que descubrieron el Tucumán, decía a propósito de aquel suceso en carta dirigida al Emperador: “Ansimismo ay noticia que entre esta provincia de Chile y el nascimiento del río grande que llaman de la Plata ay una provincia que se llama . . .” El nombre de la provincia a la cual se dirigía la “entrada” está en blanco en el documento. No puede dudarse, sin embargo, de que los aventureros que partían de la antigua capital del imperio incaico debían de tener alguna noticia acerca del territorio que pensaban conquistar, como lo afirma Vaca de Castro. Tal noticia debe de haber sido suministrada por los mismos súbditos del Inca que, de tiempo atrás, han de haber mantenido relaciones permanentes con los aborígenes del noroeste argentino.

De los cronistas que recogieron la copiosa tradición conservada por los funcionarios incaicos, tres aluden a un país

denominado Tucumán, ubicado dentro de la región que nos ocupa. Por rara casualidad, uno de ellos es español, mestizo otro y el último indígena: Fernando de Montesinos, Garcilaso de la Vega y Juan de Santa Cruz. El primero y el tercero sólo aluden a algunas revueltas ocurridas en aquellos alrededores. Las noticias consignadas por Garcilaso revisten importancia extraordinaria.

Refiere el gran cronista (2) que estando el Inca Viracocha —séptimo monarca según la lista que él nos da— recorriendo sus dominios del Collasuyo, en la provincia Charca, vinieron embajadores del reino "Tucma, que los españoles llaman Tucmán, que está doscientas leguas de los charcas al Sueste, y puestos ante él le dijeron: Capa Inca Viracocha, la fama de las hazañas de los Incas, tus progenitores, la rectitud e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros, y las grandes maravillas que tu padre el sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra, y aun pasan adelante. De las cuales grandezas aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte, hayas por bien de recibirlos debajo de tu imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios, y te dignes de darnos Incas de tu sangre real, que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres, y a enseñarnos la religión que debemos tener, y los fueros que debemos guardar. Para lo cual en nombre de todo nuestro reino te adoramos por hijo del sol, y te recibimos por rey y señor nuestro, en testimonio de lo cual te ofrecemos nuestras personas y los frutos de nuestra tierra, para que sea señal y muestra de que somos tuyos. Diciendo esto descubrieron mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, cera, y otras mieses, y legumbres de aquella tierra, que de todas ellas trujeron parte, para que en todas se tomase la posesión: no trujeron oro ni plata, porque no la tenían los indios, ni hasta ahora, por mucha que ha sido la diligencia de los que la han buscado, han podido descubrirla. Hecho el pre-

(2) GARCILASO DE LA VEGA. *Los comentarios reales de los Incas*. II, 120. Lima MCMXVIII.

sente los embajadores se pusieron de rodillas a la usanza dellos delante del Inca, y le adoraron como a su dios y como a su rey. El cual los recibió con mucha afabilidad y después de haber recibido el presente en señal de posesión de todo aquel reino, mandó a sus parientes que les brindasen, para hacerles el favor que entre ellos era tenido por inestimable. Hecha la bebida, mandó decirles que el Inca holgaba mucho hubiesen venido de su grado a la obediencia y señorío de los Incas, que serían tanto más regalados y bien tratados que los demás, cuanto su amor y buena voluntad lo merecían mejor que los que venían por fuerza. Mandó que les diesen mucha ropa de lana para sus curacas de la muy fina que se hacía para el Inca y otras preseas de la misma persona real, hecha de manos de las vírgenes escogidas, que eran tenidas por cosas divinas y sagradas, y a los embajadores dieron muchas dádivas. Mandó que fuesen Incas parientes suyos a instruir aquellos indios en su idolatría, y que les quitasen los abusos y torpezas que tuviesen, y enseñasen las leyes y ordenanzas de los Incas para que las guardasen. Mandó que fuesen ministros que entendiesen en sacar acequias y cultivar la tierra, para acrecentar la hacienda del sol y la del rey. Los embajadores habiendo asistido algunos días a la presencia del Inca muy contentos de su condición, y admirados de las buenas leyes y costumbres de la corte; y habiéndolas cotejado con las que ellos tenían, decían que aquellas eran leyes de hombres, hijos del sol, y las suyas de bestias sin entendimiento. . . .” Hasta aquí es de Garcilaso de la Vega.

Esta referencia del cronista mestizo es —si prescindimos de las otras dos que he mencionado— la única noticia antigua acerca de las relaciones entre el imperio incaico y los aborígenes del noroeste argentino. Relaciones que, a estar a las deducciones a que nos autorizan las fuentes arqueológicas, debieron de existir en forma más o menos permanente desde una época muy antigua.

Fuera de su interés directo, la noticia suministrada por Garcilaso es una preciosa síntesis de política incaica con respecto a los pueblos voluntariamente sometidos. El papel francamente civilizador de la estirpe del cronista surge en esas líneas con meridiana claridad. No es admisible, sin embargo, que el

arte de "sacar acequias y cultivar la tierra" se difundiera en el antiguo Tucumán a raíz de la gestión diplomática de que nos da noticia.

El país

Dijimos que la expresión noroeste argentino designaba un extenso territorio de límites imprecisos y geográficamente heterogéneo. Desde un punto de vista de localización étnica, este término tiene un sentido más concreto porque sugiere un concepto preciso: la montaña. Los pueblos que habitaron ese país son, por excelencia, pueblos montañoses. Si intentáramos fijar sus límites, aun cuando fuera en forma ligeramente aproximada, podríamos decir que comprende la zona montañosa del occidente argentino, al norte de Mendoza. Descubrimientos recientes demuestran que aquellos pobladores de la montaña han invadido las llanuras próximas, acaso circunstancialmente y obedeciendo, quizá, a presiones de tribus enemigas.

La mayor parte de esta región —geográficamente considerada— está comprendida dentro de la pampa oriental. Esta enorme llanura, seca y estéril, está, como es sabido, interrumpida por las sierras pampeanas que se levantan aisladas como elementos postizos en aquel paisaje y que alguien, con admirable precisión, ha comparado con islas que rompieran la monotonía de aquel mar. Son las sierras las que dan fisonomía propia a la comarca y las que hacen posible la vida al condensar la escasa humedad que devuelven en forma de ríos o de vertientes. El agua que corre, en cuanto alcanza la llanura —seca y permeable— se insume y desaparece. Por esta circunstancia la instalación humana sólo es posible al pie mismo de la sierra, donde puede levantarse el precioso líquido antes de que sea absorbido por el desierto. En estas condiciones están emplazadas todas las poblaciones que se encuentran en esta vasta región, desde las capitales de provincia hasta los más insignificantes villorios.

Este determinismo geográfico es muy neto y evidente por tratarse de regiones muy secas donde las precipitaciones pluviales —por debajo de 500 mm.— son insuficientes, por sí solas, para toda clase de cultivos. En cambio, la topografía del terre-

no permite el riego artificial utilizando el agua corriente por simple gravitación, abriendo acequias con declive adecuado. Y este riego, transforma en oasis de extraordinaria lozanía, toda la extensión que alcanza a regar cada pequeño río o arroyo.

Este es el carácter geográfico de mayor importancia para comprender la etnografía de la región. Los aborígenes —agricultores por excelencia— ocuparon, exactamente, los mismos predios que el blanco ocupa hoy —únicos habitables— con la sola diferencia de que los primeros prefirieron emplazar sus viviendas en las laderas escarpadas de las sierras. Esta preferencia ha obedecido, indudablemente, a elementales razones de estrategia y, acaso también, al propósito de evitar la ocupación improductiva de un suelo cultivable, suposición ésta, muy verosímil si se tiene en cuenta que el área de regadío debió ser mucho más extensa en aquellos tiempos.

La gran llanura cubierta en buena parte de un monte xerófilo, raquítrico y achaparrado, que circunda las sierras pampeanas es casi estéril, de muy escaso rendimiento económico. Con heroico esfuerzo sus actuales ocupantes se dedican a una ganadería precaria, en cantidad y calidad, de importancia francamente despreciable si se la compara con la de las campiñas feraces, privilegiadas por una abundante precipitación. En estas llanuras han de haber tenido los aborígenes sus rebaños de llamas. En ellas debieron abundar tropas de guanacos, elemento considerable, sin duda, en la economía de aquellos primitivos. Pero el recurso económico más importante que han encerrado estas tierras pobrísimas ha sido, sin duda, los grandes bosques de algarrobo que las circunstancias adversas y la acción del hombre "civilizado" han extinguido casi por completo. El fruto de este precioso árbol ha sido, y es en la actualidad, el principal elemento de recolección que brinda a comarca. Si para los indios cultivadores fué estimadísima esta fruta que daba alimento y bebida, para los que no disponían de tierra cultivable ha de haber constituido —como ocurre hoy, aunque dé vergüenza confesarlo, con buen número de ciudadanos argentinos— el único medio de subsistencia. Cuando en las viejas crónicas quiere ponderarse la indigencia de algunos grupos indígenas de esta región dicese que son "indios pobres y algarroberos".

El cuadro que hemos trazado —tan suscinto como las circunstancias lo exigen— se refiere, exclusivamente, a la región de las sierras pampeanas. Los pueblos que vivieron al pié de las sierras marginales de la Puna, en el occidente de Salta o en la quebrada de Humahuaca, disfrutaron de un medio físico análogo, más benigno quizá. Los que poblaron las desoladas alturas de la Puna, o las feraces tierras que se extienden al pié de la falda oriental del Aconquija, o las llanuras bañadas por los grandes ríos santiagueños, vivieron en medios ambientes muy peculiares que no nos es posible deternernos a explicar. Preferible es, para mejor comprensión de lo que tan rápidamente hemos esbozado, proyectar una serie de paisajes típicos del noroeste argentino. Las fotografías suplirán —en la medida que ello es posible— las deficiencias de descripción y el desconocimiento directo del país.

Lámina I, a. Frontera argentino-boliviana, en La Quiaca. Se advierte el cauce del pequeño río de este nombre que sirve de límite. A pesar de lo circunscripto del paisaje puede advertirse el aspecto desolado del altiplano, carente casi por completo de vegetación. Rebaños de llamas —único animal doméstico que puede subsistir en condiciones naturales —pacen en ese suelo; completamente estéril a nuestros ojos.

Lámina I, b. Un aspecto de la quebrada de Humahuaca en la proximidad de Tilcara (Jujuy). Entre otros elementos de la flora regional destacan hermosos ejemplares de cardones, el vegetal más característico de la región.

Lámina II, a. Vista general del pueblo de Tilcara (Jujuy). La abundante vegetación que se advierte en la fotografía es obtenida mediante el riego que se efectúa utilizando las aguas del río Grande y de su pequeño afluente el Guasamayo.

Lámina II, b. Paisaje de los alrededores de la ciudad de Jujuy. Campos de cultivo a orillas del río Chico cuyas aguas son utilizadas para el riego.

Lámina III, a. Un aspecto de la región Calchaquí: garganta del río Las Conchas, cerca de la confluencia de los ríos Cachi y Santa María. (Salta)

Lámina III, b. El valle de Santa María entre Tolombón y Cafayate. En primer plano, campos de cultivo en rastrojo. (Salta).

Lámina IV, a. El río de La Ciénaga, en la localidad del mismo nombre que ha suministrado cantidad extraordinaria de material arqueológico. El lugar ha estado antiguamente cubierto por grandes bosques de algarrobo de los cuales sólo una pequeña parte se conserva (Catamarca).

Lámina IV, b. La Ciénaga (Catamarca). Restos de un antiguo bosque de algarrobo desaparecido.

Lámina V, a. Vista general de la quebrada de Chañar Muyo (La Rioja). El lugar ha sido intensamente poblado por aborígenes que han aprovechado para sus cultivos el agua del pequeño río que aparece en la fotografía. A la izquierda, en primer plano, el muro exterior de un pucará que defendía la boca de la quebrada, vía de comunicación con diversos lugares de la comarca.

Lámina V, b. El valle del río Bermejo, visto desde el Rincón del Toro en la sierra de Famatina, frente a Villa Castelli (La Rioja). En las laderas escarpadas de la sierra, en esta localidad, existen ruinas de una gran población. Los aborígenes habrían levantado sus viviendas en este lugar por razones estratégicas; sus cultivos debieron de estar a apreciable distancia, en la proximidad del río, donde viven y cultivan los pobladores actuales. Una línea de árboles, casi imperceptible en el último plano de la fotografía, señala la zona de cultivos.

Lámina VI, a. Plantaciones de caña de azúcar sobre las últimas estribaciones del Aconquija en la proximidad de la ciudad de Tucumán. Las grandes precipitaciones que caen en esta región privilegiada permiten el cultivo "a temporal", desconocido en todo el noroeste. La vegetación natural que enmarca la tierra de laboreo permite apreciar, en la misma fotografía, la extraordinaria fertilidad del lugar.

Lámina VI, b. La recolección de frutos naturales es una práctica difundida aún en casi todo el territorio que nos ocupa. Al pie del gran algarrobo que aparece en esta fotografía, sus propietarios han construido el granero —que ellos designan con el nombre quichua de *pirhua*— dentro del cual guardan los

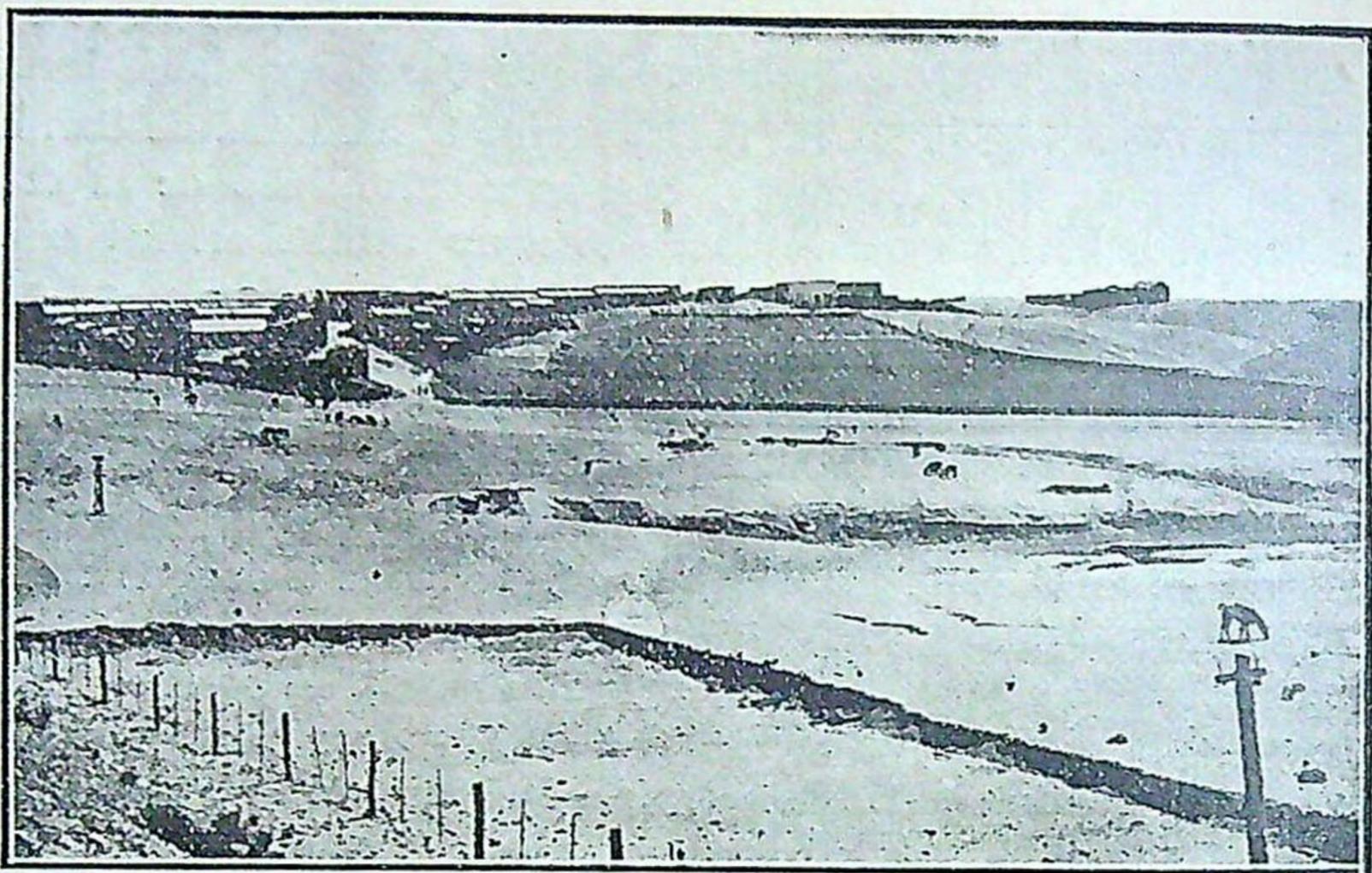
apetecidos frutos que les brinda. Robles (Santiago del Estero).

Lámina VII, a. El río Dulce frente a la ciudad de Santiago del Estero. Los aborígenes que en el momento de la conquista poblaban las márgenes de este río utilizaban las crecidas periódicas para el riego de sus cultivos. Hacían estos mediante dispositivos especiales a fin de aprovechar con la mayor eficacia las aguas que salían de madre. En la actualidad se han derivado canales que riegan las más ricas tierras de cultivo de aquella provincia.

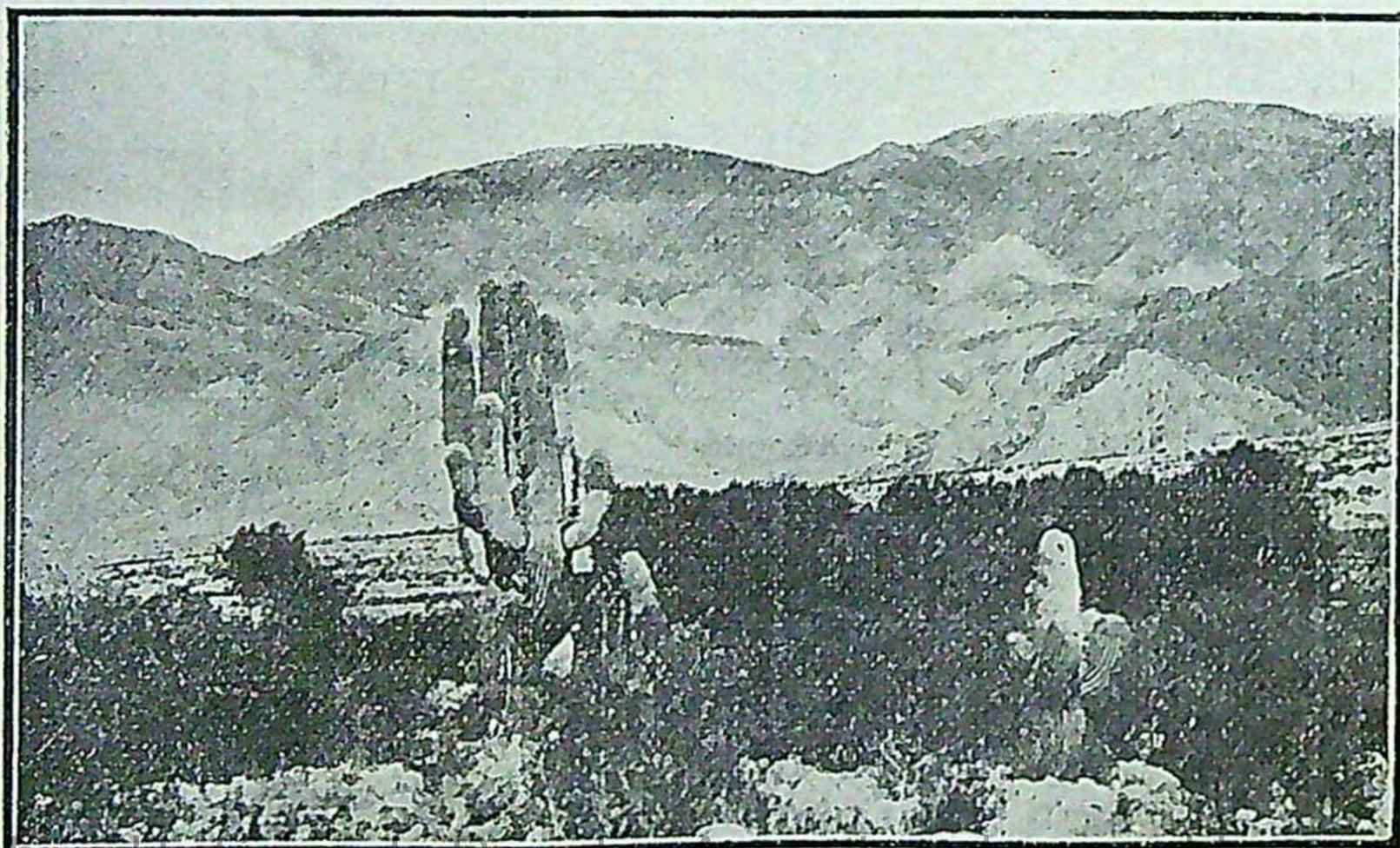
Lámina VII, b. El río Salado, frente a Suncho Corral (Santiago del Estero). Las aguas de este río, a pesar de su nombre, son aptas para regadío y aún potables para el hombre y las bestias que se habitúan a ellas. Como las del Dulce, desbordan también, haciendo posible el cultivo por medio de "bañados", empleado aún hoy como en tiempos prehistóricos.

Lámina VIII, a. Un aspecto de la sierra Chica en el valle de la Punilla (Córdoba). Los aborígenes de esta región vivieron preferentemente diseminados, usando a guisa de viviendas las concavidades de las rocas que podían prestarles algún abrigo. Por lo demás, su vida económica fué similar a la de los pobladores de las otras regiones montañosas del noroeste.

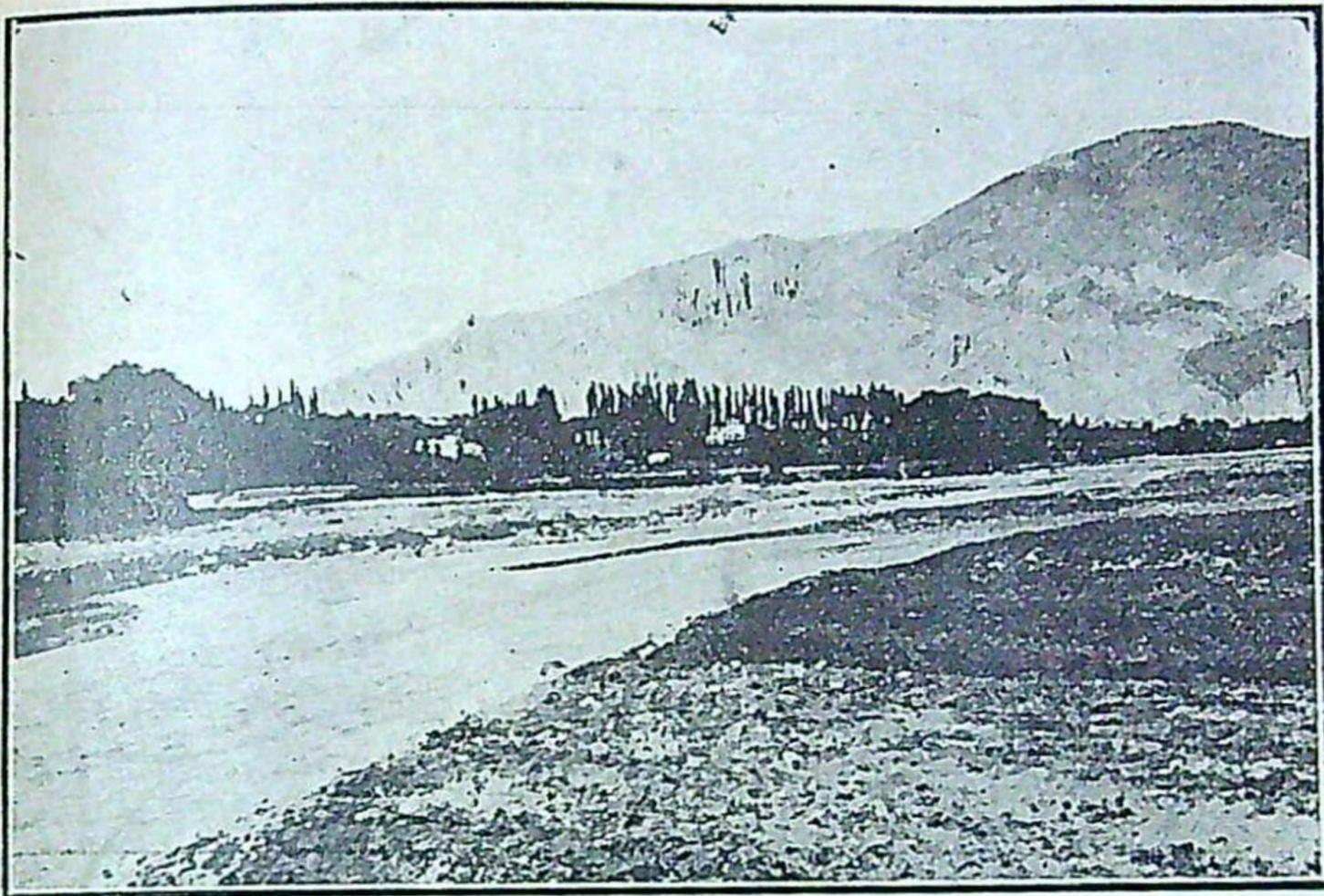
Lámina VIII, b. Magnífico algarrobal en el valle de la Punilla (Córdoba). En sus alrededores consérvanse aún los vestigios de antiguas poblaciones indígenas que en la prodigalidad de este árbol providencial encontrarían su principal recurso económico.



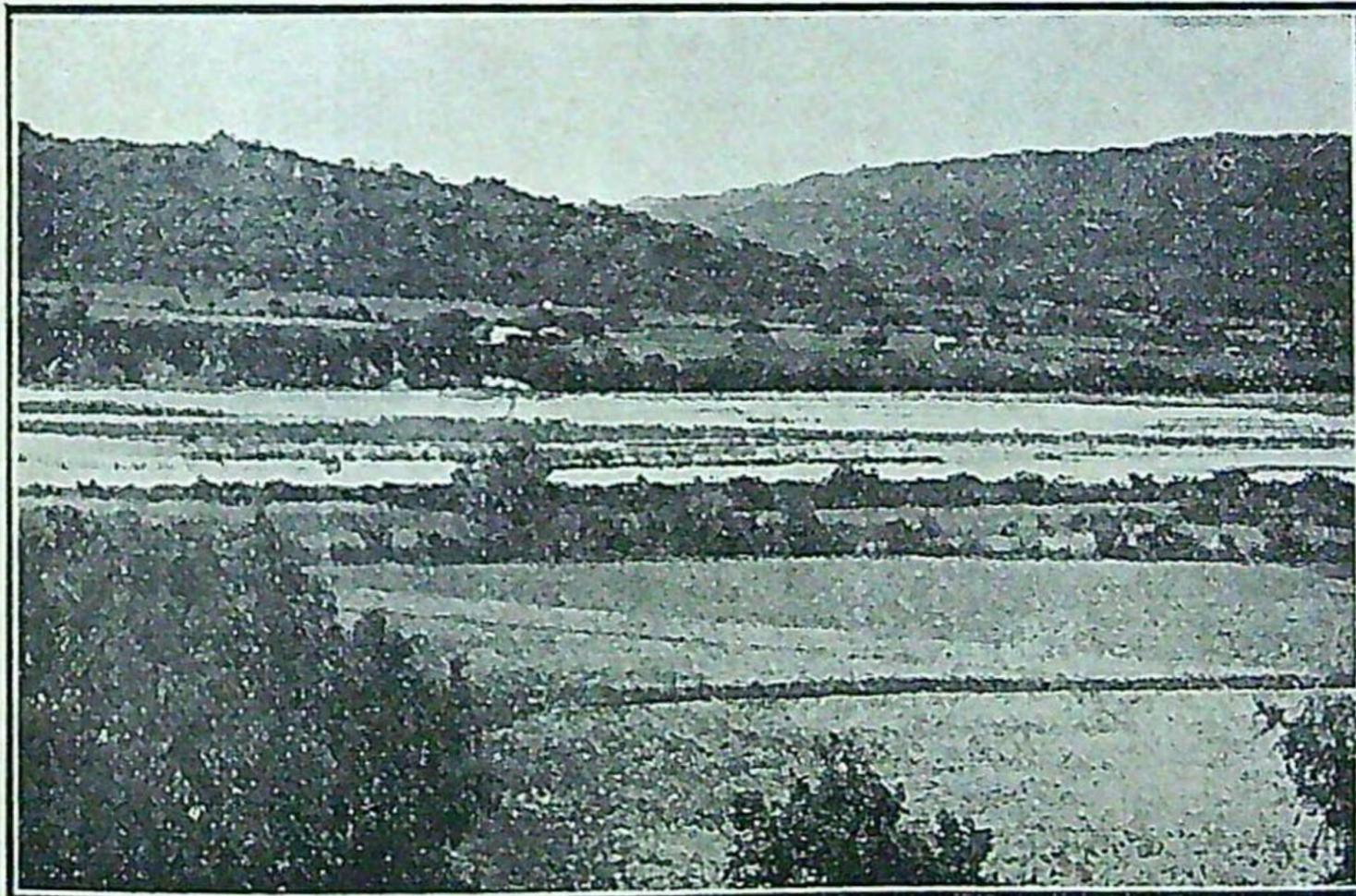
^a
Frontera argentino-boliviana, en La Quiaca (fot. Aparicio)



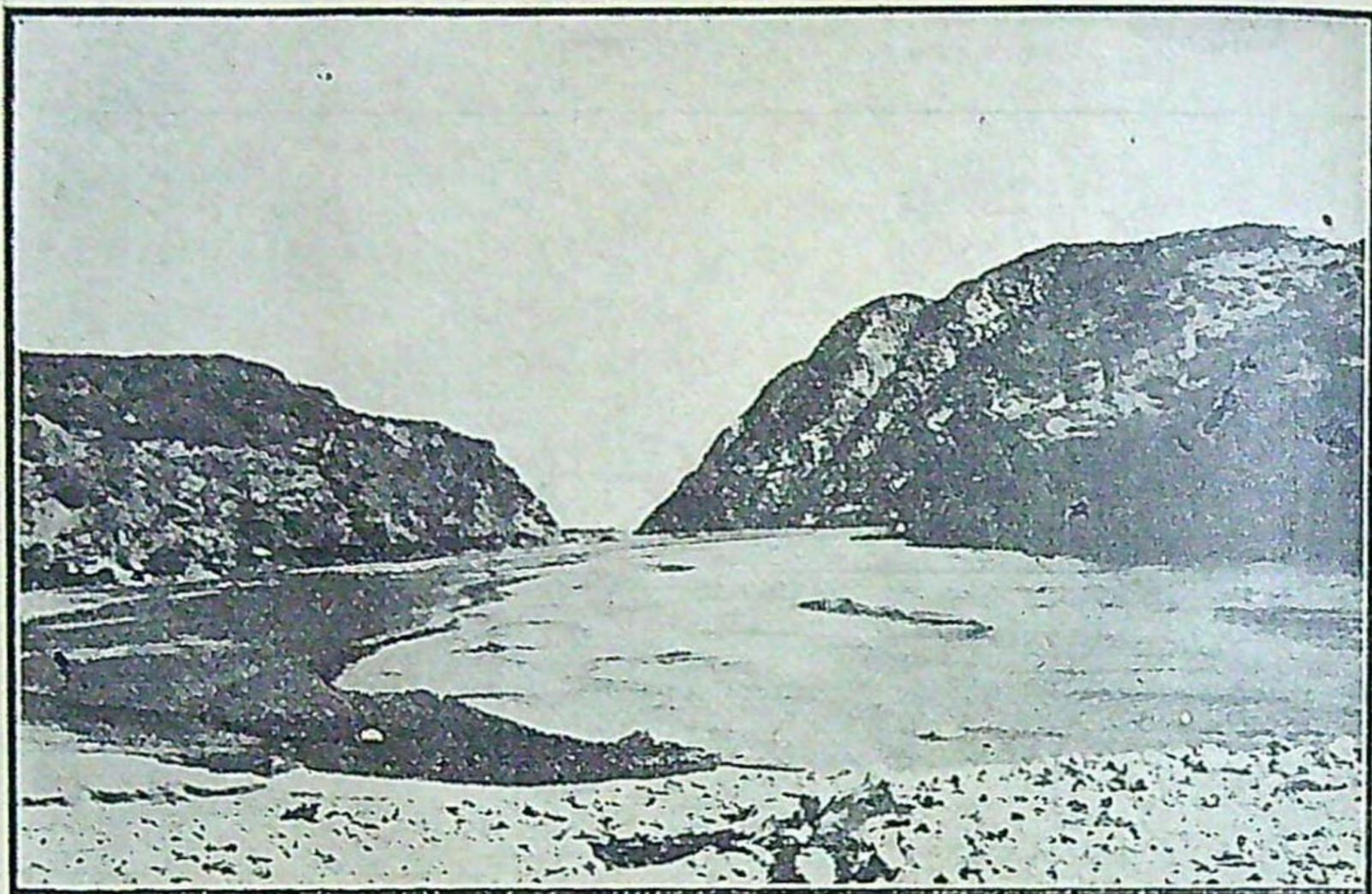
^b
Aspecto de la quebrada de Humahuaca en la proximidad de Tilcara (fot. Aparicio)



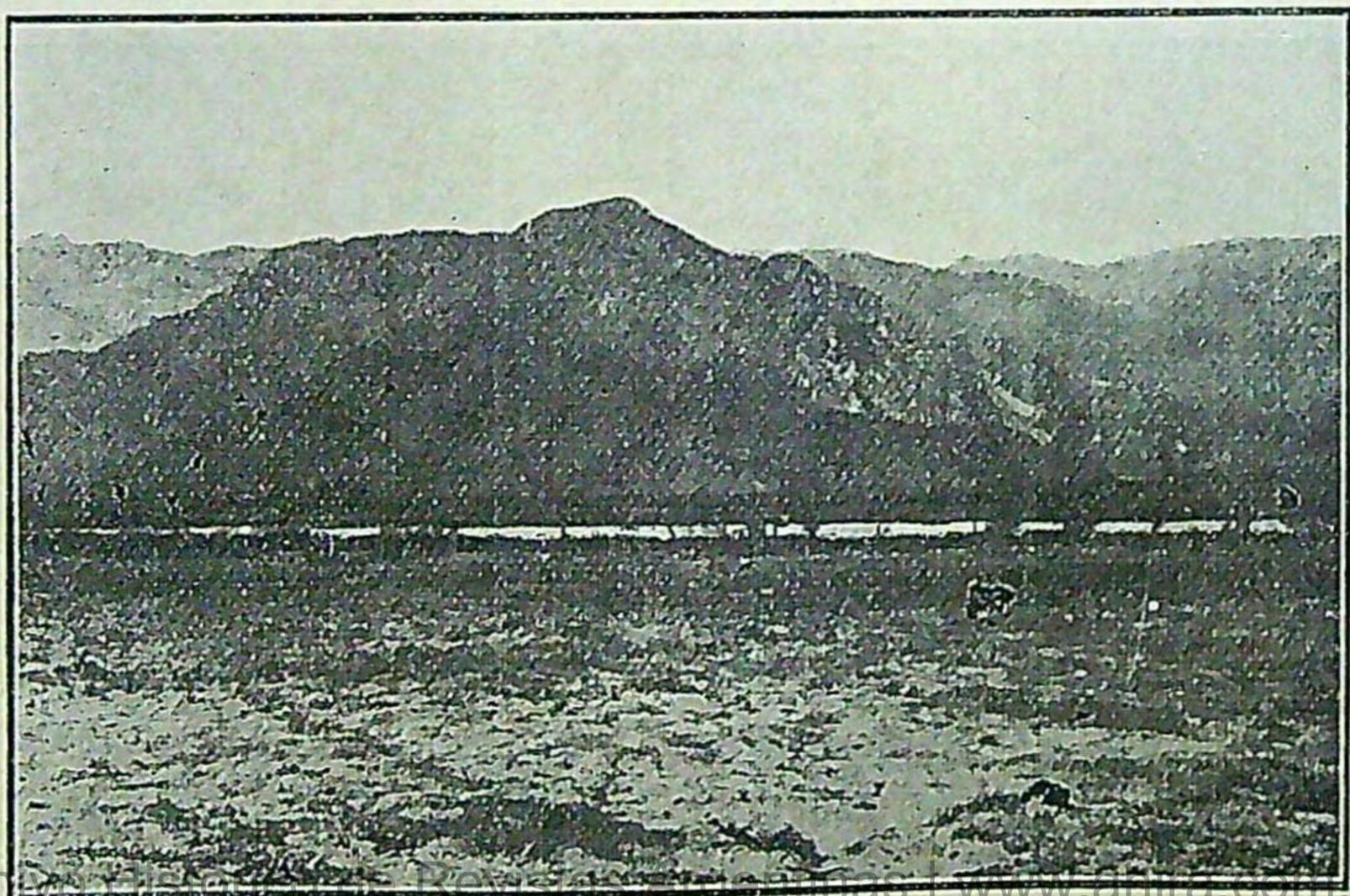
Vista general del pueblo de Tilcara ^a (fot. Aparicio)



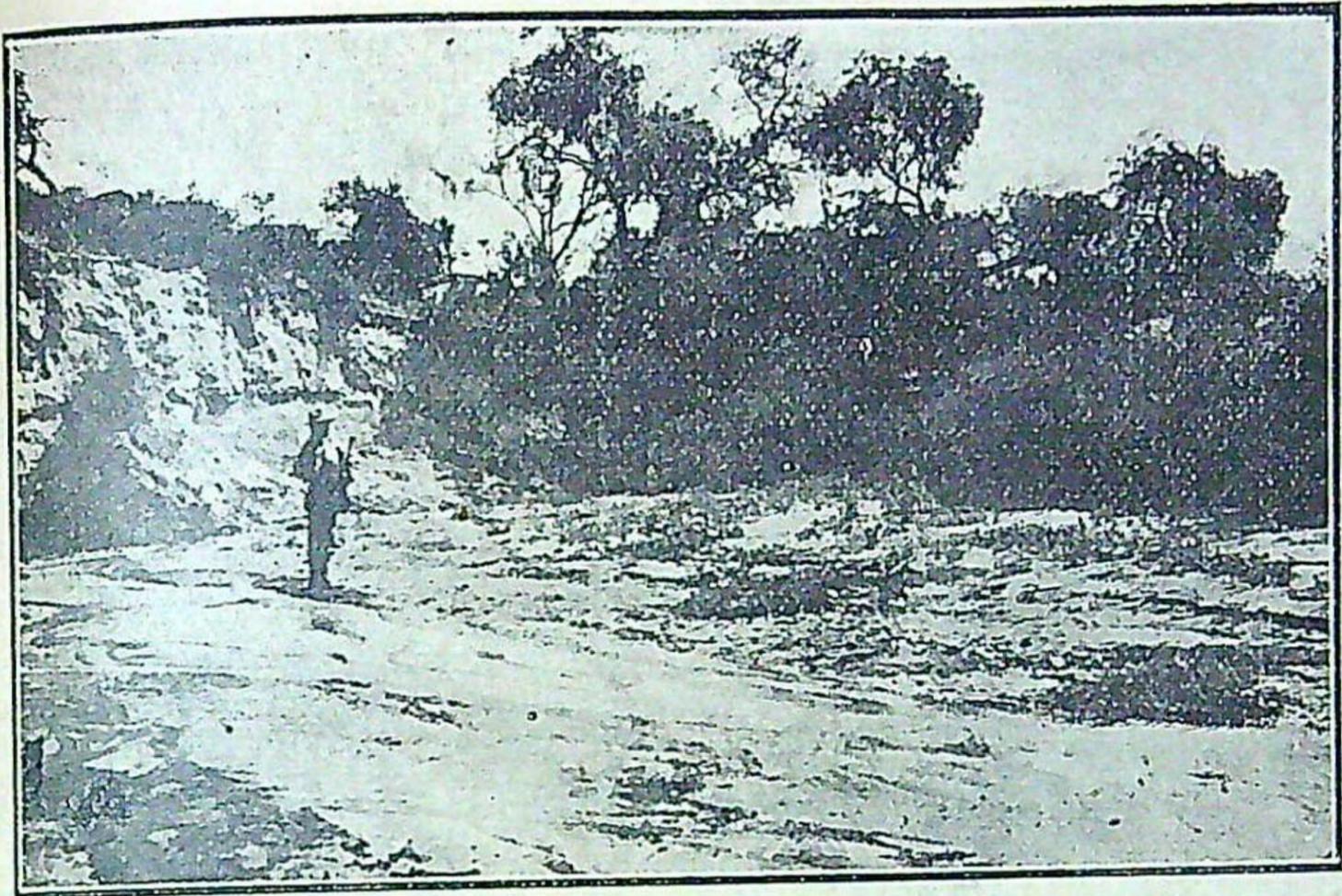
Paisaje de los alrededores de la ciudad de Jujuy ^b (fot. Ardissoné)



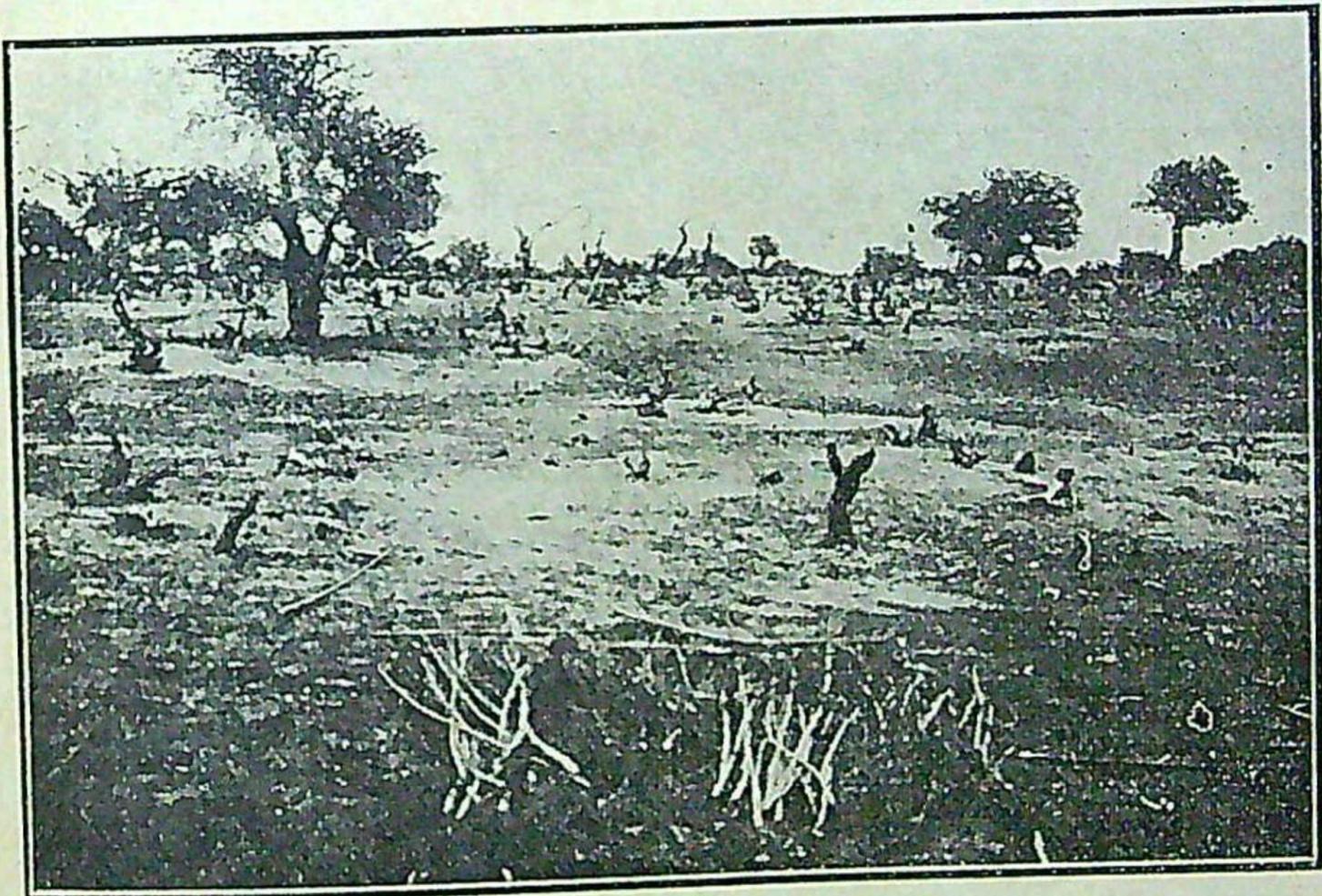
^a
Garganta del río Las Conchas, cerca de la confluencia de los ríos Cachi y Santa María.
(fot. Frenguelli)



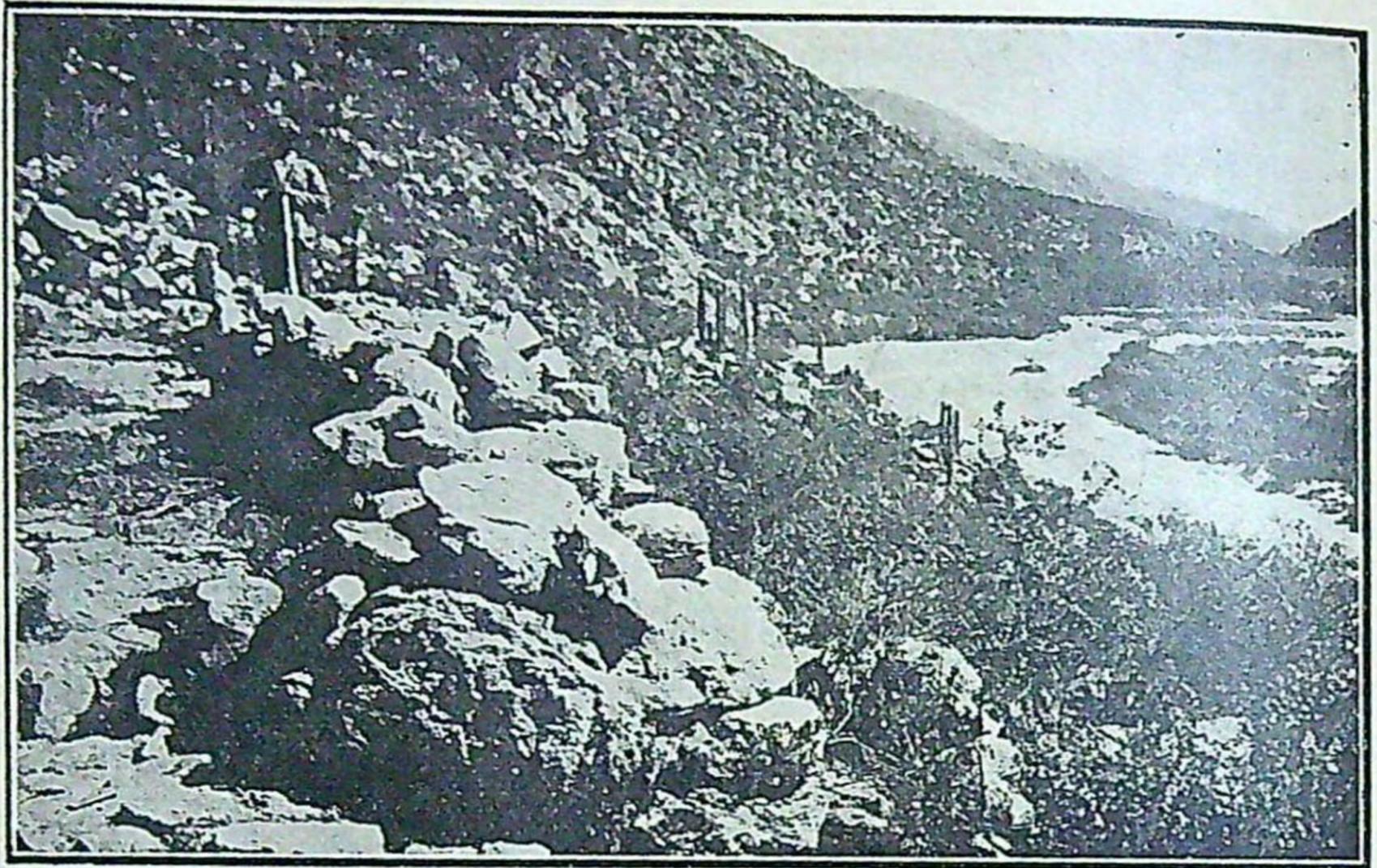
^b
El valle de Santa María entre Cafayate y Tolombón (fot. Frenguelli)



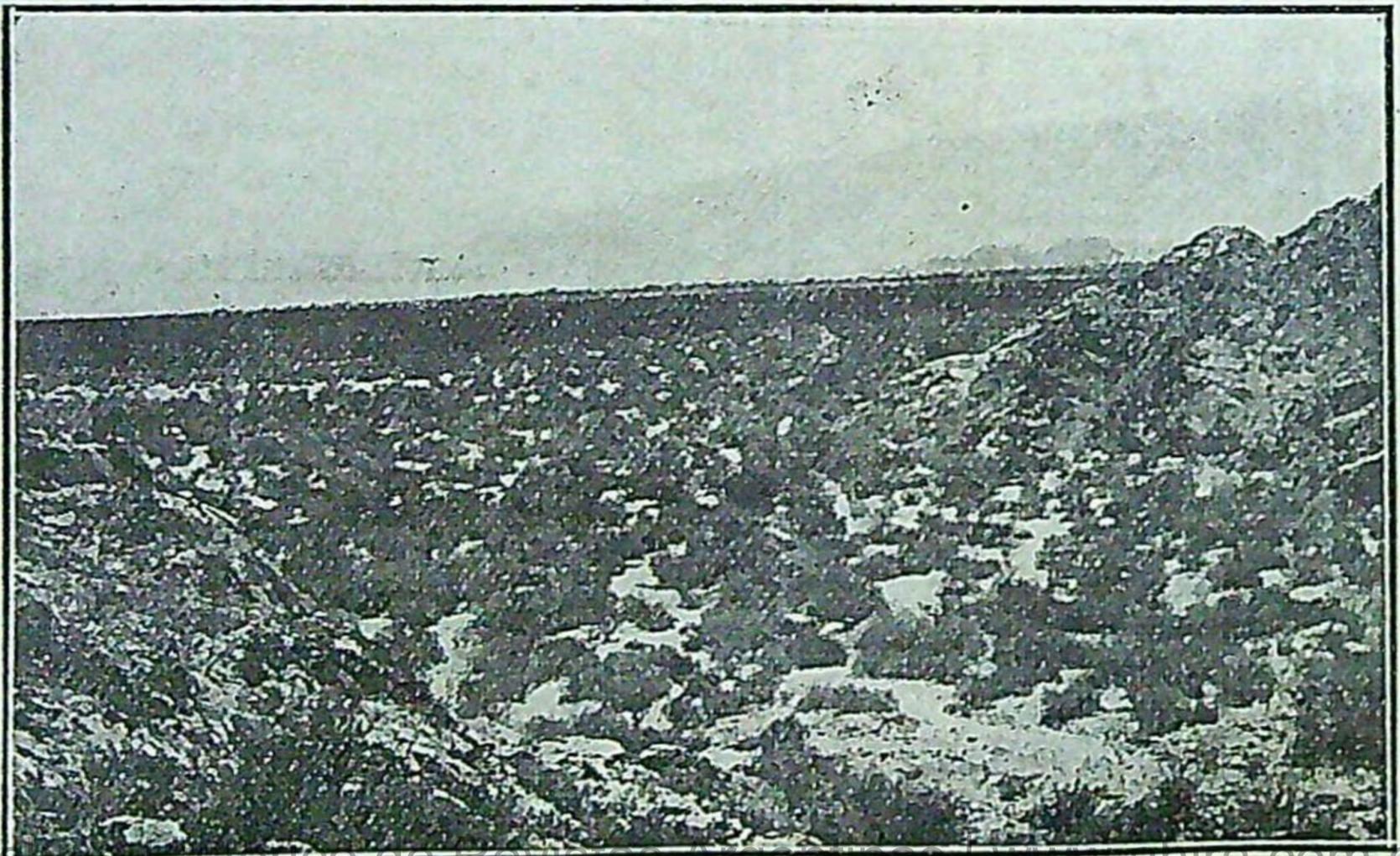
El río de La Ciénaga en la localidad ^a del mismo nombre (fot. Debenedetti)



Restos de un antiguo bosque de algarrobo en La Ciénaga ^b (fot. Debenedetti)



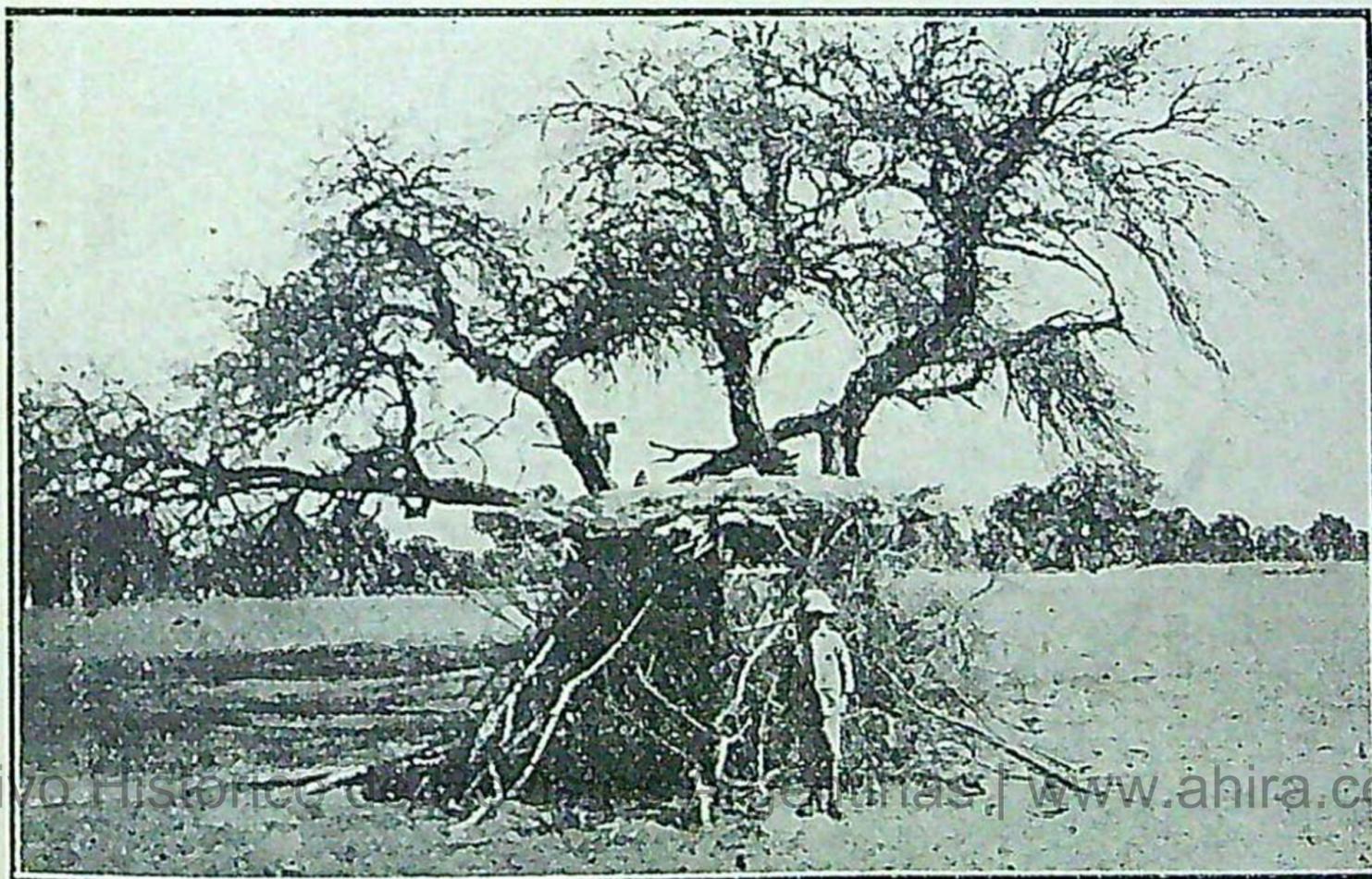
Vista general de la quebrada de Chañar Muyo (fot. Aparicio)^a



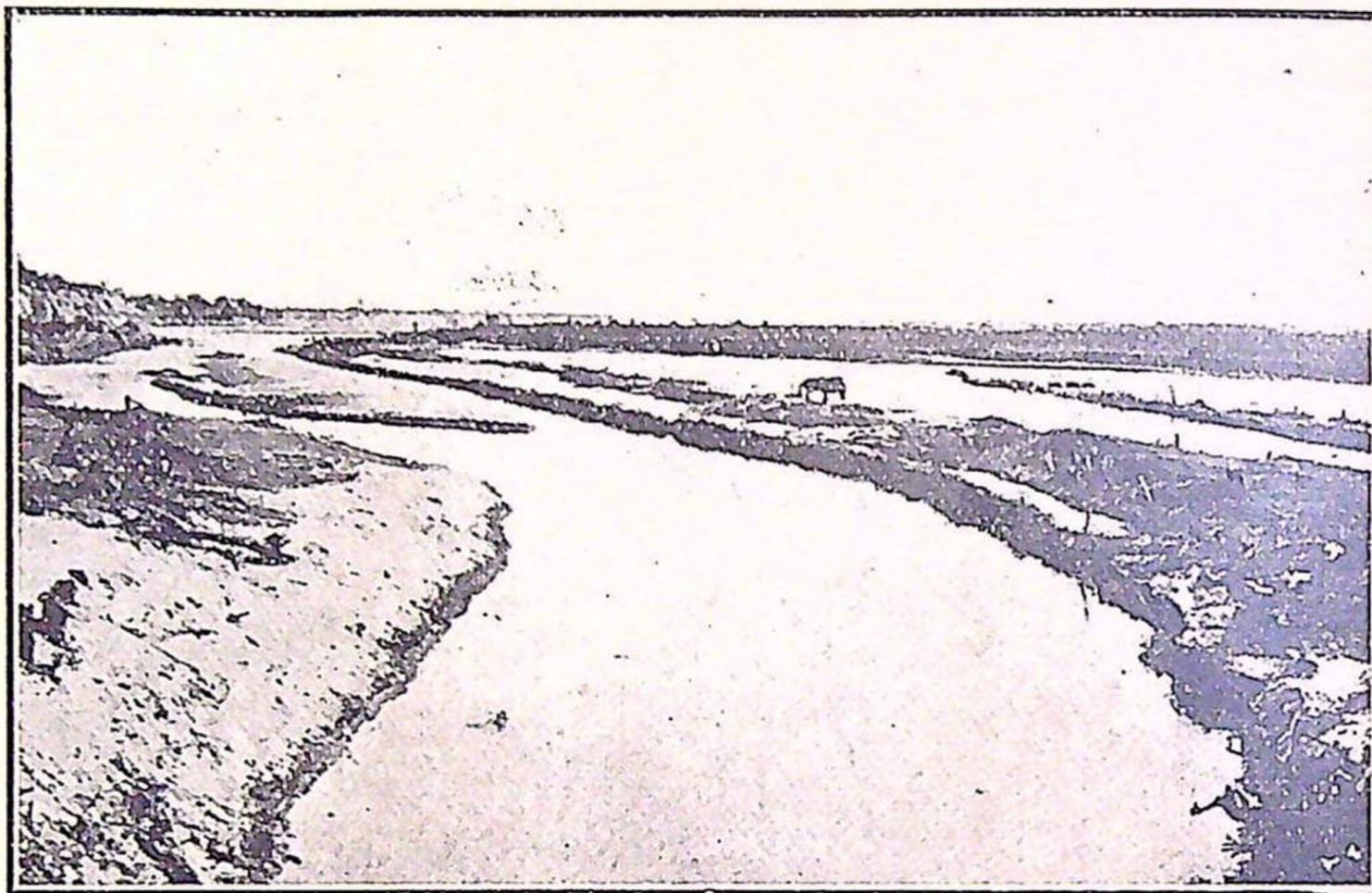
El valle del río Bermejo visto desde el Rincón del Toro en la sierra de Famatina (fot. Aparicio)^b



^a
Plantaciones de caña de azúcar en la proximidad de la ciudad de Tucumán (fot. Aparicio).



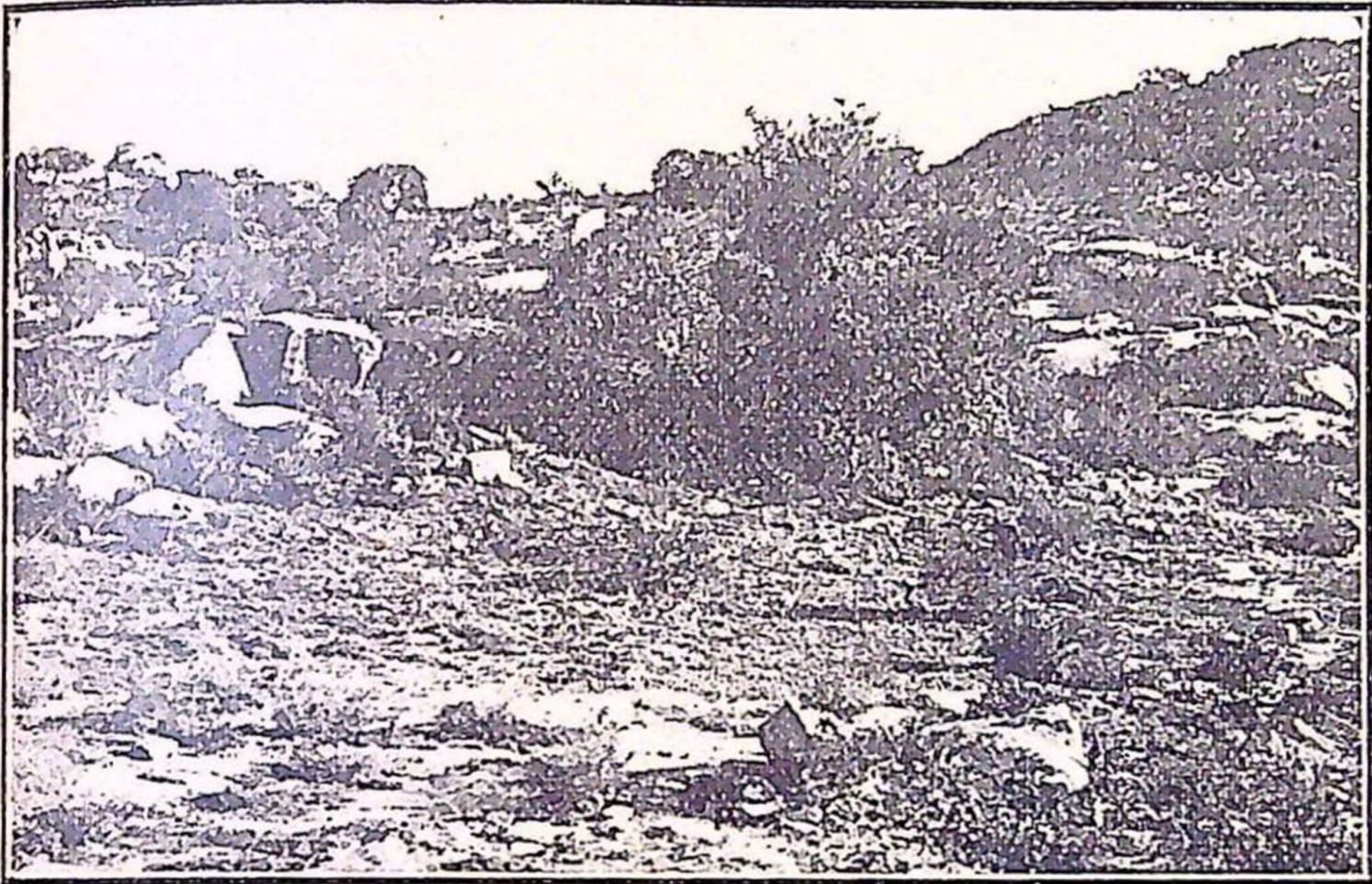
^b
Pirhua destinada a la conservación de la algarroba, emplazada debajo del árbol cuya fruta se ha de almacenar (fot. Aparicio)



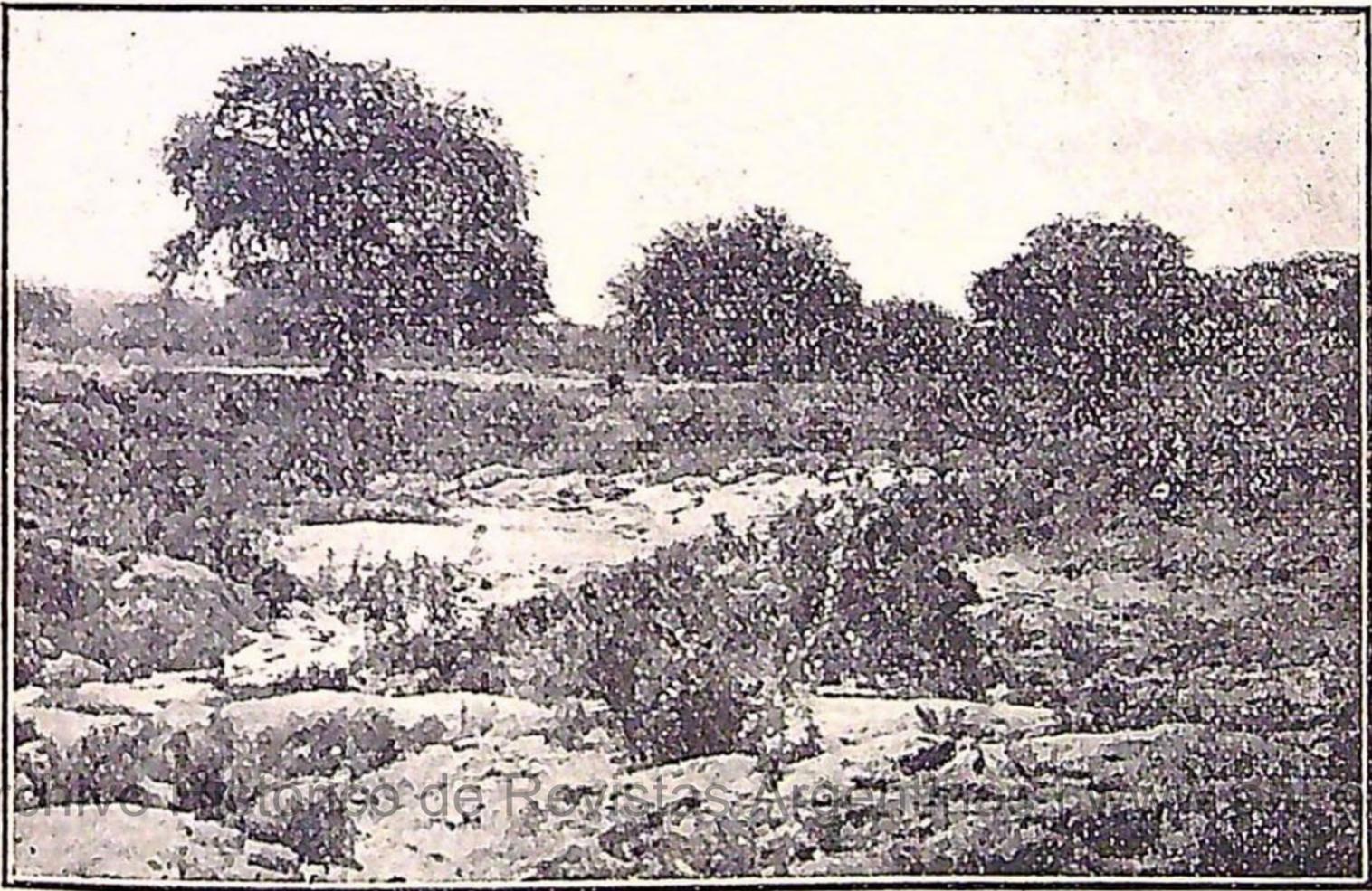
^a
El río Dulce frente a la ciudad de Santiago del Estero (fot. Aparicio)



^b
El río Salado frente a Suncho Corral (fot. Aparicio)



Un aspecto de la sierra Chica en el valle de la Punilla (fot. Aparicio)^a



Algarrobal en el valle de la Punilla (fot. Aparicio)^b

Las luchas de clase y la educación

Por ANIBAL PONCE

II

LA EDUCACION DEL HOMBRE ANTIGUO

Primera parte: Esparta y Atenas

El tránsito de la comunidad primitiva a la sociedad dividida en clases, exige algunas advertencias previas para no incurrir en errores muy comunes. Cuando se estudian los orígenes de las clases sociales hay una tendencia a suponer que aparece *enseguida* la lucha consciente entre esas clases.

La lucha de clases propiamente dicha no se desarrolla, sin embargo, sino en un momento determinado de la evolución de la sociedad dividida en clases (1), y requiere por lo tanto un largo período preliminar en que si bien existen ya las contradicciones entre los intereses de las clases, no se manifiestan si no de manera obscura o insidiosa. Así lo hicieron constar Marx y Engels en el párrafo primero del *Manifiesto Comunista* cuando afirmaban que la historia de la sociedad humana era la historia de las luchas entre opresores y oprimidos, "lucha ininterrumpida —dicen— *velada*

(1) BUJARIN. *Materialisme historique*, pág. 333.

unas veces, y otras franca y abierta" (2). Esta aclaración se complementa además con el distingo fundamental que ya Marx había realizado en *Miseria de la filosofía*, entre *clase en sí* y *clase para sí* (3). La *clase en sí*, con pura existencia económica, se define por el papel que desempeña en el proceso de la producción; la *clase para sí*, con existencia a la vez económica y psicológica se define como clase que ha adquirido, además, la conciencia del papel histórico que desempeña, es decir, que sabe lo que quiere y lo que aspira. Para que la *clase en sí* llegue a convertirse en *clase para sí* es preciso, por tanto, un largo proceso de propio esclarecimiento en el cual desempeñan sus teóricos y las peripecias de la lucha, una amplísima función (4).

Más celosas de lo suyo por la importancia de los intereses que debían defender, y por la posibilidad de reflexionar sobre esos intereses mediante el "ocio" que les aseguraba el trabajo ajeno, las clases opresoras adquirieron con respecto a las oprimidas una *más clara conciencia de ellas mismas*. Fué en virtud de esa máxima precisión en sus propósitos, que adecuaron a estos su propia educación y la educación que impartían a los otros.

Para ser eficaz, toda educación impuesta por las clases poseedoras debe cumplir estas tres condiciones esenciales: destruir los restos de alguna tradición enemiga; consolidar y ampliar su propia situación como clase dominante; prevenir los comienzos de una posible rebelión de las clases dominadas. *Sobre el plano de la educación, la clase dominante opera así en tres frentes distintos*, y aunque cada uno de esos frentes solicite vigilancia desigual según las épocas, la clase dominante no los deja jamás abandonados.

En el momento de la historia humana en que se efectúa la transformación de la sociedad comunista primitiva en sociedad dividida en clases, la educación tiene por problema propio: luchar contra las tradiciones del comunismo de tribu; inculcar que las nuevas clases dominantes no tienen otra finalidad que

(2) MARX y ENGELS, *El Manifiesto Comunista*, pág. 60, versión española por W. Roces, editorial Cénit, Madrid, 1932. El subrayado es nuestro.

(3) MARX, *Miseria de la filosofía*, pág. 106-107, editorial "Actualidad", Buenos Aires.

(4) LENIN, *¿Qué hacer?*, *passim*, traducción de Waismann; editorial "Claridad", Buenos Aires.

asegurar la vida de las clases dominadas, y vigilar atentamente el menor asomo de protesta para extirparlo o corregirlo.

El ideal pedagógico, naturalmente, no puede ya ser el mismo para todos: el de las clases dominantes es distinto al que imponen a las clases dominadas, pero aquéllas procuran además que la masa laboriosa acepte esa desigualdad de educación como una desigualdad impuesta por la *naturaleza* de las cosas, y contra la cual sería locura rebelarse.

Cómo cumplieron esos propósitos las clases explotadoras en la antigüedad es lo que vamos a estudiar ahora en un rápido viaje por Grecia y Roma.

* * *

Cuando los griegos entran en la historia apenas si quedan rastros de comunismo primitivo. Las noticias más remotas indican que el matriarcado ha cedido el puesto a la autoridad paterna, o lo que viene a ser lo mismo, la propiedad colectiva ha sido desalojada por la privada. Bachofen comentó sagazmente el *Orestes* de Esquilo como a un síntoma revelador de ese momento en que luchan todavía el derecho materno agonizante y el derecho paterno cada vez más triunfador.

Los jefes militares o *basileus* eran todavía elegidos por la comunidad, aunque ya había tendencia a transmitir las funciones de los padres a los hijos. Desde el siglo X al siglo VIII (a. J. C.), las tribus griegas vivían de manera casi exclusivamente agrícola: cada familia formaba un todo que se bastaba a sí mismo. En esas condiciones no podían vender a lo sumo sino lo superfluo, y no compraban también sino los raros productos que la tierra no producía o los escasos utensilios que la industria doméstica no sabía fabricar. En ese momento no hay comercio en Grecia; los comerciantes que figuran en la *Odisea* son todos fenicios (5).

Inútil decir que asomaban diferencias entre las clases. Se mencionan esclavos en esa época, y ya hemos visto que los "funcionarios" van en camino de convertirse en una nobleza hereditaria. A partir del siglo VII, con el mayor rendimiento

(5) BERARD. *Les phéniciens et l'Odysseé*, Paris, 1902.

del trabajo humano, la economía comercial se insinuó por encima de la agrícola. De más en más se comenzó a producir no sólo para el uso sino también para el cambio. Bajo el control y para provecho de las clases superiores, el comercio fué confiado a los esclavos y a los extranjeros. *Desligadas del trabajo manual y del intercambio de los productos, las clases superiores son ya, en esa época, socialmente improductivas.*

Aunque para el griego patricio el comercio fuera tan indigno como el trabajo, no por eso dejaba de embolsar lo que sus esclavos le procuraban como mercaderes o artesanos. Eran numerosos los esclavos y los libertos que vivían lejos de la casa del amo trabajando en el comercio o los oficios, y que luego le rendían cuenta de toda la ganancia o de una parte. El avaro famoso de que habla Teofrasto en los *Caracteres* (6), le ha confiado a un esclavo, precisamente, la dirección de su negocio.

Pero la insignificancia de las técnicas y de los medios de transporte, no podía dar a ese pequeño comercio una expansión dilatada. Traficando rara vez de ciudad a ciudad mediante costosas caravanas o más habitualmente como mercachifle en la propia ciudad, el pequeño comerciante se consagraba a ese modo de trabajo porque no había servido para otro. Inválidos, lisiados, y hasta mujeres, eran especialmente los que se dedicaban al tráfico de las mercaderías. Pero si el pequeño comercio tenía ya una larga historia, el gran comercio, es decir, el marítimo, el que dió después a Grecia su esplendor, tardó bastante en imponerse.

El escaso desarrollo de los medios de producción no permitía arrojar sobre el mercado un gran excedente de productos. Sabido es que casi toda la técnica de los antiguos consistía en la fuerza humana, ayudada por escasos aparatos, palancas, rodillos y planos inclinados. Si veinte esclavos no bastaban para un trabajo, se tomaban cien, trescientos, mil. Con semejante facilidad y baratura, no había para qué perfeccionar las técnicas. Aun en el siglo VI, el arquitecto del primer templo de Efeso carecía de máquinas para levantar los enormes arquitra-

(6) THEOPHRASTE. *Caracteres*, pág. 70, traducción de Octave Navarre, edición "Les Belles Lettres", París, 1920.

bes del edificio. Recurrió por eso, al único procedimiento que la antigüedad conocía; amontonar bolsas de arena formando plano inclinado hasta llegar a la altura de las columnas, y remontar luego los arquivados empujándolos a brazo. Aun en las ocasiones, pues, en que se emprendían trabajos gigantescos, el obrero los llevaba a buen término mediante procedimientos de artesano. Ni qué decir lo que ocurría en la agricultura: el arado más grosero permaneció inalterable durante siglos.

A partir del siglo V, sin embargo, las exigencias de un comercio cada vez más floreciente impusieron dos innovaciones de una enorme importancia: la acuñación de monedas que facilitó los cambios y el perfeccionamiento de los aparatos de navegación que permitió los largos viajes por el mar (7). El comercio marítimo enriqueció a la nobleza, y aunque ustedes han oído decir que el ciudadano griego no tenía otro ideal que el de la belleza, parece que ese ideal no era incompatible con la usura más inicua (8).

Prestando dinero en hipotecas, el noble, — dueño ya de vastas tierras — se iba quedando además con las tierras ajenas, y como al antiguo jefe elegido por todos había sucedido la institución de los arcontas, *elegidos únicamente por la nobleza*, nada tiene de asombroso que apareciera de inmediato una legislación feroz destinada a proteger el acreedor contra el deudor. El ciudadano pobre que había perdido sus tierras podía considerarse muy feliz si lo dejaban continuar cultivando esas tierras como *colono*, a condición de pagar al propietario los cinco sextos de su trabajo.

Esto ocurría digo en el mejor de los casos, porque podía suceder que el importe de la tierra no alcanzara a cubrir la cantidad que el prestamista había adelantado. En ese caso, si el deudor tenía hijos los vendía como esclavos para juntar el dinero necesario, y si no los tenía, se vendía a sí mismo. *Las deudas se unían a la guerra para aumentar el número de esclavos*. Los esclavos no eran ya únicamente los miembros de una tribu extranjera a quienes los vencedores perdonaban la vida

(7) SAGLIO, *Machina*, en el *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, de DAREMBERG y SAGLIO, tomo III, segunda parte, pág. 1463, editor Hachette, París, 1913.

(8) El 18 o/o era interés legal. Ver WALLON, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, tomo I, pág. 202, Imprimerie Royal, París, 1847.

a cambio de un trabajo sin descanso. Otra guerra, no externa sino interna, empezaba desde ahora a producirlos: la guerra del acreedor y del deudor que no para un momento a lo largo de la historia antigua (9).

De un lado, concentración gradual de la propiedad en pocas manos; del otro, empobrecimiento cada vez más acentuado: he ahí el problema social que en Grecia reaparecía obstinadamente. Capaces tan solo de dominar a la naturaleza dentro de límites muy reducidos, los estados agrícolas de la Antigüedad no podían menos que mirar la guerra como a una manera normal de adquirir riquezas. (10).

Terrateniente, propietario de esclavos y guerrero, he ahí el hombre de las clases dominantes.

* * *

Respecto a la educación que necesitaba ese hombre, Esparta y Atenas presentan aspectos algo diferentes que nos importa precisar para ir destacando poco a poco el *carácter de clase* de la educación entre los griegos.

Aunque se ha hablado mucho de un "comunismo aristocrático" en Esparta, la expresión no es del todo exacta. Verdad es que Licurgo repartió las tierras en partes iguales entre las nueve mil familias que formaban la clase superior, pero cuando quiso repartir en igual forma los instrumentos de cultivo no consiguió imponerse. (11).

A pesar de la reforma de Licurgo, la desigualdad en las fortunas persistió y se acentuó entre los mismos miembros de la

(9) Los términos "deudor" y "acreedor", aunque son demasiado vagos para describir con exactitud las luchas sociales en la antigüedad, me parecen con todo preferibles a la tendencia a trasladar a dicha época nuestros términos de "burgueses", "proletarios" y "capitalistas" con los cuales se deforma involuntariamente el carácter original de las luchas antiguas. Ver una advertencia del propio MARX, en *Le Capital*, tomo XI, página 107, nota 1, de la traducción de Molitor, editor Costes, París, 1928. Crítica en ella a Mommsen por haber hablado en su *Historia Romana* de "capital" y "dominio del capital". En igual forma en el tomo I, pág. 121, nota 1 de la traducción de Justo.

(10) ARISTOTE, *Politique*, pág. 28-29, de la traducción de J. Barthelemy Saint Hilaire, editor Dumont, París, 1848, 2ª edición. He aquí las palabras textuales de Aristóteles: "La guerra es en cierto modo un medio natural de adquirir, puesto que se refiere a esa caza que se debe a las bestias salvajes y a los hombres que nacidos para obedecer, rehusan someterse; es una guerra que la naturaleza misma ha hecho legítima". Para más detalles ver E. CICOTTI, *Pace e guerra nei poemi omerici e esiodéi*, en "Rivista italiana di Sociología", Año IV, fascículo VI, páginas 696-707.

(11) BEER, *Histoire générale du socialisme et des luttes sociales*, tomo I, pág. 75, traducción de Ollivier, edición "Les revues", París, 1930.

clase superior. Tal, por ejemplo, la oligarquía llamada de los *Iguales* que concentró en sus manos casi todas las tierras y el poder.

Dueños de la tierra, los espartanos no podían, sin embargo, vender sus lotes ni legarlos. Entre la comunidad primitiva que ha quedado a las espaldas y la sociedad con claro sentido de la propiedad privada que tardará muy poco en aparecer, la sociedad espartana señala una etapa de transición.

El lote de tierra que el espartano recibía del Estado lo transmitía por herencia al hijo mayor y, en ausencia de este, volvía de nuevo a poder del Estado.

En retribución del usufructo de las tierras, los espartanos se comprometían a prestar los servicios, especialmente guerreros, que su clase social necesitaba para la defensa o expansión. De ahí que los hijos contrahechos o débiles fuesen inmolados, porque el interés de la clase terrateniente quedaba comprometido si un lote pasaba a manos de un heredero incapaz para el manejo de las armas.

Por lo demás, el número de espartanos propiamente dichos — los nueve mil ciudadanos del tiempo de Licurgo — era una suma bien exigua respecto al número de pobladores que tenían sometidos: los 220.000 ilotas, dominados después de batallas sangrientas, y reducidos a trabajar la tierra como esclavos (12); y los 100.000 periecos, que se entregaron sin lucha y consiguieron por eso la libertad personal pero no cívica: reducida libertad que usaban en el comercio y las industrias, y que los espartanos se las hacían pagar con frecuentísimos impuestos.

Verdad es que los más modernos historiadores de Grecia, niegan que los ilotas hayan sido esclavos y aseguran, en cambio, que se trataba más bien de *siervos*, en el mismo sentido que adquirirá en la Edad Media la expresión "siervos de la gleba" (13). Pero se trate de individuos reducidos a la absoluta esclavitud o de individuos semi libres que pagaban un tributo, como parece más probable, su situación variaba muy

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
(12) "Los ilotas eran esclavos" dice CURTIUS. *Historia de Grecia*, tomo I, pág. 277, traductor García Moreno, editor Garay, Madrid, 1887.

(13) BARBAGALLO, *Le declin d'une civilisation*, pág. 314 y sig., traducción Bourgin, editor Payot, París, 1927. En cuanto a la "semi libertad" de que "gozaban" ver pág. 87.

poco en lo esencial, y desde el punto de vista de la educación, contra ellos iba dirigida, fundamentalmente, la conducta de las clases superiores. Obligadas a vivir entre una población solo a medias sometida y mucho más numerosa que la propia, las clases superiores hicieron de su organización un campamento militar, y de su educación, *el estímulo de las virtudes guerreras*.

Desde los siete años, el Estado se apoderaba del niño y no lo abandonaba más. Hasta los cuarenta y cinco años, en efecto, pertenecía al ejército activo, y hasta los sesenta a la reserva, y como el ejército era en realidad la "nobleza en armas", el espartano vivía permanentemente con las armas en la mano.

Como las mujeres formaban también en ese ejército y dirigían un hogar que no era todavía francamente monogámico — hasta el extremo de ser frecuente el hecho de que muchos hermanos solían tener en común una sola esposa (14) —, *las mujeres se mantenían todavía a un nivel no inferior al del varón*.

Los caracteres de esa educación militar, para hombres y mujeres, son tan conocidos que no vale la pena detenernos en ellos. Nadie ignora en qué manera se recurría a la brutalidad y a la crueldad (15), para endurecer militarmente a los muchachos y las jóvenes, ni cómo fomentaban descaradamente las prácticas del amor homosexual para estrechar los lazos de compañerismo. *Asegurar la superioridad militar sobre las clases sometidas*, era el fin supremo de la educación, rígidamente disciplinada mediante la gimnasia y austeramente controlada por los éforos: los cinco magistrados que ejercían, en representación de la nobleza, un poder casi absoluto. ¿Qué producía semejante educación? "Salvajes brutales, taciturnos, astutos, crueles y a veces heroicos" (16), pero capaces siempre *de mandar y de hacerse obedecer*.

(14) CURTIUS, obra citada, tomo I, pág. 277. En igual sentido ver PLUTARCO. *Vidas paralelas*. Tomo I, pág. 141 y s., de la traducción Rans Romanillos, editorial Calpe, Madrid, 1919.

(15) En la ceremonia llamada "del látigo", por ejemplo. Todos los años, ante el altar de Artemisa, los jovencitos eran azotados con violencia sin permitirles quejarse bajo pena de deshonor. Al que se había mostrado más impasible se le proclamaba "vencedor del altar".

(16) GUILLAUME. *Education chez les spartiates*, pág. 1920 en el *Nouveau Dictionnaire de pédagogie*, de Buisson.

Instrucción, en el sentido que nosotros le damos a ese término, casi no existía entre los espartanos. Muy pocas personas de la nobleza sabían leer y contar, y era tal su desprecio por todo lo que no fueran las "virtudes" guerreras que prohibían a los jóvenes interesarse por cualquier asunto que pudiera distraerlos del ejercicio de las armas (17).

Si ese era el ideal pedagógico de las clases superiores, otro muy distinto era el que imponían a los ilotas y periecos. Recelosos del número y de la rebeldía de los ilotas, los nobles no les permitían la más mínima gimnasia, y con el pretexto de mostrar a sus propios hijos lo abominable de la embriaguez, obligaban a los ilotas a beber con exceso y, una vez alcoholizados, los hacían desfilar en los banquetes. Mas, como a pesar de todo — de los ejercicios que les prohibían, de la embriaguez que fomentaban para embrutecerlos — los ilotas se sublevaron el año 464, las clases "selectas" echaron mano de un recurso verdaderamente decisivo. Organizaron una legión especial, llamada la *Kripteia*, o "emboscada". Los jóvenes nobles, ágiles y valientes, que la formaban, se escondían por la noche en los caminos y asesinaban a los ilotas más robustos o rebeldes (18).

Con su realidad descarnada, el carácter de clase de la educación espartana se muestra a los ojos de todos. Sociedad guerrera, formada a expensas del trabajo del ilota y del comercio del perieco, Esparta poseía y gastaba el fruto del trabajo ajeno. Integramente dedicado a su función de dominador y de guerrero, el espartano noble no cultivaba otro saber que el de las cosas relativas a las armas, y no sólo reservaba para sí dicho saber sino que castigaba ferozmente en las clases oprimidas todo intento de

(17) PLUTARCO. *Vidas paralelas*, tomo I, pág. 156: "Porque de las cosas buenas y envidiables que Licurgo preparó a sus ciudadanos fué una la sobra de tiempo. no permitiéndoles que se dedicasen en ninguna manera a las artes mecánicas".

(18) He aquí cómo cuenta Plutarco esas hazañas de los jóvenes, de "más juicio": "Los magistrados a cierto tiempo enviaban por diversas partes a los jóvenes que les parecía tenían más juicio, los cuales llevaban sólo su espada, el alimento absolutamente preciso, y nada más. Estos, esparcidos de día por lugares escondidos, se recataban y guardaban reposo; pero a la noche salían a los caminos, y a los que cogían de los ilotas les daban muerte; y muchas veces, yéndose por los campos, acababan con los más robustos y poderosos de ellos. Refiere Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso que habiendo sido coronados como libres aquellos ilotas que primero los espartanos habían señalado como sobresalientes en valor, recorrieron así los templos de los dioses, y de allí a poco desaparecieron de repente, siendo más de dos mil en número, sin que ni entonces ni después haya podido nadie dar razón de cómo se les dió muerte". Tomo I, pág. 162. El subrayado es mío.

compartirlo o apropiarlo. Pero no contento con subrayar las diferencias de educación según las clases, se esforzaba, además, por *mantener a los esclavos en la sumisión y el embrutecimiento, mediante el terror y la embriaguez*. Mientras por un lado la educación reforzaba el poder de los explotadores, frenaba por el otro a las masas explotadas (19).

Con diferencias exteriores, pero que nada modifican en lo más profundo, eso mismo encontraremos en la "democrática" Atenas. Estamos, sin embargo, tan acostumbrados a una representación idílica de la vida griega, que nos cuesta no poco percibir la crudeza originaria bajo el colorido falso y la reconstrucción convencional.

La Grecia de Schiller y Renan, de Ruskin y de Taine, continúa seduciendo a los espíritus con sus mirajes engañosos. En vano Nietzsche mostró violentamente los aspectos sombríos de la vida griega; en vano Deonna, Picard, Schuhl siguen mostrando en nuestros días lo que hay de falso y de grotesco en los pretendidos dogmas sobre "la perfección" y la "serenidad" de la vida ateniense. El "milagro" de que habló Renán sigue fascinando desde lejos con la calma y la luz que le atribuyen (20).

Tengamos el valor de apartar los mitos literarios y de reconocer al propietario de esclavos y al usurero calculador en esos pretendidos semidioses que discurrían siempre con palabras armoniosas bajo los pórticos de mármol blanco (21).

* * *

Superior a Esparta como productora de mercancías, las circunstancias no impusieron a Atenas una organización tan es-

(19) Los espartanos carecieron de "teóricos" de la educación, en la forma que veremos después entre los Atenienses y Romanos. Las disposiciones relativas a la educación iban implícitas en sus costumbres. Me parece por eso completamente injustificada la opinión de HAILMAN (*Historia de la pedagogía*, pág. 15, traducción González Blanco, edición de "España Moderna", Madrid) que hace nada menos que de Pitágoras "el más noble representante del sistema dórico de educación". Más acertado creo que está Davidson cuando a pesar de incluir a Pitágoras entre los dorios no deja de decir que "injertó en el ideal dórico una teología místico-ética y una teoría matemática del mundo físico". (*Aristotle and Ancient Educational Ideals*, pág. 29, editor Scribner, New York, 1907).

(20) Ver especialmente, SCHUHL, *Essai sur la formation de la pensée grecque*, pág. I y sig., editor Alcan, París, 1934.

(21) SPENGLER se burla con razón de los "clasisistas alemanes" que creen que los atenienses "se pasaban la vida filosofando a orillas del Ilisos, en pura contemplación de la belleza". Ver *La decadencia de occidente*, tomo III, pág. 60, traducción de Morante, edición Calpe, Madrid, 1926.

trictamente militar. Las diferencias de fortuna dentro de la clase superior fueron por eso más marcadas. Conocemos ya mediante qué procedimientos los grandes propietarios absorbieron la tierra de los pequeños. Un siglo antes de que Hesiodo aludiera en sus cantos a la opresión de los paisanos y al orgullo de los ricos, los campesinos de Megara, desposeídos de sus parcelas, se habían lanzado en el año 640 contra los ganados de los grandes propietarios y los habían masacrado (22). La expansión del comercio imponía ya transformaciones en la agricultura. La demanda de lana obligaba a convertir los campos en extensas praderas para el pastoreo y a reunir por tanto bajo un solo propietario porciones de tierra que eran hasta entonces propiedad de varios. En el mismo siglo VI, las grandes cantidades de olivo que se debían exportar obligaron a un proceso semejante. El comercio y el botín de guerra no sólo habían alterado la vieja organización, en gran parte comunista, de los tiempos de Homero, sino que habían diferenciado entre sí a los mismos ciudadanos. Así, por ejemplo, de los dos gimnasios que funcionaban en las afueras de Atenas, en el siglo VI, para la educación militar de los jóvenes, uno de ellos — la Academia — estaba destinado a los más patricios, y el otro — el Cinosarges — a los de situación algo inferior.

Con el aumento en las riquezas, el número de esclavos creció rápidamente (23): por cada ciudadano adulto se contaba por lo menos dieciocho esclavos y más de dos *metecos* (extranjeros y libertos equivalentes más o menos a los *periecos* de los espartanos). Para mantener a raya semejante ejército de esclavos era imposible prescindir de la "nobleza en armas". Al Estado, servidor de la nobleza, le interesaba por eso fundamentalmente la preparación física de sus ciudadanos de acuerdo a las "virtudes" que sobre todo estiman los guerreros. Palestras, gimnasios, institución de los efebos, todo estaba preparado para eso. Las representaciones en el teatro, las conver-

(22) Las contradicciones entre las clases eran ya tan acentuadas que en las poesías de TEOGNIS, en la segunda mitad del siglo VI, los adjetivos "bueno" y "malo" no sirven para clasificar el valor moral, sino para designar las clases superiores e inferiores. Ver GOMPERZ, *Les penseurs de la Grèce*, tomo II, pág. 80, traducción de Reymond, editor Payot, Lausanne, 1905.

(23) Sobre el número de esclavos en Atenas, ver E. CICOTTI, *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo*, tomo I, pág. 157, traducción de Domenge, editor Henrich, Barcelona. En igual sentido, BARBAGALLO, op. cit., pág. 24.

saciones en los banquetes, las discusiones en el Agora (24), reforzaban en los jóvenes la conciencia de su propia clase como clase dominante. Al terminar el período de "efebo", un examen de estado comprobaba hasta donde había llegado su educación tanto en el manejo de las armas como en la comprensión de los deberes del ciudadano.

Lo mismo que entre los espartanos, el desprecio por el trabajo era completo. Cierta es que en otros tiempos Ulises fué capaz de fabricar su techo y su casa y de probar repetidas veces su pericia en la construcción de barcos y de arados. Cierta también que su esposa bordaba telas con sus propias manos, y que sus hijas — hijas de reyes — iban al río o a la fuente a lavar la ropa de la casa (25). Los dominios no eran todavía muy extensos y el propietario y su familia lo trabajaban muchas veces a la par de sus esclavos. Tampoco eran éstos, numerosos, y su situación estaba lejos de ser desesperada. Se los trataba con familiaridad y quizá con afecto.

Pero a medida que el propietario fué extendiendo sus dominios se fué alejando más y más del trabajo directo de sus tierras, y del trato afable a sus esclavos. Confiadas a los cuidados de esclavos intendentales que les hacían producir las rentas para el amo, las tierras no recibían sino muy rara vez la visita del rico propietario.

Los antiguos, cierto es, continuaron celebrando la agricultura como a la madre y nodriza de las artes, pero no hay que olvidar que la tierra fué entre ellos la forma fundamental de la riqueza (26) y que el "labrador" elogiado por Jenofonte no es el que trabaja la tierra con sus brazos sino el que dirige y "alienta a sus trabajadores como un general a sus soldados". El que quiera ser buen labrador, dice, "debe procurarse capataces dóciles y activos" (27).

Claro está que a medida que esos obreros "dóciles y activos" (los esclavos) aumentaban, el labrador propietario no

(24) La universidad griega era la ciudad y la ciudad griega era una universidad —una *Kultur-Staat* como dicen los alemanes". — DAVIDSON, *Aristotle and the Ancient Educational Ideals*, pág. 90.

(25) CROISET, *Las democracias antiguas*, pág. 22, traducción española de Candamo, editor Ruiz, Madrid, 1911.

(26) "Todo lo que es esencial a la vida, la tierra lo proporciona a los que la cultivan". XENOPHON. *Oeuvres complètes*, tomo I pág. 151, traducción Talbot, editor Hachette, París, 1879.

(27) XENOPHON, obr. cit., pág. 175 y 177.

solo se distanciaba de sus tierras, sino que empezaba a mirar como propio de esclavos o de pobres no solo el trabajo directo de la tierra sino cualquiera otra forma de trabajo.

La división del trabajo fundada en la esclavitud, hacía incompatible el ejercicio de un oficio con la consideración que se debe a sí mismo un gobernante. "Los trabajadores son casi todos esclavos, sentencia Aristóteles. *Nunca una república bien ordenada los admitirá entre los ciudadanos, o si los admite, no les concederá la totalidad de los derechos cívicos, derechos que deben quedar reservados para los que no necesitan trabajar para vivir*" (28).

Aún para los ojos de Pericles y Platón, Fidias no pasaba de ser más que un "artesano" (29), y, por eso Aristoteles proscribió terminantemente de la enseñanza de los jóvenes nobles las artes mecánicas y los trabajos asalariados porque no sólo alteran —dice— la belleza del cuerpo, sino porque quitan además al pensamiento "toda actividad y elevación" (30).

Aunque sometidos a una disciplina menos brutal que la de Esparta, los jóvenes de Atenas seguían viendo en la guerra su ocupación fundamental, y en el despotismo la más perfecta forma de gobierno. La insolencia de las gentes que componían las clases directivas, aún de los mismos que pasaban por amigos del pueblo, ha quedado bien marcada en las figuras de Alcibíades y Midias.

Los desplantes de Alcibíades son demasiado conocidos para insistir en ellos: ni qué hablar pues del lujo fastuoso de sus coches y caballos, ni de cómo usaba en su propia mesa las copas de oro que la ciudad destinaba a las ceremonias, ni de cómo tampoco por ganar una apuesta no tuvo miramiento en dar un bofetón a un hombre ilustre que apenas conocía (31). Menos refinado que Alcibíades, pero no menos insolente, Midias gustaba ostentar su lujo y demostrar a los otros que la fortuna es una potencia. Desgraciado de aquel que le ofendía;

(28) ARISTOTE, *Politique*, pág. 139. En igual sentido ver páginas 265-266. y 92-93.

(29) MESSER, *Historia de la pedagogía* pág. 39, traducción de Sánchez Sarrs, editorial "Labor", Barcelona, 1930.

(30) ARISTOTE, *Politique*, pág. 265-266. En las págs. 92-93 ya había dicho: "En un estado bien constituido los ciudadanos no deben tener que ocuparse de las primeras necesidades de la vida; eso es un punto que todo el mundo admite".

(31) PLUTARCO. *Vidas paralelas*, tomo III, pág. 17. 19. 14.

pero él se otorgaba el derecho de ofender impunemente a quien le disgustaba (32).

Aristóteles tenía razón de sobra para decir que "en cuanto la constitución asegura a los ricos la superioridad política no piensan más que en satisfacer su orgullo y su ambición" (33). Muchos debían ser esos gobernantes a quienes también alude Antístenes en el "Banquete" de Jenofonte: "tan sedientos de riqueza — asegura — que son capaces de cometer crímenes que avergonzarían a los más necesitados" (34). Después de referirse a la lentitud de la justicia y de los procedimientos en Atenas, el mismo Jenofonte pronuncia en otra oportunidad estas palabras de sentido no dudoso: "algunos dicen sin embargo que el senado o el pueblo atienden con prontitud en cuanto ven dinero. Con dinero, estoy de acuerdo en eso, se hacen muchas cosas en Atenas, y se harían muchas más si fuesen también más los hombres con dinero" (35).

Razón de sobra tenía pues el poeta Menandro cuando cantaba al oro en uno de sus versos; al oro dice, que "vuelve siervos a los libres", pero que abre también "las puertas del infierno" (36).

* * *

Esos eran los personajes "venerables" que el joven ateniense escuchaba por lo común en los banquetes, en los pórticos, en el hogar, en el ágora. ¿Qué opinión tenían respecto del hombre y de la vida, y, por lo tanto, qué ideal de educación consideraban el mejor? Lo que pensaban del hombre lo ha expresado Aristóteles con extrema nitidez en una sentencia famosa que ha sido por desgracia muy mal interpretada: "El hombre — dijo — es por naturaleza un animal político" (37). Político, entiéndase bien, y no "social" como se lo ha

(32) WEIL, *Les plaidoyers politiques de Demosthène*, p. 91, editor: Hachette. París 1883. Demóstenes aseguraba en la querrela contra Midias que "los simples ciudadanos son demasiado débiles para resistirle individualmente; pero reunidos en asamblea judicial pueden castigarlo" p. 100.

(33) ARISTOTE, *Politique*, p. 427.

(34) XENOPHON, *Oeuvres complètes*, tomo primero, pág. 222. Ver también en el tomo I, p. 76 cuando dice Sócrates al hijo de Pericles que los atenienses "prefieren una ganancia arrancada a los otros que una ayuda recíproca". Igualmente, tomo II, p. 468.

(35) XENOPHON, *Oeuvres complètes*, tomo II, p. 49.

(36) MENANDRE, *Fragments*, p. 100, edición Didot, París.

(37) Así lo traduce textualmente THUROT, *La morale et la politique d'Aristote*, pág. 10, editor Didot, París, 1824. Pero luego añade entre corchetes, para "aclarar" el texto, lo siguiente: "es decir, destinado a vivir en sociedad", lo que es falso.

traducido muchas veces falseando su intención violentamente (38). Pero "animal político" tiene en Aristóteles una significación bien distinta a la que los modernos podríamos atribuirle. Político deriva de "polis", que quiere decir "ciudad", es decir, la forma suprema a que llegó el Estado entre los griegos. De modo pues que para Aristóteles la esencia del hombre residía en su capacidad para ser ciudadano, y como la ciudadanía no era privilegio sino de las clases dirigentes, he aquí a donde viene a parar la famosa expresión del estagirita: *Sólo es hombre el hombre de las clases dirigentes* (39).

Formar el hombre de las clases dirigentes, ese fué el ideal de la educación en Grecia, y cuando el mismo Aristóteles define en otra oportunidad a la nobleza como "antigua riqueza y virtud" (40) nos volvemos a encontrar otra vez con el mismo pensamiento expresado todavía de manera más precisa. Lo de "antigua riqueza" aplicado a los nobles distinguía muy bien en la intención de Aristóteles sus viejas riquezas de terratenientes, de las *nuevas* riquezas de los comerciantes e industriales que empezaba ya a elevarse frente a aquéllos. Lo de la "virtud", que a continuación le añade, exige una aclaración. ¿Qué entendía Aristóteles por "virtud", *areté*? Dejo la respuesta en labios de Thomas Davidson, agudo historiador burgués de la educación del pueblo griego: la clase desahogada — dice — "se consideró a sí misma sin más deberes que gobernar a las otras clases y cultivar la *virtud*. (*areté*), término que, aun cuando significó diferentes cosas en diferentes tiempos, siempre implicó aquellas cualidades que capacitan a un hombre para gobernar" (41).

Para los griegos pues, "virtud" no significó nunca "valor moral", y nunca tampoco — a no ser en el declinar de la vida griega — "se atribuyó la virtud a un hombre *que no tu-*

(38) Barthelemy Saint Hilaire, por ejemplo: "el hombre es un ser sociable", pág. 7, de la edición Dumont, ya citada.

(39) Marx da esa misma interpretación. Ver *El Capital*, tomo I, p. 249, nota 1, en la traducción de Justo, Buenos Aires, 1918.

(40) He aquí el párrafo completo: "Muchas gentes, por el sólo hecho de que su nacimiento es ilustre, es decir que poseen la virtud y la riqueza de sus antepasados que les asegura la nobleza, se creen en razón de esa sola desigualdad muy por encima de la igualdad común". Traducción Barthelemy Saint Hilaire, pág. 395.

(41) DAVIDSON, *La educación del pueblo griego y su influjo en la civilización*, p. 61, traducción de Juan Vina, edición de "La Lectura", Madrid. Con respecto al sentido exacto de la palabra "Virtud" — con que habitualmente se traduce la palabra griega *areté* que emplea Aristóteles — ver una explicación más detallada en DAVIDSON, *Aristotle and the ancient Educational Ideals*, pág. 8, editor Scribner, New York, 1907.

viera noble cuna y riqueza territorial" (42). Es lo que se desprende también de este otro pasaje de Aristóteles: "El aprendizaje de la virtud es incompatible con una vida de obrero y de artesano" (43).

En los primeros tiempos de la vida ateniense, cuando entre los Aquiles y los Agamenón uno solo entre cien sabía leer y escribir, la "virtud" del hombre de gobierno no estuvo muy distante del ideal guerrero y brutal de los espartanos. Pero más adelante, cuando la sociedad fué complicando su estructura y el trabajo del esclavo aseguró a las clases directivas un bienestar cada vez más acentuado, otros elementos se incorporaron al ideal de la "virtud" (44). Desvinculadas totalmente del trabajo productivo, fueron poco a poco considerando las actividades alejadas de la práctica y de la necesidad como *a las verdaderamente distintivas de las clases superiores*. El tiempo dedicado a esas ocupaciones y las ocupaciones mismas fueron calificados con una palabra intraductible, *diagogos*, pero que significa algo así como "ocio elegante", "juego noble", "reposo distinguido". Y como las concepciones religiosas reflejan paso a paso los movimientos de la sociedad que las produce, los dioses batalladores y guerreros de las épocas bárbaras fueron cediendo el paso a otros dioses equilibrados y serenos que saboreaban en el olimpo una vida de perpetuo *diagogos*.

A partir de ese momento la *teoría* no solo se afirmó frente a la *práctica* sino que se presentó además como su coronación. Pero si por el camino de la *teoría* se llegaría en breve a la filosofía, el arte y la literatura, — todo eso en fin que los atenienses dieron en llamar "música" porque estaba bajo los auspicios de las musas — no hay que olvidar en ningún momento que por vida práctica un noble no entendía nada parecido a las preocupaciones de nuestro trabajo, sino por un lado, los

(42) DAVIDSON, *La educación del pueblo griego y su influjo en la civilización*, pág. 66.

(43) ARISTOTE, *Politique*, p. -39. "Trabajar —dice en la misma página— en las cosas indispensables de la vida para la persona de un individuo es ser esclavo: trabajar para el público es ser obrero y mercenario".

(44) "Desde que nuestros padres pudieron gustar las dulzuras del ocio a consecuencia de la prosperidad se entregaron con un magnífico ardor a la *virtud*, orgullosos de sus triunfos pasados y de sus éxitos desde las guerras médicas, cultivaron todas las ciencias con más pasión que discernimiento y llevaron hasta el arte de la flauta a la dignidad de una ciencia". ARISTOTE, *Politique*. Traducción Barthelemy Saint Hilaire. pág. 284.

deberes de marido, de padre y de propietario; por el otro, los quehaceres cívicos y religiosos del gobierno.

* * *

Al mismo tiempo que fué creciendo ese aspecto diagógico en la vida del ateniense noble, empezó este a sentir como una necesidad para sus hijos el auxilio de una nueva institución que hasta ahora no hemos encontrado: *la escuela que enseña a leer y escribir*.

Fundada, según se cree, en los alrededores del 600 antes de J. C., la escuela elemental venía a desempeñar una función para la cual ya no bastaban ni la tradición oral ni la simple imitación de los adultos. El gobierno de una sociedad complicada como la de Atenas exigía algo más que la dirección de un campamento como Esparta, y aunque parece que ya funcionaban desde tiempo atrás algunas contadísimas escuelas en que los metecos y los rapsodas enseñaban a fijar mediante signos los negocios y los cantos, no es menos cierto que recién a partir de esa época las *letras*, como se decía por entonces, se incorporan a la educación de los eupátridas o nobles.

Capaces de gozar de la poesía, del arte y de la filosofía — de gozar, no de producir — esos nobles no olvidaban, lo repito, que seguían siendo guerreros ante todo. A la palestra por la mañana, a la escuela de música por la tarde, sus hijos pasaban alternativamente de las manos del *citarista* a las manos del *paidotriba*, y si bien el nombre de aquél ilustra de inmediato sobre cierto aspecto de la educación infantil, el nombre de este último — que en griego significa “golpeador de niños” — dice bien a las claras que la enseñanza militar había perdido muy poco de su antigua rudeza.

Lo que acabamos de decir sobre el carácter de clase de la educación ateniense parece no estar de acuerdo con algunos otros hechos que en apariencia la contradicen. Se ha dicho, en efecto, que en Atenas — por lo menos, en la Atenas anterior a Pericles — la educación era libre y que el Estado no intervenía ni en la designación de los profesores ni en las mate-

rias que enseñaban. Sólo a partir de los 18 años, el joven ateniense, transformado en efebo, pasaba a ser dirigido por el estado, y como la efebía era una institución de perfeccionamiento militar y cívico se podría deducir con aparente razón que el Estado tomaba únicamente a su cargo la enseñanza superior de la guerra y de las funciones del gobierno. Es verdad, además que las escuelas elementales estaban dirigidas todas por particulares a los cuales el estado no exigía ninguna garantía; como es cierto también que la ausencia de programas oficiales dejaba a los maestros en aparente libertad (45).

Pero no es menos cierto también que el Estado reglamentaba el tipo de educación que el niño debía recibir en la familia y en las escuelas particulares (46); que un reglamento de policía cuidaba en las escuelas la moderación y la decencia; que un magistrado llamado *Sofronista* vigilaba en las reuniones de los jóvenes el respeto a las conveniencias sociales; que el Areópago, además, no los perdía de vista un solo instante y que, por encima de todos celoso y terrible, el Arconte — rey — de quien ha dicho Renán que desempeñaba las funciones de un inquisidor — espiaba la menor infracción al orden de las leyes, de la religión y la moral. “Desde que un hombre crece, y puesto que las leyes le enseñan que hay dioses, no cometerá jamás ninguna acción impía ni pronunciará discurso contrario a las leyes”, sentencia Platón con claridad. Y para no dejar la más mínima duda sobre su pensamiento añade pocas líneas más abajo: “nosotros damos por fundamento a nuestras leyes la existencia de los dioses” (47).

La “libertad” de enseñanza no implicaba pues la libertad de doctrinas. El maestro no conformaba sus discípulos de acuerdo a su propio parecer; debía formar en ellos a los futuros gobernantes e inculcarles por lo mismo, el amor a la patria, a las instituciones y a los dioses.

Pero la “libertad de enseñanza” no solo echaba sobre los

(45) GIRARD. *L'éducation athenienne*, en *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, de DARENBERG et SAGLIO, p. 473, 2, 1ere partie.

(46) Homero, por ejemplo, servía de texto en todas. En opinión de los griegos Homero había escrito para agradar, pero ante todo para enseñar. Se lo consideraba por eso como al educador por antonomasia. La *Odisea*, en especial, era apreciada como “una colección de buenos consejos y hasta de buenas recetas para la vida cotidiana”. Ver BERARD, *Introduction à l'Odysée*, tomo II, pág. 237 y 241, edición de “Les Belles Lettres”. París, 1924.

(47) PLATON. *Les Lois*, en *Oeuvres completes*, tomo VIII, pág. 212 y 217.

hombros de los particulares los gastos de una institución que el Estado no costeaba, sino que reportaba a las clases dominantes una ventaja de primer orden. *El estado cerraba la entrada de los gimnasios a los niños que no habían cursado los estudios en las escuelas y palestras particulares.* Con lo cual el Estado, al servicio de la aristocracia terrateniente, conseguía dos propósitos fundamentales: que los pequeños propietarios, que debían procurar a sus expensas la educación de sus hijos, no pudieran sino por excepción costearles los estudios hasta la edad de 16 años en que ingresaban al gimnasio. Y como sólo eran elegibles para los cargos del Estado los jóvenes que habían pasado por la enseñanza del gimnasio, se comprende que el resultado de la "enseñanza libre" fué concentrar todos los cargos entre las manos de las familias nobles.

Todo esto, que yo he tardado tanto en exponer, es lo que Jenofonte, con su franqueza habitual, traduce en dos líneas de una claridad perfecta aunque refiriéndose a la educación entre los persas: "está permitido a todos los persas (libres) enviar sus hijos a las escuelas comunes. Sin embargo, sólo los que pueden criar a sus hijos para no hacer nada los envían; los que no pueden no los envían" (48).

Algunos preceptos de Solón son particularmente ilustrativos. "Los niños — dice — deben ante todo aprender a nadar y a leer; los pobres deben en seguida ejercitarse en la agricultura o en una industria cualquiera, los ricos en la música y la equitación y entregarse a la filosofía, a la caza y a la frecuentación de los gimnasios" (49). El hijo de un artesano — cuando no seguía siendo analfabeto a pesar de la ley, — apenas si alcanzaba en el mejor de los casos, los más elementales conocimientos en lectura, escritura y cálculo. El hijo de un noble, en cambio, podía realizar plenamente el programa de una educación que comprendía todos los grados: es decir, escuela y palestra hasta los 14 años; gimnasio hasta los 16; efebía hasta los 18; ciudadanía desde los veinte hasta los cincuenta; vida diagógica desde los cincuenta hasta la muerte.

Esa era la educación de un noble terrateniente y propie-

(48) XENOPHON, *Oeuvres*, tomo II, pág. 198.

(49) Citado por BUISSON, en su artículo del *Nouveau Dictionnaire de Pedagogie*, p. 127.

tario de esclavos en la época que precede al siglo V; la educación de un "hombre ateniense" (50) que despreciaba el trabajo y el comercio, pero que después de practicar la guerra y el gobierno ponía el "ocio digno" como final y recompensa de una existencia cumplida.

Mas a partir del siglo V un poderoso movimiento se suscita en contra de esa educación: la "vieja educación" de que hablaba en "Las Nubes", Aristófanes. ¿Quiénes son los iniciadores de ese movimiento? ¿En nombre de qué clases sociales reclamaban o imponían una "nueva educación"? Eso es lo que ahora trataremos de aclarar.

* * *

Dijimos ya que alrededor del siglo V, el comercio marítimo y el desarrollo del cambio, impuso a la vida ateniense un ritmo bien distinto. La nobleza tradicional o eupátrida — que fundaba su hegemonía en la posesión de la tierra — vió crecer y afirmarse a otra clase social hasta entonces despreciada, la de los metecos o comerciantes, cuya riqueza estaba ligada de tal modo a los negocios de la navegación que se la designó más de una vez, "la gente de las costas" (51). Dominada Persia, y asegurado el comercio marítimo, una *nueva riqueza* asomaba arrogante frente a la *vieja riqueza* de los nobles. El diagogos u "ocio digno" que había sido hasta entonces un privilegio de estos últimos, empieza a ser ahora algo así como un regalo que otorga a muchos la riqueza. Algunos hombres de estado, como Cleon, el curtidor, e Hiperbolos, el fabricante de lámparas, empiezan a surgir de entre esos "nuevos ricos", y aunque la nobleza se escandaliza, no por eso deja de mirarlos con respeto. Céfalos, el padre de Lisias, aunque meteco y fabricante de escudos, figura nada menos que en la *República* de Platón, y no ha de faltar mucho para que Demóstenes aluda también, sin ninguna cortedad, a la fortuna adquirida por su padre como armero y ebanista.

(50) Así se dirigían los oradores a los ciudadanos. La expresión es distinta de "Ateniense" simplemente.

(51) CROISSET, op. cit., p. 40.

La creciente importancia de los comerciantes, los armadores y los industriales — gentes nuevas sin “gloriosos abuelos” — ha impuesto desde abajo una transformación que se revela en muchas cosas: a la tragedia ha sucedido la comedia; a la noción del deber, la noción del bienestar; a las creencias religiosas, el escepticismo burlón. El movimiento de las mercancías, con no ser exagerado, ha roto, sin embargo, las viejas trabas: a fuerza de producir para el mercado y de acumular riquezas, los intereses comunes ceden el paso al interés del individuo, y se siente este tan feliz y seguro de sí mismo que lanza por boca del poeta Timoteo su desafío orgulloso: “Fuera de aquí la vieja Musa”. Algo del siglo de Voltaire hay en ese siglo de Pericles: la confianza en la vida, la ilusión del progreso indefinido, la curiosidad por la técnica de los oficios. Hasta una necesidad de invenciones se siente aflorar en todas partes, a punto tal que en la constitución de Mileto, Hipodamus promete privilegios a los creadores de nuevas técnicas que puedan dar beneficios al estado (52).

Ideólogos auténticos de la “nueva riqueza”, los *sofistas* afirman que “el hombre es la medida de las cosas”, y parecen encerrar en esa frase la misma doctrina que muchos siglos más tarde levantará como bandera el individualismo burgués. Todas las ideas recibidas empiezan a parecerles “relativas”, y si el subjetivismo en la moral era por sí peligroso, la manera como Trasímaco, por ejemplo, enfrentaba el derecho positivo rayaba casi en lo revolucionario. “El derecho positivo, decía, es lo que aprovecha al que es más fuerte” (53).

Extraordinaria osadía que nos muestra el camino recorrido por el hombre desde las “costumbres invariables” de los primitivos hasta este momento singular en que empieza a comprender la insignificancia de muchos dogmas, el despotismo de muchas tradiciones. Para este “nuevo hombre” era necesaria una nueva educación. Pero ninguna de las escuelas que habían en Atenas se la podía proporcionar. El ideal pedagó-

(52) Citado por SHUHL, obra citada, p. 346. El mismo autor anota: “En ese momento un desarrollo de la civilización en el sentido mecánico no hubiera sido ‘inconcebible’”. Hay exageración, pero marca bien ese momento.

(53) Una excelente monografía de conjunto es la de RAUL RICHTER, *Sócrates y los Sofistas*, en el tomo I, pág. 93 de “Los grandes pensadores”, edición de la Revista de Occidente, Madrid, 1925.

gico hasta entonces dominante era el ideal que los terratenientes habían concebido e impuesto; el nuevo ideal era el de los comerciantes y los industriales, excluidos hasta ahora del gimnasio. Los sofistas lo recogieron sagazmente, y lanzaron al mercado su trabajo intelectual.

Artesanos también ellos, no desdeñaban el trabajo, ni la propaganda chillona del mercado; y para probar en cuánta estima tenían a las despreciadas labores de los artesanos, algunos, como Hippias, se presentaron en Olimpia, con vestidos y zapatos que ellos mismos habían fabricado (54).

Atacando de frente la tradición dominante, los sofistas se propusieron no sólo dar a los atenienses los conocimientos que la vida práctica requiere, sino además secularizar la conducta e independizarla de la religión (55). No importa que aquellos embelequeros se perdieran a menudo en el charlatanismo y el vacío; su curiosidad enciclopédica — la polimatía, como decían los griegos, — se orientaba hacia las ciencias nacientes, lanzaba audazmente los porqués, abría caminos en todas direcciones. Sócrates, sin duda, se burlaba de algunos pero no de todos (56). La ciencia desinteresada no tenía atractivos para él, y había hecho además del problema moral el centro predilecto de sus meditaciones. Pero si fácil le fué a veces demostrar la eficacia de su propia ironía, en buena parte se debió a que los sujetos que detenía a conversar eran ya espíritus que habían escuchado a los sofistas, y que se habían enriquecido con una instrucción amplia y variada. Instrucción, sin duda, demasiado formalista — como toda la enseñanza enciclopédica que se realiza de manera apresurada, — y cuyos lados débiles no podían escapar a la sagacidad de Sócrates. Los contem-

(54) Sócrates tan vecino a los sofistas por muchos aspectos, reivindicaba también las virtudes del trabajo que él mismo conoció como escultor. En las "Memorables" aconseja al ciudadano Aristarco que vive en la miseria, que se decida a trabajar en las mismas industrias de los artesanos: "Cuáles son los hombres más sabios, —le dice— los que permanecen en el ocio o los que se ocupan de cosas útiles? ¿Cuáles son los más justos, los que trabajan o los que sin hacer nada deliberan sobre los medios de subsistir?" Ver XENOPHON. *Ouvres complètes*, tomo I, p. 58, traducción de Talbot, editor Hachette, París, 1879.

(55) ROBIN. *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique*, p. 59, edición de "La renaissance du livre", París.

(56) "Es una exageración que ha durado demasiado la de representarse a Sócrates en guerra encarnizada con todos los sofistas en general. Hay que hacer una excepción para un maestro de real valor como Protágoras a quien Sócrates estimaba" — DANTU. *L'éducation d'après Platon*, página 105, y nota 3, editor Alcan, París, 1907.

poráneos, sin embargo, colocaron a Sócrates entre los sofistas, y no se engañaban del todo. Su enseñanza emanaba como la de aquellos un fuerte carácter antiaristocrático y debía inspirar, como inspiró, una fuerte reacción conservadora. Para Platón, el aristócrata, la capacidad de pensar, la capacidad de entrever las ideas eternas, dependía de un sexto sentido que una minoría muy exigua — la más selecta entre los nobles — únicamente poseía. Para Sócrates, el artesano, la capacidad de pensar estaba en todos, y bastaba simplemente dialogar con destreza para enseñar a los hombres a extraer conclusiones por sí mismos: vigorosa afirmación del pensamiento reflexivo frente al dogma intangible de las edades anteriores.

El sofista Damón, preceptor de Pericles, acostumbraba decir que para reformar las costumbres de un pueblo bastaba agregar o suprimir una cuerda a la lira (57). Así expresado el pensamiento es falso; pero su verdad salta a los ojos en cuanto lo invertimos. Algo grande debe haber ocurrido en la estructura económica de un pueblo para que sus clases dominantes sientan la necesidad de añadir una cuerda a la lira. Y eso fué lo que ocurrió en los alrededores del siglo V; los perfeccionamientos de la técnica no sólo llevaron a los tocadores de flauta a introducir en la música audaces modulaciones, sino que permitieron además añadir dos cuerdas a la lira. Los viejos cantos dorios, sencillos como para fiestas de guerreros, desaparecieron ante los cantos lidios o frigios, más complicados y lánguidos como para fiestas de hombres satisfechos. Una educación para la prosperidad o "eudemonismo": esa era la educación que de todas partes llegaban los reclamos. La "virtud" del terrateniente guerrero que aspiraba a producir ciudadanos sumisos, empalidecía frente al "bienestar" del enriquecido próspero que aspiraba a producir individuos conscientes de su propio valer y capaces de abrirse camino de cualquier manera. Por eso tan pronto un sofista se recostó bajo un árbol del gimnasio, lo rodearon jubilosos sus discípulos enriquecidos.

Enriquecidos eran los jóvenes que seguían a los sofistas, que escuchaban a Sócrates, que frecuentaban los gimnasios. Los

(57) PLATÓN. *La república o coloquios sobre la justicia*, tomo I, p. 207, traducción de José Tomás y García, editor Navarro, Madrid, 1886. Ver la nota 2 sobre Damón.

gimnasios se convirtieron en los alrededores del siglo IV en los sitios de reunión de la sociedad elegante. Mostrarse en ellos era como decir que no se estaba obligado a trabajar para vivir (58). Y quizá fueran muchos entre los amigos y discípulos de Sócrates como ese joven Cherefón (59), de tez pálida y de cuerpo enfermizo, que vivía encerrado durante el día y que sólo de noche se mostraba en los cenáculos, a la manera de un frágil Marcel Proust. ¿Qué buscaban los hombres jóvenes en la enseñanza del Sofista que pagaban a buen precio? Una cosa sobre todo: la sabiduría práctica que evita los escollos, y los consejos fecundos que aseguran el éxito en la oratoria política. Protágoras señalaba, en efecto, como fin de la educación "dar buenos consejos en asuntos domésticos para que los jóvenes arreglen su casa lo mejor posible, así como capacitarlos en asuntos políticos para dominar los negocios de la ciudad" (60).

El saber desinteresado no seducía a los jóvenes del siglo V, y Sócrates compartía de tal modo esa opinión que les aconsejaba volver las espaldas a los problemas difíciles de la geometría y de los cuerpos celestes, "porque no veía en esos estudios ninguna utilidad" (61).

La oratoria política requería, en cambio, conocimientos variados pero no profundos, y por encima de todo, riqueza dialéctica, soltura y agilidad mentales. Mas que el saber propiamente técnico del abogado — útil sin duda, pero no indispensable porque la parte jurídica de los alegatos se podía encargar a cualquier logógrafo especializado para eso—interesaban ahora todas esas arterias del razonamiento capcioso en que hábilmente se va empujando al adversario hasta hacerlo rodar en una trampa de efecto fulminante (62).

(58) GIRARD. *l'Éducation athenienne*, p. 298-302.

(59) Ver la nota N° 2 de Hilaire VAN DAELE, en la pág. 167 de su traducción de *Aristophane*, tomo I, edición "Les belles lettres", París, 1923.

(60) MESSER. *Filosofía antigua y medioeval*, pág. 63, nota, edición "Revista de Occidente", Madrid, 1933.

(61) XENOPHON. *Oeuvres complètes*, tomo I, p. 131.

(62) "La elocuencia del siglo V es ante todo un instrumento de lucha; es el producto robusto y vivaz de los debates, violentos o graves, de las asambleas políticas y judiciales: para conseguir la adhesión de un auditorio vibrante y difícil, para rechazar una acusación o arrancar una condena, el ateniense debe saber manejar la palabra pública". —CLOCHE. *La civilización athénienne*, pág. 88, editor Colin, 1927.

Aún en ausencia de todo mandato oficial, el orador prestigioso que señoreaba su público, podía tener en sus manos la dirección de la Asamblea.

La comedia griega ha satirizado largamente la vida de esos oradores, con sus riquezas de origen turbio y su conducta tampoco transparente. Sin desconocer lo que había de legítimo en los reproches (63) no es posible dejar de comprender la infatuación de aquellos advenedizos, hijos o nietos de algún industrial, banquero o comerciante despreciado por sus contemporáneos, y a quien ellos vengaban del desprecio manejando no solo los negocios de la nobleza, sino controlando en los detalles, su política.

* * *

El advenimiento de las nuevas clases sociales había trastornado de tal modo las viejas relaciones, que se descubría su influencia hasta en la disciplina de la escuela. El látigo del maestro y el bastón del gimnasiarca empezaron a parecer instrumentos de tortura. *De todas partes se pedía una escuela más humana, más alegre, menos rígida.* Los hijos de los comerciantes y de los industriales se resistían a vivir en la escuela como en un cuartel.

La "vieja educación", en efecto, imponía a los niños un rigor de soldados. Antes de entrar a la escuela del gramático o del citarista, los niños eran acompañados por un esclavo — o *pedagogo* — hasta un lugar de concentración en que se reunían los alumnos de un mismo barrio. Formaban allí una columna, y emprendían en orden la marcha hasta la escuela: con el paso rítmico y los ojos bajos (64). Los niños de ahora (65), que Aristófanes criticaba, ya no iban en colum-

(63) Hipérides puede ser representativo. He aquí lo que dice Girard como resumen de su biografía: "Tal era Hipérides en su vida privada: sensual, hombre que cedía sin reserva a las tentaciones que le ofrecía la licencia de costumbres de su siglo, desenfrenado en sus pasiones, sin cuidado ni de la opinión ni de sus deberes ni de su dignidad de padre, y prodigando en locas disipaciones las riquezas que ganaba con su elocuencia". *La elocuencia atica*, p. 88, versión González Blanco, editorial "España Moderna", Madrid, sin fecha.

(64) ARISTOPHANE, *Les nuées*, pág. 205 del tomo I de la traducción de Hilaire van Daele, edición "Les Belles Lettres", París 1923.

(65) Año 423 en que se representaron "Las nubes" de Aristófanes.

na: separados y alegremente, se encaminaban a la escuela mirando con tranquilidad lo que encontraban. Y cuando volvían a la casa, dice Aristófanes, le llamaban al padre, "viejo chocho".

* * *

¿Cómo reaccionaron las clases dirigentes contra esta irrupción de clases nuevas que las amenazaban en la riqueza, en la hegemonía, en la religión, en la moral, en la educación? Por un poderoso movimiento de terror político y de vigilancia pedagógica. Un decreto, instigado por el adivino Dispeithes (66), exigió al pueblo que denunciara a todos los que no reconocían las cosas divinas o enseñaban teorías heterodoxas sobre las cosas celestes: y unos detrás de otros empezaron a caer los inculpados. Desde Anaxagoras, acusado de impiedad (año 433), y desde Diágoras cuya cabeza fué puesta a precio (año 415), hasta Protágoras desterrado y Sócrates condenado a la cicuta (año 399). La persecución no se realizaba únicamente contra las personas; una pesquisa minuciosa se practicaba también sobre los libros. Todos los que habían comprado, por ejemplo, los libros de Protágoras, recibieron orden, por boca del heraldo, de depositar sus ejemplares sobre el Ágora, y una vez formado un buen montón, el fuego dió cuenta de ellos (67). Así la "luminosa" Atenas castigaba con un auto de fé a los que habían osado pensar fuera de las normas de lo consagrado.

Pero la reacción no se dirigió únicamente contra los adultos sospechosos. El Estado comprendió la necesidad de controlar de modo más minucioso la enseñanza de la escuela, para impedir que las ideas subversivas se infiltraran en los niños. Aristóteles se quejó de la excesiva libertad que hasta entonces el

(66) Ver GLOTZ. *La cité grecque*, p. 196 y 236. París, 1928.

(67) Los libros de Protágoras fueron "recogidos de manos de quienes los poseían y quemados en el foro a voz de pregonero". Ver DIOGENES LAERCIO, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, tomo II, p. 200, traducción de José Ortiz y Sanz, editor Navarro. Madrid, 1887. El mismo Diógenes Laercio dice que la causa inmediata del castigo fué un tratado de Protágoras que empezaba así: "De los dioses no sabré decir si los hay o no los hay, pues son muchas las cosas que prohíben el saberlo, ya por la obscuridad del asunto, ya por la brevedad de la vida del hombre". Sobre los procesos de impiedad en Atenas, ver DERENNE. *Les procès d'impiété*, pág. 48 y s. París, 1930.

estado había permitido a los maestros y exigió una vigilancia estricta sobre sus enseñanzas y sus métodos (68). No pasarán muchos años para que aparezcan, por vez primera, los *programas oficiales*, (69).

Teóricos de la educación propiamente dicha, Platón y Aristóteles interpretaron cada cual a su modo, el sentir de las clases dominantes en ese momento revuelto de la vida ateniense. ¿Cómo procurar la "armonía" social, perturbada por las contradicciones entre las clases que la guerra del Peloponeso había sobre todo agudizado? ¿Cómo atajar las rebeliones del individualismo indisciplinado, que el comercio y la industria introdujeron? ¿Cómo reforzar al mismo tiempo, el poder de las clases dominantes? He ahí el problema que enfrentaron Platón y Aristóteles, y al cual dieron las respuestas que en gran parte conocemos.

¿Cuál es el fin supremo de la educación para Platón? Formar *guardianes del Estado* que sepan ordenar y obedecer según *la justicia*. Pero ¿qué es la justicia para Platón? La justicia es una armonía: una armonía que el *individuo* debe mantener dentro de sí acordando la sabiduría, la fuerza y la prudencia y que la *sociedad* debe realizar también entre las tres "virtudes" que corresponden a las *clases* en que se divide: la *sabiduría* de los filósofos; la *fuerza* de los guerreros, la *prudencia* de los trabajadores. La justicia según Platón será lograda a condición de que cada clase social realice su función propia sin amenazar el equilibrio general ni intentar cumplir funciones que no le corresponden (70). Que cada clase cumpla pues con la virtud que le es privativa: que los filósofos piensen, que los guerreros luchen, que los obreros trabajen para los filósofos y los guerreros (71).

Si esa justicia se realiza — peregrina justicia como ustedes ven, pero la única que conciben las clases dirigentes — la

(68) ARISTOTELES, *Ética a Nicomaco*, I, 13, 7.

(69) DARENBERG et SAGLIO. *Dictionnaire des antiquités grecques et Romaines*, 2. primera parte, p. 473.

(70) PLATÓN, *La república*, tomo I, pág. 199.

(71) "La República, de Platón, en tanto que la división del trabajo figura en ella como principio formador del Estado, no es más que la idealización ateniense del sistema egipcio de castas, pues para él, como para otros de sus contemporáneos, por ejemplo, para Isócrates, pasa Egipto como modelo de país industrial y conserva ese carácter aun para los griegos del tiempo del Imperio Romano". MARX, *El Capital*, tomo I, pág. 280, traducción Justo. Ver también la nota 3 de la página 259.

sociedad no experimentaría jamás el más mínimo tropiezo. El ideal de las aristocracias a mantenerse indefinidamente en el poder se muestra sin reticencias en la "armonía" de Platón y encuentra en una metáfora famosa su expresión más exacta: "una república — dice Platón — que desde el origen ha asegurado a sus miembros una *formación feliz* (72), se parece a un círculo cuya circunferencia se extendería sin cesar" (73).

¿Qué ocurriría en cambio si cada clase no permaneciera en su puesto? El mismo Platón contesta más tarde en un pasaje de *Las Leyes* en que alude a las desdichas que caen sobre un pueblo cuando cada uno se cree capaz de juzgarlo todo: "Un tal estado de espíritu — dice — conduce a los peores excesos, porque a consecuencia de esa independencia, viene la que se substrahe a la autoridad de los arcontes; de aquí se pasa al desprecio del poder paterno y no se tiene ya para la vejez y sus consejos la sumisión debida. A medida que se aproxima el término de la extrema libertad, se llega a sacudir el yugo de las leyes, y cuando se ha llegado a ese límite, no se respeta ni promesas ni juramentos; no se reconoce ya a los dioses (74), y se renueva la audacia de los antiguos Titanes".

La referencia a los Titanes no es una simple figura literaria. Receloso de la muchedumbre, Platón vió siempre en ella a "una especie de monstruo feroz" — son sus palabras (75) — que es necesario tener alejado y en la más absoluta dependencia. *Excluirlo de la vida intelectual de los filósofos y de la vida moral de los guerreros* era para Platón no solo necesario porque la práctica absorbente de los oficios no podía asegurar el "ocio" que el estudio requiere, sino además absolutamente indispensable para *mantener somnoliento al "monstruo feroz" e impedirle renovar la audacia de los Titanes*.

* * *

Más franco todavía que Platón, Aristóteles no se ampa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(72) Es decir, que cada clase cumpla satisfecha con su "virtud".

(73) PLATON, *República*, tomo I, pág. 206.

(74) Recordar que Platón en *Las Leyes* dice que "damos por fundamento a nuestras leyes la existencia de los dioses" *Oeuvres complètes*, tomo VIII, pág. 217 editor Pichon, 1832.

(75) PLATON, *República*, XI. 493. 4. 456. VII, 547.

ra ni se disfraza mucho con las metáforas y los mitos: en él muy poco de armonías musicales y de sociedades comparadas a organismos. No sólo sostuvo que la esclavitud estaba en la naturaleza de las cosas (76); no sólo afirmó como ya dijimos que las clases industriales eran incapaces de "virtud" y de poder político, sino que reservando para muy pocos elegidos la visión de lo divino — que eso quiere decir *teoría*, — lanzó con crueldad su sarcasmo sangriento: "cuando los telares marchen solos y las cítaras suenen por sí mismas, entonces no necesitaremos ni esclavos ni patronos de esclavos" (77).

Tenía razón Aristóteles, como la tenía Platón: *una sociedad asentada en el trabajo del esclavo no podía asegurar la cultura para todos*. El rendimiento de la fuerza humana es tan exiguo que un mismo hombre no podía a la vez, estudiar y trabajar. Los filósofos por eso debían conducir la sociedad; los guerreros protegerla; los esclavos mantener a los filósofos y a los guerreros. La separación de la fuerza física y de la fuerza mental imponía al mundo antiguo estas dos enormidades: para trabajar había que gemir en las miserias de la esclavitud; para estudiar había que recluirse en el egoísmo de la soledad.

Veintitrés siglos había que esperar para que se cumpliera al pie de la letra la profecía involuntaria de Aristóteles: los telares empezaron a andar solos y las cítaras a sonar sin citaristas. Pero más de un siglo fué todavía necesario para que los hombres llevaran a la práctica la profecía total. Puesto que la máquina liberó al hombre del trabajo interminable, ya están de más, en nuestros propios días, los esclavos y el patrón.

(76) ARISTOTE. *Politique*, pág. 14.

(77) "Si cada instrumento, en efecto, pudiera trabajar por sí mismo al recibir una orden o al adivinarla — como las estatuas de Dédalos o los tripodes de Vulcano, — que se presentaban solos, según dice el poeta, a las reuniones de los dioses" — si las lanzaderas tejiesen solas, si el arco se moviese solo sobre la cítara, los empresarios no necesitarían obreros, ni los patronos, esclavos". — ARISTOTE. *Politique*, p. 13.

Opiniones Inofensivas

Por ANIBAL PONCE

ERASMO Y VIVES

Los maestros animosos y cultos que dirigen desde hace años el "Instituto Joaquín V. González" acaban de agregar un nuevo libro a la larga lista de publicaciones con que se han sabido completar su fecunda acción educadora.

Resumen de un cursillo que el señor Manuel E. Valentini dictó en ese mismo instituto durante el año 1932, "Erasmus y Vives" se propone desentrañar el contenido educativo del humanismo. El tema es de una seducción irresistible y ha inspirado ya más de una obra, como la de Woodward, verdaderamente magistral.

Las dos figuras que el señor Valentini ha escogido como representativas — íntimamente unidas en la historia como lo estuvieron en la vida, — se prestan a la perfección para puntualizar con bastante exactitud algunos de los ideales pedagógicos del Renacimiento. Este movimiento fué, sin embargo, demasiado complejo, y adquirió matices muy distintos en el Norte y en el Sur para que se le pueda reducir al contenido doctrinario de estos dos pensadores, sin duda alguna, excepcionales. El Renacimiento tuvo también su "izquierda" y su "derecha": desde el franco paganismo, casi ateo, de los humanistas radicales, hasta el reformismo tibio de los menos inquietos. Ni Erasmo ni Vives pertenecieron a la "izquierda", y por más de un aspecto, hasta se quedaron detrás de los reformadores. Erasmo, sobre todo, confesó que no tenía pasta de héroe, y que por lo mismo no se hallaba muy dispuesto a ocupar un puesto en la vanguardia. Y si eso ocurrió con el maestro, ¿qué decir del discípulo? Me parece, pues, poco legítimo contemplar todo el humanismo a través de Erasmo y Vives, sobre todo cuando se emplea para definirlo algunas fórmulas tan vagas como esta del señor Valentini: "Y la humanidad toda asistirá radiante y gozosa al más portentoso de los milagros, milagro divino y humano: el descubrimiento del hombre por el hombre mismo" (página 43).

Mal indicio esto de considerar a un hecho histórico como un "milagro portentoso"; lo mismo cuando se trata del "milagro

griego" de que habló Renán que de este otro milagro "divino y humano" del Renacimiento. Cuando se empieza afirmando tales cosas, pocas esperanzas deben quedarle al lector de comprender las causas verdaderas del "descubrimiento del hombre por el hombre mismo", para usar los términos enfáticos del señor Valentini. ¿Se comprende, acaso, un milagro? El autor de "Erasmo y Vives" lo intenta, sin embargo, en un pequeño capítulo titulado "Los orígenes del humanismo". Pero después de asegurar que sin conocer la historia del imperio bizantino no comprenderíamos al humanismo, no por esto el Renacimiento deja de ser un "milagro" para el autor y para el lector.

¿Qué relación tuvo este movimiento poderoso con las brillantes burguesías italianas? ¿Por qué precisamente tuvo su punto de arranque y su centro casi vital en ese mercado extraordinario de Florencia, verdadera Nueva York del 400? ¿Por qué el ímpetu individualista del movimiento en el Sur, se nota apenas en el Norte? Ni una palabra de todo esto en el libro del señor Valentini. ¿Cómo comprender, entonces, el verdadero alcance de los ideales pedagógicos del Renacimiento, cuando nos olvidamos que todos, absolutamente todos los educadores de la época no fueron otra cosa que profesores de príncipes y de "parvenus"? Erasmo se pasó buena parte de su vida adulando al rey Enrique, y en cuanto a Vives, ¿se necesita acaso recordar que fué el asiduo preceptor del obispo de Cambray? Aquellos "descubridores del hombre" tenían de revolucionario mucho menos de lo que el señor Valentini da a entender. ¿No nos dice él mismo que para Vives "el pensamiento era un don divino"? ¿No nos recuerda también que Erasmo se retiró de Basilea "huyendo de la reforma protestante"?

Una valoración cuidadosa de la obra y del pensamiento de las dos figuras extraordinarias del maestro y del discípulo es lo que falta precisamente en este libro del señor Valentini, escrito con calurosa simpatía y con minucioso conocimiento de la producción vivista y erasmiana. Quizá sea por eso el capítulo X en que insiste sobre el criticismo de Vives como precursor del criticismo Kantiano, el mejor de todo el libro. Libro amable y cordial, pero que está muy lejos de interpretar, como el señor Valentini piensa, "a los educadores que miran siempre adelante y hacia lo alto".

¿Reconocerían, acaso, la escuela del porvenir en esta escuela que Vives quiso: "la escuela donde se forja la dignidad humana y es morada de paz y amor, de verdad y de belleza, porque allí reina la actividad del espíritu, que es gracia de Dios"? (pág. 118).